COMEDIAS ESCOGIDAS

DE DON FRANCISCO

DE ROJAS ZORRILLA.

TOMO PRIMERO.

CON LICENCIA.

Madrid: Imprenta de Ortega y Compañia, 1827.

DEL REY ABAJO NINGUNO,

Y LABRADOR MAS HONRADO

GARCIA DEL CASTAÑAR.

PERSONAS.

Don Garcia, labrador.
Doña Blanca, labradora.
Teresa, labradora.
Belardo, viejo.
El Rey.
La Reina.
Don Mendo.
Bras.
El Conde de Orgaz, viejo.
Tello, criado.
Dos caballeros.
Músicos labradores.

La escena es en Toledo y sus cercanías.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

Salon de palacio.

El Rey con banda roja leyendo un memorial, y don Mendo.

Rey.

Don Mendo, vuestra demanda
he visto.

Don Mendo.

Decid querella:
que me hagais, suplico en ella,
caballero de la banda.
Dos meses há que otra vez
esta merced he pedido:
diez años os he servido
en palacio, y otros diez
en la guerra; que mandais,
que esto preceda primero
á quien fuere caballero
de la insígnia que ilustrais.
Hallo, señor, por mi cuenta,
que la puedo conseguir;
que si no, fuera pedir
una merced para afrenta.
Respondióme lo vería,
merezco vuestro favor,
y está en opinion, señor,
sin ella la sangre mia.

Rey.

Don Mendo, al Conde llamad.

Don Mendo.

Y á mi ruego ¿qué responde?

Rey.

Está bien: llamad al Conde.

Don Mendo.

El Conde viene.

Rey.

Apartad.

ESCENA II.

Dichos y el Conde con un papel.

Don Mendo.

Pedí con satisfaccion
la banda, y no la pidiera,
si primero no me hiciera
yo propio mi informacion.

Rey.

¿Qué hay de nuevo?

Conde.

En Algecira
temiendo están vuestra espada:
contra vos el de Granada
toda el Africa conspira.

Rey.

¿Hay dineros?

Conde.

Reducido
en este, vereis, señor,
el donativo mayor
con que el reyno os ha servido.

Rey.

¿La informacion como está,

que os mandé hacer en secreto,
Conde, para cierto efecto
de don Mendo? ¿Hizose ya?

Conde.

Si señor.

Rey.

¿Cómo ha salido?
La verdad, ¿qué resultó?

Conde.

Que es tan bueno como yo.

Rey.

La gente con que ha servido
mi reyno, ¿será bastante
para aquesta empresa?

Conde.

Freno
sereis, Alfonso el onceno,
con él del moro arrogante.

Rey.

Quiero ver, Conde de Orgaz,
á quien debo hacer merced
por sus servicios: leed.

Conde.

El reyno os corone en paz
adonde el genil felice
arenas de oro reparte.

Rey.

Guardeos Dios, cristiano Marte:
leed, Don Mendo.

Don Mendo.

Así dice:
Lo que ofrecen los vasallos
para la empresa á que aspira,
vuestra Alteza, de Algecira,
en gente, plata, y caballos:

Don Gil de Albornoz dará
diez mil hombres sustentados;
el de Orgáz dos mil soldados;
el de Astorga llevará
cuatro mil; y las ciudades
pagarán diez y seis mil:
con su gente hasta el Genil
irán las tres hermandades
de Castilla; el de Aguilar,
con mil caballos ligeros,
mil ducados en dineros;
García del Castañar
dará para la jornada
cien quintales de cecina,
dos mil fanegas de harina,
y cuatro mil de cebada,
catorce cubas de vino,
tres hatos de sus ganados,
cien infantes alistados,
cien quintales de tocino;
y doy esta poquedad,
porque el año ha sido corto:
mas ofrezcole, si importo,
tambien á su Magestad,
un rústico corazon
de un hombre de buena ley,
que aunque no conoce al Rey,
conoce su obligacion.

Rey.

¡Grande lealtad, y riqueza!

Don Mendo.

Castañar, humilde nombre.

Rey.

¿Donde reside este hombre?

Conde.

Oiga quien es, vuestra Alteza.
Cinco leguas de Toledo,
corte vuestra, y patria mia,
hay una dehesa, à donde
este labrador habita,
que llaman el Castañar,
que con los montes confina
que de esta imperial de España
son posesiones antiguas.
En ella un convento yace,
al pie de una sierra fria,
del Caballero de Asis,
de Cristo efigie divina,
porque es tanta de Francisco
la humildad, que le entroniza,
que aun á los pies de una sierra
sus edificios fabrica.
Un valle el término incluye
de castaños, y apellidan
del Castañar, por el valle,
al convento, y á García,
adonde, como Abraham,
la caridad ejercita;
porque en las cosechas andan
el cielo, y él á porfia.
Junto del convento tiene
una casa compartida
en tres partes; una es
de su rústica familia,
copioso alvergue de fruto
de la vid, y de la oliva,
tesoro donde se encierra
el grano de las espigas;
que es la abundancia tan grande

del trigo que Dios le embia,
que los pósitos de España
son de sus troges hormigas.
Es la segunda un jardin,
cuyas flores repartidas,
fragantes estrellas son
de la tierra, y del Sol hijas,
tan varias, y tan lucientes,
que parece cuando brillan,
que bajó la cuarta esfera
sus estrellas á esta Quinta.
Es un cuarto la tercera,
en forma de galeria,
que de jaspes de san Pablo
sobre tres arcos estriva.
Ilústranle unos balcones
de verde, y oro, y encima
del tejado de pizarras,
globos de esmeraldas finas.
En él vive con su esposa
Blanca, la mas dulce vida,
que vió el amor, compitiendo
sus bienes con sus delicias;
de quien no copio, señor,
la beldad que el Sol envidia,
porque ahora no conviene
á la ocasion, ni á mis dias:
baste deciros, que siendo
sus riquezas infinitas,
con su esposa comparadas,
es la menor de sus desdichas.
Es un hombre bien dispuesto,
que continuo se egercita
en la caza, y tan valiente,
que vence á un toro en la lidia.

Jamas os ha visto el rostro,
y huye de vos, porque afirma,
que es sol el Rey, y no tiene
para tantos rayos vista.
Garcia del Castañar
es este, y os certifica
mi fe, que si le llevais
á la guerra de Algecira,
que lleveis á vuestro lado
una prudencia que os rija,
una verdad sin embozo,
una agudeza advertida,
un rico sin ambicion,
un parecer sin porfia,
un valiente con discurso,
y un Labrador sin malicia.

Rey.

¡Notable hombre!

Conde.

Os prometo,
que en él las partes se incluyen,
que en Palacio constituyen
á un caballero perfecto.

Rey.

¿No me ha visto?

Conde.

Eternamente.

Rey.

Pues yo le tengo de ver,
de él esperiencia he de hacer.
Yó, y don Mendo solamente,
y otros dos hemos de ir;
pues es el camino breve.
La cetreria se lleve,
porque podamos fingir,

que vamos á caza; que hoy
de esta suerte le he de hablar,
y en llegando al Castañar,
ninguno dirá quien soy.
¿Qué os parece?

Conde.

La agudeza
á la ocasion corresponde.

Rey.

Prevenid caballos, Conde.

Conde.

Voy á serviros.

ESCENA III.

El Rey, la Reyna, y don Mendo.

Don Mendo.

Su Alteza.

Reyna.

¿Dónde, señor?

Rey.

A buscar
un tesoro sepultado,
que el Conde ha manifestado.

Reyna.

¿Lejos?

Rey.

En el Castañar.

Reyna.

¿Volvereis?

Rey.

Luego que ensaye
en el crisol su metal.

Reyna.

Es la ausencia grave mal.

Rey.

Antes que los montes raye
el Sol, volveré, señora,
á vivir la esfera mia.

Reyna.

Noche es la ausencia.

Rey.

Vos dia.

Reyna.

Vos mi Sol.

Rey.

Y vos mi Aurora.

ESCENA IV.

El Rey y don Mendo.

Don Mendo.

¿Qué decís á mi demanda?

Rey.

De vuestra nobleza estoy
satisfecho, y pondré hoy
en vuestro pecho esta banda:
que si la doy por honor
á un hombre indigno, don Mendo,
será en su pecho remiendo,
y mudará de color,
y al noble seré importuno,
si á su desigual permito;
porque si á todos admito,
no la estimará ninguno.

ESCENA V.

Sala en casa de don García.

Don García.

Fabrica hermosa mia,

habitacion de un infeliz dichoso,
oculto desde el dia,
que el Castellano pueblo victorioso,
con lealtad oportuna,
al niño Alfonso coronó en la cuna.
En tí vivo contento,
sin desear la Corte, ó su grandeza,
al ministerio atento
del campo, donde encubro mi nobleza,
en quien fui peregrino,
y estraño huesped, y quedé vecino.
En tí, de bienes rico,
vivo contento con mi amada esposa,
cubriendo su pellico
nobleza, aunque ignorada, generosa;
que aunque su ser ignoro,
sé su virtud, y su belleza adoro.
En la casa vivia
de un Labrador de Orgaz prudente y cano:
víla, y dejóme un dia,
como suele quedar en el verano,
del rayo á la violencia,
ceniza el cuerpo, sana la apariencia.
Mi mal consulté al Conde,
y asegurando, que en mi esposa bella
sangre ilustre se esconde,
caséme amante, y me ilustré con ella;
que acudí, como es justo,
primero á la opinion y luego al gusto.
Vivo en feliz estado,
aunque no sé quien es, y ella lo ignora;
secreto reservado
al Conde que la estima, y que la adora;
ni jamas ha sabido
que nació noble el que eligió marido.

Mi Blanca, esposa amada,
que divertida entre sencilla gente,
de su jardin traslada
puros jazmines á su blanca frente:
mas ya todo me avisa
que sale Blanca, pues que brota risa.

ESCENA VI.

Don García, Doña Blanca de Labradora, con flores, Bras, Teresa, Belardo viejo, y músicos pastores.

Música.

Esta es Blanca como el sol,
que la nieve no:
esta es hermosa, y lozana,
como el Sol,
que parece á la mañana,
como el Sol,
que aquestos campos alegra
como el Sol,
con quien es la nieve negra,
y del almendro la flor:
esta es Blanca como el Sol
que la nieve no.

Garcia.

Esposa, Blanca querida,
injustos son tus rigores,
si por dar vida á las flores,
me quitas á mi la vida.

Blanca.

Mal daré vida á las flores,
cuando pisarlas suceda;
pues mi vida ausente queda
adonde animas, amores:
porque asi quiero, Garcia,

sábiendo cuanto me quieres,
que si tu vida perdieres,
puedas vivir con la mia.

García.

No habrá merced, que sea mucha,
Blanca, ni grande favor
si le mides con mi amor.

Blanca.

¿Tanto me quieres?

García.

Escucha:

No quiere el segador el aura fria,
ni por abril el agua mis sembrados,
ni yerva en mi dehesa mis ganados,
ni los pastores la estacion humbria,
ni el enfermo la alegre luz del dia,
la noche los gañanes fatigados,
blandas corientes los amenos prados,
mas que te quiero, dulce esposa mia;
que si hasta hoy su amor desde el primero
hombre juntaran, cuando asi te ofreces
en un sugeto á todos los prefiero:
y aunque sé, Blanca, que mi fe agradeces,
y no puedo querer mas que te quiero,
aun no té quiero, como tu mereces.

Blanca.

No quieren mas las flores al rocio,
que en los fragantes vasos el sol bebe,
las arboledas la desecha nieve,
que es cima de cristal, y despues rio:
el índice de piedra al Norte frio,
el caminante al iris cuando llueve,
la oscura noche la traicion aleve,
mas que te quiero, dulce esposo mio;
porque es mi amor tan grande, que á tu nombre

como á cosa divina, construyera
aras donde adorarle; y no te asombre,
por que si el sér de Dios no conociera,
dejára de adorarte como hombre,
y por Dios te adorara, y te tuviera.

Bras.

Pues están Blanca, y Garcia,
como palomos de bien,
resquiebrémonos tambien;
porque desde ellotro dia
tu carilla me engarrucha.

Teresa.

Y á mí tu talle, mi Bras.

Bras.

¿Mas que te quiero yo mas?

Teresa.

¿Mas que no?

Bras.

Teresa, escucha.
Desde que te ví, Teresa,
en el arroyo á pracer,
ayudándote á torcer
los manteles de la mesa;
y torcidos, y lavados
nos dijo cierto estodiante,
así á un pobre pleiteante
suelen dejar los letrados:
eres de mí tan querida,
como lo es de un logrero
la vida de un caballero,
que dió un juro de por vida.

ESCENA VII.

Dichos y Tello.

Envidie, señor Garcia,
vuestra vida el mas dichoso:
solo en vos reina el reposo.

Doña Blanca.

¿Qué hay Tello?

Tello.

¡Ó señora mia!
¡Ó Blanca hermosa, de donde
proceden cuantos jazmines
dan fragancia á los jardines!
Vuestras manos besa el Conde.

Doña Blanca.

¿Cómo está el Conde?

Tello.

Señora,
á vuestro servicío está.

Don Garcia.

¿Pues Tello, qué hay por acá?

Tello.

Escuchad aparte agora:
hoy con toda diligencia
me mandó que este os dejase
y respuesta no esperase:
con esto dadme licencia.

Don Garcia.

¿No descansareis?

Tello.

Por vos
me quedára hasta otro dia;
mas no han de verme, Garcia,
los que vienen cerca: á Dios.

ESCENA VIII.

Dichos menos Tello.

Don Garcia.

El sobrescrito es á mí:
¿mas que me riñe, porque
corto el donativo fue,
que hice al Rey? mas dice asì.
"El Rey, señor don Garcia,
que su ofrecimiento vió,
admirado preguntó,
quién era V. señoria.
Dígele, que un Labrador
desengañado, y discreto,
y á examinar vá en secreto
su prudencia, y su valor.
No se dé por entendido,
no diga quien es al Rey;
porque aunque estime su ley,
fue de su padre ofendido;
y sabe cuanto le enoja
quien su memoria despierta.
Quede á Dios; y el Rey, advierta,
que es el de la vanda roja.
El Conde de Orgaz su amigo"
¡Rey Alfonso, si supieras
quien soy, como previnieras
contra mi sangre el castigo
de un difunto padre!

Doña Blanca.

Esposo,
silencio, y poco reposo
indicios de triste son;
¿qué tienes?

Don Garcia.

Mandame, Blanca,

*

en este el Conde, que hospede
á unos señores.

Doña Blanca.

Bien puede,
pues tiene esta casa franca.

Bras.

De cuatro rayos con crines,
generacion española,
de unos cometas con cola,
ó aves, y al fin rocines,
que andan bien, y vuelan mal,
cuatro bizarros señores,
que parecen cazadores,
se apean en el portal.

Don Garcia.

No te des por entendida
de que sabemos que vienen.

Teresa.

¡Qué lindos talles que tienen!

Bras.

Par diez que es gente llocida.

ESCENA IX.

Dichos, el Rey sin vanda, don Mendo con ella, y dos cazadores.

Rey.

Guardeos Dios, los labradores.

Don Garcia.

Ya veo al de la divisá. *ap.*
Caballeros de alta guisa,
Dios os de bienes, y honores:
¿qué mandais?

Don Mendo.

¿Quién es aquí

Garcia del Castañar?

Don Garcia.

Yo soy, á vuestro mandar.

Don Mendo

Galan sois.

Don Garcia.

Dios me hizo así.

Bras.

Mayoral de sus porqueros
so, y porque mucho valgo,
miren si los mando en algo
en mi oficio, caballeros;
que lo haré de mala gana,
como verán por la obra.

Don Garcia.

Quita, bestia.

Bras.

El bestia sobra.

Rey.

¡Qué simplicidad tan sana!
guérdeos Dios.

Don Garcia.

Vuestra persona,
aunque vuestro nombre ignoro,
me aficiona.

Bras.

Es como un oro;
á mi tambien me inficiona.

Don Mendo.

Llegamos al Castañar
volando un cuervo, supimos
de vuestra casa, y venimos
á verla, y á descansar
un rato, mientras que pasa
el Sol de aqueste Orizonte.

Don García.

Para Labrador de un monte,
grande juzgareis mi casa;
y aunque alvergue pequeño
para tal gente será,
sus defectos suplirá
la voluntad de su dueño.

Don Mendo.

¿Nos conoceis?

Don García.

No en verdad;
que nunca de aquí salimos.

Don Mendo.

En la cámara servimos
los cuatro á su Magestad,
para serviros. ¿García,
quién es esta Labradora?

Don García.

Mi muger.

Don Mendo.

Goceis, señora,
tan honrada compañía
mil años; y el Cielo os dé
mas hijos, que vuestras manos
arrojan al campo granos.

Doña Blanca.

No serán pocos á fe.

Don Mendo.

¿Cómo es vuestro nombre?

Doña Blanca

Blanca.

Don Mendo.

Con vuestra beldad conviene.

Doña Blanca.

No puede serlo quien tiene

la cara á los ayres franca.

Rey.

Yo tambien, Blanca, deseo,
que vivais siglos prolijos
los dos, y de vuestros hijos
veais mas nietos, que veo
arboles en vuestra sierra;
siendo á vuestra sucesion,
breve para habitacion,
cuanto descubre esa sierra.

Bras.

No digan mas desatinos.
¡Qué poco en hablar reparan!
¿si todo el campo pobráran,
donde han de estar mís cochinos?

Don Garcia.

Rústico entretenimiento
será para vos mi gente;
pues la ocasion lo consiente,
recibid, sin cumplimiento,
algun regalo en mi casa:
tu dispónlo Blanca, mia.

Don Mendo.

Llámala fuego, García, *ap.*
pues el corazon me abrasa.

Rey.

Tan hidalga voluntad
es admitirla nobleza.

Don Garcia.

Con esta misma llaneza
sirviera a su Magestad;
que aunque no le he visto, intento
servirle con aficion.

Rey.

¿Para no verle hay razon?

Don Garcia,

O señor, ese es gran cuento;
dejádle para otro dia.
Tú, Blanca, Bras, y Teresa,
id á prevenir la mesa
con alguna niñería.

FSCENA X.

Dichos, menos Doña Blanca, Bras y Teresa.

Rey.

Pues yo sé que el Rey Alfonso
tiene noticias de vos.

Don Mendo.

Testigos somos los dos.

Don Garcia.

¿El Rey de un villano intonso?

Rey.

Y tanto el servicio admira
que hicisteis á su corona,
ofreciendo ir en persona
á la guerra de Algecira,
que si la corte seguís,
os ha de dar á su lado
el lugar mas envidiado
de palacio.

Don Garcia.

¿Qué decís?
Mas precio entre aquellos cerros
salir á la primer luz,
prevenido el arcabuz,
y que levanten mis perros
una vanda de perdices;
y codicioso en la empresa
seguirlas por la dehesa,

con esperanzas felices
de verlas caer al suelo;
y cuando son á los ojos
pardas nubes con pies rojos
batir sus alas al buelo,
y derribar esparcidas
tres ó cuatro; y anhelando,
mirar mis perros buscando
las que cayeron heridas,
con mi voz, que los provoca;
y traer las que palpitan
á mis manos, que las quitan
sin disgusto de su boca:
levantarlas, ver por donde
entró entre la pluma el plomo,
volverme á mi casa, como
suele de la guerra el Conde
á Toledo, vencedor;
pelarlas dentro en mi casa,
perdigarlas en la brasa,
y puestas al asador,
con seis dedos de un pernil,
que á cuatro vueltas, ó tres
pastilla de lumbre es,
y canela del brasil;
y entregarselo á Teresa,
que con vinagre, su aceite,
y pimienta, sin afeite
las pone en mi limpia mesa,
donde en servicio de Dios,
una yo, y otra mi esposa
nos comemos; que no hay cosa
como á dos perdices, dos:
y levantando una presa
darsela á Teresa, mas

porque tenga envidia Bras,
que por darsela á Teresa;
y arrojar á mis sabuesos
el esqueleto roido,
y oir por tono el crugido
de los dientes y los huesos,
y en el cristal transparente
brindar, y con mano franca,
hacer la razon mi Blanca,
con el cristal de una fuente;
levantar la mesa, dando
gracias á quien nos envia
el sustento cada dia,
varias cosas platicando;
que aquesto es el Castañar,
que en mas estimo, señor,
que cuenta hacienda, y honor
los reyes me pueden dar.

Rey.

¿Pues como al Rey ofreçeis
ir en persona á la guerra,
si amais tanto vuestra tierra?

Don Garcia.

Perdonad, no lo entendeis.
El Rey es de un hombre honrado,
en necesidad sabida,
de la hacienda, y de la vida
acreedor privilegiado.
Agora con pecho ardiente
se parte á la Andalucía,
para estirpar la heregía,
sin dineros, y sin gente;
asi le envié á ofrecer
mi vida, sin ambicion,
por cumplir mi obligacion;

y por que me ha menester;
que como hacienda debida
al Rey, le ofrecí de nuevo
esta vida, que le debo
sin esperar que la pida.

Rey.

¿Pues concluida la guerra,
no os quedareis en palacio?

Don García.

Vivese aquí mas despacio,
es mas segura esta tierra.

Rey.

Posible es que os ofrezca
el Rey lugar soberano.

Don García.

¿Y es bien que le dé á un villano,
el lugar que otro merezca?

Rey.

Elegir el Rey amigo
es distributiva ley:
bien puede.

Don García.

Aunque pueda el Rey,
no lo acabará conmigo,
que es peligrosa amistad,
y sé que no me conviene;
que á quien ama, es el que tiene
mas poca seguridad:
que por acá siempre he oido,
que vive mas arriegado
el hombre del Rey amado,
que quien es aborrecido;
porque el uno se confia,
y el otro se guarda de él.
Tuve yo un padre muy fiel,

que muchas veces decia,
dándome buenos consejos,
que tenia certidumbre
que era el Rey como la lumbre,
que calentaba de lejos,
y desde cerca quemaba.

Rey.

Tambien dicen mas de dos,
que suele hacer, como Dios,
del lodo que se pisaba,
un hombré ilustrado, á quien
le venere el mas bizarro.

Don Garcia.

Muchos le han hecho de barro,
y le han desecho tambien.

Rey.

Seria el hombre imperfecto.

Don Garcia.

Sea imperfecto, ó no sea:
el Rey, á quien no desea,
¿qué puede darle en efecto?

Rey.

Daráos premios.

Don García.

Y castigos.

Rey.

Daráos gobierno.

Don Garcia.

Y cuidados.

Rey.

Daráos bienes.

Don Garcia.

Envidiados.

Rey.

Daráos favor.

Don Garcìa.

Y enemigos:
y no os teneis que cansar,
que yo sé no me conviene,
ni daré por cuanto tiene
un dedo del Castañar:
esto, sin que un punto ofenda
á sus reales resplandores.
Mas lo que importa, señores,
es prevenir la merienda.

ESCENA XI.

Dichos menos don Garcia.

Rey.

Poco el Conde lo encarece:
mas es de lo que pensaba.

Don Mendo.

La casa es bella.

Rey.

Estremada:
¿cuál lo mejor os parece?

Don Mendo.

Si ha de decir la fe mia
la verdad á vuestra Alteza,
me parece la belleza
de la muger de García.

Rey.

Es hermosa.

Don Mendo.

Es celestial,
es ángel de nieve pura.

Rey.

¿Ese es amor?

Don Mendo.

¿La hermosura
á quién le parece mal?

Rey.

Cubrios, Mendo, ¿qué haceis?
que quiero en la soledad
deponer la magestad.

Don Mendo.

Mucho, Alfonso, recogeis
vuestros rayos, satisfecho
que sois por fe venerado
tanto, que os habeis quitado
la roja banda del pecho
para encubriros, y dar
aliento nuevo á mis brios.

Rey.

No nos conozcan, cubrios;
que importa disimular.

Don Mendo.

Rico-hombre soy, y de hoy mas
grande es bien que por vos quede.

Rey.

Pues ya lo dije, no puede
volver mi palabra atras.

ESCENA XII.

Dichos y doña Blanca.

Doña Blanca.

Entrad, si quereis, señores,
merendar, que ya os espera,
como en verde primavera,
la mesa llena de flores.

Don Mendo.

¿Y que teneis que nos dar?

Doña Blanca.

¿ Para que saberlo quieren ?
comeran lo que les dieren ,
pues que no lo han de pagar :
ó quedaránse en ayunas :
mas nunca faltan , señores ,
en casa de labradores
queso , arrope , y aceytunas ;
y blanco pan les concierto ,
que amasamos yo , y Teresa ;
que pan blanco , y limpia mesa
abren las ganas á un muerto.
Tambien hay de las tempranas
ubas de un majuelo mio ,
y en blanca miel de rocío
berengenas toledanas ;
perdices en escabeche ;
y de un javalí , aunque fea ,
una cabeza en jalea ,
porque todo se aproveche :
cocído en vino un jamon ,
y un chorizo , que provoque
á que con el vino aloque
hagan todos la razon :
dos ánades , y cecinas
cuantas los montes ofrecen ,
cuyas hebras me parecen
deshojadas clavellinas ,
que cuando vienen á estar
cada una de por sí ,
como seda carmesí ,
se pueden al torno hilar.

Rey.

Vamos , Blanca.

Doña Blanca.

Hidalgos, ea,
merienden, y buena pro.

ESCENA XIII.

Dichos menos el Rey y los dos cazadores.

Don Mendo.

Labradora, ¿quién te vió
que amante no te desea?

Doña Blanca.

Venid, y callad señor.

Don Mendo.

Cuanto previenes, trocára
á un plato, que sazonára
en tu voluntad amor.

Doña Blanca.

Pues decidme, cortesano:
el que trae la vanda roja,
¿qué en mi casa se os antoja
para guisárle?

Don Mendo.

Tu mano.

Doña Blanca.

Una mano de almodrote
de baca os sabrá mas bien:
guarde Dios mi mano, amen,
no se os antoje gigote:
que harán, si la tienen gana,
y no hay quien los replique,
que se píque, y se repique
la mano de una villana,
para que un señor la coma.

Don Mendo.

La voluntad la sazone

para mis labios.

Doña Blanca.

Perdone,
bien se está san Pedro en Roma;
y si no lo habeis sabido,
sabed, señor, en mi trato,
que solo sirve ese plato
al gusto de mi marido;
y me lo paga muy bien,
sin lisonjas, ni rodeos.

Don Mendo.

Yo con mi estado, y deseos
te lo pagaré tambien.

Doña Blanca.

En mejor mercadería
gastad los intentos vanos,
que no engañarán gitanos
á la muger de García;
que es muy ruda, y montaraz.

Don Mendo.

Y bella como una flor.

Doña Blanca.

¿Qué de adonde soy, señor?
para serviros, de Orgaz.

Don Mendo.

Que eres del cielo sospecho,
y en el rigor, de la sierra.

Doña Blanca.

¿Son bobas las de mi tierra?
Merendad y buen provecho.

Don Mendo.

¿No me entiendes, Blanca mia?

Doña Blanca.

Bien entiendo vuestra troba;

porque no es del todo boba
la de Orgaz, por vida mia.

Don Mendo.

Pues por tus ojos amados,
que has de oirme, la de Orgaz.

Doña Blanca.

Tengamos la fiesta en paz:
entrad ya, que están sentados,
y tened mas cortesía.

Don Mendo.

Tu menos riguridad.

Doña Blanca.

Si no quereis, aguardad.
¡Ah marido! Ola, García.

ESCENA XIV.

Dichos y don García.

Don García.

¿Qué quereis, ojos divinos?

Doña Blanca.

Haced al señor entrar,
que no quiere hasta acabar
un cuento de calaínos.

Don García.

¿Si el cuento fuera de amor *ap.*
del Rey, que Blanca me dice,
para ser siempre infelice?
mas si viene á darme honor
Alfonso, no puede ser:
cuando no de mi linage,
se me ha pegado del trage
la malicia, y proceder.
Sin duda no quiere entrar,
por no estar con sus criados

en una mesa sentados;
quiéroselo replicar
de manera, que no entienda,
que le conozco. Señor,
entrad, y haréisme favor,
y alcanzad de la merienda
un bocado, que os le dán
con voluntad, y sin paga;
y mejor provecho os haga
que no el bocado de Adan.

ESCENA XV.

Dichos y Bras que saca algo de comer y un jarro cubierto.

Bras.
Un caballero me envia
á decir como os espera.
Don Mendo.
¿Como Blanca eres tan fiera
Doña Blanca.
Así me quiere García.

ESCENA XVI.

Dichos menos don Mendo y doña Blanca poco despues.

Don García.
¿Es el cuento?
Doña Blanca.
Proceder
con él quiere pertinaz:
mas déjala á la de Orgaz,
que ella sabrá responder.

*

Bras.

Todos estan en la mesa,
quiero á solas, y sentado,
mamarme lo que he arrugado
sin que me viese Teresa.
¡Qué bien que se satisface
un hombre sin compañía!
Bebed, Bras, por vida mia.

Dentro.

Bebed vos.

Bras.

¿Yo? Que me place.

ESCENA XVII.

Dichos, el Rey, don Mendo, doña Blanca y los dos cazadores.

Rey.

Caballeros, ya declina
el sol al mar Occeano.

Don García.

Comed más, que aun es temprano;
ensanchad bien la petrina.

Rey.

Quieren estos caballeros
una ave en tierra rasa
volarla.

Don Garcia.

Pues á mi casa
os volved.

Rey.

Obedeceros
no es posible.

Don Garcia.

Cama blanda

ofrezco á todos, señores;
y con almohadas de flores,
sábanas nuevas de Holanda.

Rey.

Vuestro gusto fuera ley,
García, mas no podemos;
que desde mañana hacemos
los cuatro semana al Rey,
y es fuerza estar en palacio.
Blanca, á Dios: á Dios, García.

Don García.

El cielo os guarde.

Rey.

Otro día
hablaremos mas despacio.

Don Mendo.

Labradora hermosa mia,
tén de mi dolor memoria.

Doña Blanca.

Caballero, aquesa historia
se ha de tratar con García.

Don García.

¿Qué decís?

Don Mendo.

Que dé á los dos
el cielo vida, y contento.

Doña Blanca

A Dios, señor, el del cuento.

Don Mendo. *ap.*

Muerto voy. A Dios.

ESCENA XVIII.

Don Garcia y doña Blanca.

Don García.

A Dios.
Y tú, bella, como el cielo,
ven al jardin, que convida
con dulce paz á mi vida,
sin consumirla el anhelo
del pretendiente, que aguarda
el mal seguro favor,
la sequedad del señor,
ni la provision que tarda
ni la esperanza que yerra,
ni la ambicion arrogante
del que armado de diamante
busca al contrario en la guerra;
ni por los mares del norte,
que envidia pudiera dar
á cuantos del Castañar
ván esta tarde á la corte:
mas por tus divinos ojos,
adorada Blanca mia,
que es hoy el primero dia
que he tropezado en enojos.

Doña Blanca.

¿De qué son tus descontentos?

Don García.

Del cuento del cortesano.

Doña Blanca.

Vamos al jardin, hermano;
que esos son cuentos de cuentos.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

SALON DE PALACIO.

La Reyna y el Conde.

Reyna.

Vuestra estraña relacion
me ha enternecido; y prometo,
que he de alcanzar con efecto
para los dos el perdon;
porque de Blanca, y García
me ha encarecido su Alteza,
en el uno la belleza,
y en el otro gallardía.
Y pues que las dos se unieron
con sucesos tan prolijos,
como los padres, los hijos
con una estrella nacieron.

Conde

Del Conde nadie concuerda
bien en la conspiracion:
salió al fin de la prision,
y don Sancho de la Cerda
huyó con Blanca, que era
de dos años, á ocasion,
que era yo contra Aragon
general de la frontera,
donde el Cerda con su hija
se pretendió asegurar;

y en un pequeño lugar;
con la jornada prolija,
adolesció de tal suerte,
que aunque le acudí en secreto;
en dos dias en efecto,
cobró el tributo la muerte.
Hícele dar sepultura
con silencio, y apiadado
mandé, que á Orgáz un soldado
la inocente criatura
llevase; y un labrador
la crió, hasta que un dia
la casaron con García
mis consejos, y su amor:
que quiso, sin duda alguna,
el cielo, que ambos se viesen,
y de los padres tuviesen
junta la sangre, y fortuna.

Reyna.

Yo os prometo de alcanzar
el perdon.

ESCENA II.

Dichos y Bras.

Bras

Buscandole,
pardiobre que me colé,
como fraile, sin llamar;
topéle; su Sonseria
me dé las manos, y pies.

Conde.

Bien venido, Bras.

Reyna.

¿Quién es?

Conde.

Un criado de García.

Reyna.

Llegad.

Bras.

¡Qué brava hermosura!
Esta sí que el ojo abonda;
pero si vos sois la Conda,
tendreis muy mala ventura.

Conde.

¿Y qué hay por allá, mancebo?

Bras.

Como al Castañar no van
estafetas de Milan,
no he sabido qué hay de nuevo:
y por acá, ¿qué hay de guerra?

Conde.

Juntando dineros voy.

Bras.

De buena gana los doy
por gozar en paz mi tierra;
porque el corazon me ensancha
cuando duermo mas seguro,
que en Flandes detras de un muro,
en un carro de la Mancha.

Reyna.

Escribe bien, breve, y grave.

Conde.

Es sabio.

Reyna.

A mi parecer,
mas es que serlo, tener
en palacio quien le alabe.

ESCENA III.

Dichos y don Mendo. La Reyna se va poco despues.

Don Mendo.

Su Alteza espera.

Reyna.

Muy bien
la vanda está en vuestro pecho.

Don Mendo.

Por vos su Alteza me ha hecho
aquesta honra.

Conde.

Tambien
tuve parte en esta accion.

Don Mendo

Vos me disteis esta vanda,
que mia fue la demanda,
y vuestra la informacion.
Ayer con su Alteza fuí,
y dióme esta insignia, Conde,
yendo al Castañar (adonde *ap.*
libre fuí, y otro volví).

ESCENA IV.

Dichos y Tello.

Tello

El Rey llama.

Conde.

Espera, Bras.

Bras.

El billorete leed.

Conde.

Este hombre entretened

mientras vuelvo.

Bras.

Estoy de mas,
desempachadme temprano;
que el Palacio, y los olores
se hicieron para señores,
no para un tosco villano.

Conde.

Ya vuelvo.

ESCENA V.

Dichos menos el Conde y Tello.

Don Mendo.

Conocer quiero
este hombre.

Bras.

¿No hay babrar?
¿Cómo fue en el Castañar
ayer tarde, caballero?

Don Mendo.

Daré á tus aras mil veces
holocáustos, Dios de amor,
pues en este Labrador
remedio á mí mal ofreces.
¡Ay Blanca! ¡con qué de enojos
me tienes! ¡con qué pesar!
¡Nunca fuera al Castañar!
¡nunca te vieran mis ojos!
¡Pluguiera á Dios, que primero,
que fuera Alfonso á tu tierra,
muerte me diera en la guerra
el corbo Africano acero!
¡Pluguiera á Dios, Labrador,
que al aspid fiero, y hermoso,

que sirves, y cauteloso
fue causa de mi dolor,
sirviera yo, y mis estados
te diera, la renta mia;
que por ver á Blanca un dia,
fuera á guardar sus ganados!

Bras.

¿Qué diabros tiene, señor,
que salta, brinca, y recula?
Sin duda la taraniúla
le ha picado, ó tiene amor.

Don Mendo.

Amor, pues norte me das, *ap.*
de este tengo de saber
si á Blanca la podré ver:
¿Cómo te llamas?

Bras.

Yo, Bras.

Don Mendo.

¿De dónde eres?

Bras

De la villa
de Ajofrin, si sirvo en algo.

Don Mendo.

¿Y eres muy gentil hidalgo?

Bras.

De los Brases de Castilla.

Don Mendo.

Ya lo sé.

Bras.

Decís verdad,
que so antiguo, aunque no rico;
pues vengo de un villancico
del dia de Navidad.

Don Mendo.

Buen talle tienes.

Bras.

Bizarro;
mire que pie tan perfeto:
¿Monda nísperos el peto?
¿y estos ojuelos son barro?

Don Mendo.

¿Y eres muy discreto, Bras?

Bras.

En eso soy estremado,
porque cualquiera cuitado
presume que sabe mas.

Don Mendo.

¿Quieres servirme en la corte,
y verás cuanto te precio?

Bras.

Caballero, aunque so necio,
razonamientos acorte,
y si algo quiere mandarme,
acabe ya de parillo.

Don Mendo.

Toma, Bras, este bolsillo.

Bras.

Mas par Dios, quiere burlarme:
á ver, acerque la mano.

Don Mendo.

Escudos son.

Bras.

Yo lo creo;
mas por no engañarme, veo
si está por de dentro vano.
Dinero es, y de ello infiero,
que algo pretende que haga,
porque el hablar bien se paga.

Don Mendo

Solo que me digas quiero,
si ver podré á tu señora.

Bras.

¿Para malo, ó para bueno?

Don Mendo.

Para decirla que peno,
y que el corazon la adora.

Bras.

Lástima os tengo, así viva,
por lo que tengo en el pecho;
que aunque rudo, amor me ha hecho
el mio como una criba.
Yo os quiero dar una traza,
que de provecho será.
Aquestas noches se vá
mi amo Garcia á caza
de javalíes, vestida
le aguarda, sin prevencion,
y si entrais por un balcon,
la hallareis medio dormida,
porque hasta el Alba le espera;
y esto muchas veces pasa
á quien deja hermosa en casa,
y busca en otra una fiera.

Don Mendo.

¿Me engañas?

Bras.

Cosa es tan cierta,
que de noche en ocasiones
suelo entrar por los balcones,
por no llamar á la puerta,
ni que Teresa me abra;
y que por la honda, que deja
puesta Belardo en la reja,

trepando voy como cabra,
y la hallo sin embarazo
sola esperando á Garcia;
porque le aguarda hasta el dia
recostada sobre el brazo.

Don Mendo.

En tí el amor me promete
remedio.

Bras.

Pues esto haga.

Don Mendo.

Yo te ofrezco mayor paga.

Bras.

Esto no es ser alcahuete.

Don Mendo.

Blanca, está noche he de entrar
á verte, á fe de español;
que para llegar al Sol,
las nubes se han de escalar.

ESCENA VI.

El Rey, el Conde y Bras.

Rey.

El hombre es tal, que os prometo,
que con vuestra aprobacion
he de llevarle á esta accion,
y ennoblecer.

Conde.

Es discreto,
y valiente; en él están
sin duda resplandecientes
las virtudes convenientes
para hacerle capitan;
que yo sé que suplirá

la falta de la esperiencia
su valor, y su prudencia.

Rey.

Mi gente lo acetará,
pues vuestro valor le abona;
y sabe de vuestra ley,
que sin méritos, al Rey
no le proponeis persona.
Traedle mañana, Conde.

ESCENA VII.

Dichos menos el Rey, y poco despues el Conde.

Conde.

Yo sé que aunque os acuiteis,
que en la ocasion publiqueis
la sangre, que en vos se esconde.

Bras.

Despachadme, pues, que no,
señor, otra cosa espero.

Conde.

Que se recibió el dinero,
que al donativo ofreció,
le decid, Bras, á Garcia;
y podeos ir con esto,
que yo le veré muy presto,
ó respondere otro dia

Bras.

No llevo cosa que importe:
sobre tardanza prolija,
¿largo parto, y parir hija?
Propio despacho de corte.

ESCENA VIII.

DECORACION DE BOSQUE.

Don Garcia de cazador, con un puñal y un arcabuz.

Don Garcia.

Bosques mios frondosos,
de dia alegres, cuanto tenebrosos,
mientras baña Morfeo
la noche con las aguas del Leteo,
hasta que sale de Faeton la esposa
coronada de plumas, y de rosa,
en vosotros doctrina
halla sobre quien Marte predomina,
disponiendo sangriento
á mayores contiendas el aliento;
porque furor influye
la caza, que á la guerra sostituye.
Yo soy el vivo rayo
feroz de vuestras fieras, que me ensayo
para ser, con la sangre que me inspira,
rayo del Castañar en Algecira;
criado en vuestras grutas, y campañas;
Alcides español de estas montañas;
que contra sus tiranos
clava es cualquiera dedo de mis manos,
siendo por mí esta vera
pródiga en carnes, abundante en cera;
vengador de sus robos,
parca comun de osos, y de lobos,
que por mí el cabritillo, y simple oveja
del montañes pirata no se queja,
y cuando embiste ayrado
á deborar el tímido ganado,
si me arrojo al combate,

ocioso el can en la palestra late;
que durmiendo entre flores,
en mi valor fiados los pastores,
cuando abre el sol sus ojos,
desperezados ya, los miembros flojos,
cuando al ganado asisto,
cuando al corsario embisto,
pisan difunta la voráz caterva
mas lobos sus abarcas, que no yerva.
¿Qué colmenar copioso
no demuele defensas contra el oso,
fabricando sin muros
dulce, y blanco licor en nichos puros?
Que por eso han tenido,
gracias al plomo á tiempo compelido,
en sus cotos amenos,
un enemigo las abejas menos;
que cuando el sol acaba,
y en el postrero parasismo estaba,
á dos colmenas, que robado habia,
las caló dentro de una fuente fria,
ahogando en sus cristales
las abejas, que obraron sus panales,
para engullir segura
la miel, que misturó en el agua pura,
y dejó, bien que turbia su corriente,
el agua dulce de esta clara fuente.
Y esta noche bajando
un javalí á aqueste arroyo blando,
y cristalino cebo,
con la luz, que mendiga Cintia á Febo,
le miré cara á cara,
haciéndose lugar entre la jara,
despejando la senda sus cuchillos,
de marfil, ó de acero sus colmillos;

pero á una bala presta,
la luz condujo á penetrar la testa,
oyendo el valle á un tiempo repetidos
de la polvora el eco, y los bramidos.
Los dos serán trofeos
pendientes en mis puertas, aunque feos,
despues que Blanca con su breve planta
su cervíz pise, y por ventura tanta
dirán, aun en la muerte
tiene el cadaver de un dichoso suerte;
que en la ocasion mas dura,
á las fieras no falta la ventura.
Mas el ruido me avisa,
que un javalí desciende; con gran prisa
vuelve huyendo, habrá oido
algun ruido distante su sentido;
porque en distancia larga
oye calar al arcabuz la carga,
y esparcidas las puntas,
que sobre el cerro acomulaba juntas,
si oye la bala, ó menear la cuerda,
es ala, cuando huye, cada cerda.

ESCENA IX.

Don Garcia, Don Mendo, y un criado con una escala.

Don Mendo.

Para esto, amor tirano,
del Cerco Toledano
al monte me tragíste,
para perderme en su maleza triste?
¿Mas qué esperar podia
ciego, que á un ciego le eligió por guia?
Una escala previne, con intento,

Blanca, de penetrar tu firmamento,
y lo mismo emprendiera
si fueras diosa en la Tonante Esfera,
no Montañesa ruda,
sin honor, sín esposo que te acuda;
que en este loco abismo
intentára lo mismo,
si fueras, Blanca bella,
como naciste humana, pura estrella:
bien que á la tierra, bien que al cielo sumo
bajára en polvo, y ascendiera en humo.

Don Garcia.

Llegó prímero al animal valiente,
que á mi sentido, el ruido de esta gente.

Don Mendo.

En esta luna de Octubre
suelen salir cazadores
á esperar los javalies;
quiero llamar: ah del monte.

Criado.

Ola, hao.

Don Garcia.

Pesia sus vidas,
¿qué buscan? ¿de qué dan voces?

Don Mendo.

¿El sitio del Castañar
está lejos?

Don Garcia.

En dos trotes
se pueden poner en él.

Don Mendo.

Pasabamos á los montes,
y el camino hemos perdido.

Don Garcia.

Aquese arroyuelo corre

al camino.

Don Mendo.

¿Qué hora es?

Don Garcia.

Poco menos de las doce.

Don Mendo.

¿De dónde sois?

Don Garcia.

Del infierno:
id en buen hora, señores,
no me espanteis mas la caza,
que me enojaré, pardiobre.

Don Mendo.

¿La luna hasta cuando dura?

Don Garcia.

Hasta que se acaba.

Don Mendo.

Oye
lo que es villano en el campo.

Don Garcia.

Lo que un señor en la corte.

Don Mendo

¿Y en efecto hay donde errar?

Don Garcia.

¿Y en efecto no se acogen?

Don Mendo.

Terrible sois.

Don Garcia.

Mal sabeis
lo que es estorbar á un hombre
en ocasion semejante.

Don Mendo.

¿Quién sois?

Don Garcia.

Rayo de estos montes;

Garcia del Castañar;
que nunca niego mi nombre.

Don Mendo.

Amor, pues estás piadoso op.
detenle, porque no estorve
mis deseos, y en su casa
mis esperanzas malogre.
Y para que á Blanca vea,
dame tus alas veloces
para que mas presto llegue.
Quedaos con Dios.

ESCENA X.

Don Garcia.

Buenas noches.
Bizarra ocasion perdí,
imposible es que la cobre;
quiero volverme á mi casa
por el atajo del monte.
Y pues ya me voy, oid
de grutas partos feroces,
salid, y bajad al valle,
vivid en paz esta noche,
que vuestro mayor opuesto
á su casa se vá, adonde
dormirá, no en duras peñas,
sino en blandos algodones.
Y depuesta la fiereza,
tan trocadas mis acciones,
en los brazos de mi esposa
verá el Argos de la noche,
y el Polifemo del dia,
si las observan feroces
y tiernas, que en este pecho

se ocultan dos corazones;
el uno de blanda cera,
el otro de duro bronce;
el blando para mi casa,
el duro para estos montes.

ESCENA XI.

DECORACION DE SALA EN CASA DE DON GARCIA.

Doña Blanca, y Teresa con una bujia, que pone encima de un bufete.

Doña Blanca.

Corre veloz, noche fria,
porque venga con la Aurora
del campo, donde está ahora,
á descansar mi Garcia:
su luz anticipe el dia,
el cielo se desabroche,
salga Faeton en su coche,
verá su luz deseada
la primer enamorada,
que ha aborrecido la noche.

Teresa.

Mejor, señora, acostada
esperarás á tu ausente;
porque asientan lindamente
sobre la holanda delgada
los brazos, que por el Credo,
que aunque fuera mi marido
Bras, que tampoco ha venido
de lo ciudad de Toledo,
que le esperára roncando.

Doña Blanca.

Tengo mas obligaciones.

Teresa

Y le echára á mogicones,
sino se entrára callando:
mas si has de esperar que venga
mi señor, no estés en pie,
yo á Belardo llamaré,
que tu desvélo entretenga:
mas él viene.

ESCENA XII.

Dichos y Belardo.

Belardo.

Pues el Sol
veo de noche brillar,
el sitio del Castañar
es Antípoda español.

Doña Blanca.

Belardo, sentaos.

Belardo.

Señora,
acostaos.

Doña Blanca.

En esta calma,
dormir un cuerpo sin alma,
fuera no esperar la aurora.

Belardo.

¿Esperais?

Doña Blanca.

Al alma mia.

Belardo.

Por muy necia la condeno,
pues se vá al monte sereno,
y os deja hasta que es de dia.

Dentro Bras.

Si vengo de Toledo,
Teresa mia,
yo vengo de Toledo,
no de Francía.

Teresa.

Mas ya viene mi garzon.

Belardo.

A abrirle la puerta iré.

Teresa.

Con tu licencia, sabré
qué me trae, por el balcon.

Bras.

Que si buena es la albahaca,
mejor es la cruz de Calibaca.

Teresa.

¿Como vienes, Bras?

Bras.

Andando.

Teresa.

¿Qué me traes de la ciudad,
en muestras de voluntad?

Bras.

Yo te lo diré cantando:
Tráigote de Toledo,
porque te alegres,
un galan, mi Teresa,
como unas nueces.

Teresa.

Llévele el diablo mil veces:
ved qué sartal, ó corpiño. (2)

---

(1) *Abre Teresa el balcon.*
(2) *Cierra juntando el balcon.*

Doña Blanca.

¿Qué te trae?

Teresa.

Muy lindo aliño:
un galan como unas nueces.

Doña Blanca.

Será sabroso.

ESCENA XIII.

Dichos y Bras.

Bras.

¿Qué hay,
Blanca? Teresa, estoy muerto.
¿Qué, no me abrazas?

Teresa.

Por cierto,
por las cosas que me traes.

Bras.

Dimuños sois las mugeres:
¿á quien quieres mas?

Teresa.

A Bras.

Bras.

Pues si lo que quieres mas
te traigo, ¿qué es lo qué quieres?

Doña Blanca.

Teresa tiene razon:
mas sentaos todos, y dí,
¿qué viste en Toledo?

Bras.

Vi
de casas un burujon,
y mucha gente holgazana,
y en calles buenas, y ruines,

la basura á celemines,
y el cielo por cerbatana;
y dicen que hay infinitos
desdenes en caras buenas;
en verano verengenas,
y en el otoño mosquitos.

Doña Blanca.

¿No hay mas nuevas en la corte?

Bras.

Sátiras pide el deseo
malicioso, ya lo veo:
mas mi pluma no es de corte;
con otras cosas, señora,
os divertid hasta el alba,
que al ausente, Dios le salva.

Doña Blanca.

Pues al que acertare ahora
este enigma, de los tres,
daré un vestido de paño;
y el de grana, que hice ogaño:
á Teresa digo, pues.
¿Cuál es el ave sin madre,
que al padre no puede ver,
ni al hijo, y le vino á hacer
despues de muerto su padre?

Bras.

¿Polainas y galleruza
ha de tener?

Doña Blanca.

Claro es:
digan en rueda los tres.

Teresa.

El cuclillo.

Bras.

La lechuza.

Belardo.

No hay ave á quien mejor cuadre,
que al Fenix, ni otra ser puede;
pues esa misma procede
de las cenizas del padre.

Doña Blanca.

El Fenix es.

Belardo.

Yo gané.

Bras.

Yo perdí como otras veces.

Doña Blanca.

No te doy lo que mereces.

Bras.

Un gorrino le daré
á quien dijere el mas caro
vicio que hay en el mundo.

Doña Blanca.

En que es el juego me fundo.

Bras.

Mentís, Branca, y esto es craro.

Teresa.

El de las mugeres, digo,
que es mas costoso.

Bras.

Mentís.
¿Vos, Belardo, qué decís?

Belardo.

Que el hombre de caza amigo
tiene el de mas perdicion,
mas costoso, é infelice,
la moralidad lo dice
del suceso de Anteon.

Bras.

Mentís tambien, que á mi juicio
sin quedar de ello dudoso
es el vício mas costoso
el del borracho; que es vicio
con quien ninguno compite;
que si pobre viene á ser,
de lo que gastó en beber
no puede tener desqnite. (1)

Doña Blanca.

Oye, Bras; amigos, ea,
abrid, que es el alma mia.
Temprano viene García,
quiera Dios que por bien sea.

Dentro don Garcia.

Buenas noches, gente fiel.

Bras.

Seais, señor, bien venido.

ESCENA XIV.

on Garcia, Bras, Teresa y Blanca que vá al encuen-
ro de su esposo; y arrima don Garcia el arcabuz al
bufete.

Garcia.

¿Como en Toledo te ha ido?

Bras.

Al Conde dí tu papel,
y dijo respondería.

Don García.

Está bien. Esposa amada,
¿no estais mejor acostada?
¿qué esperais?

(1) *Silva dentro don Garcia.*

Doña Blanca.

Que venga el dia:
esperar como solia
á su cazador la diosa
madre de amor cuidadosa,
cuando dejaba los lazos,
y hallaba en sus tiernos brazos
otra carcel mas hermosa,
vínculo de amor estrecho,
donde yacia su bien,
á quien parte dió tambien
del alma, como del lecho:
mas yo con mejor derecho,
cazador que al otro escedes,
haré de mis brazos redes;
y porque caigas, pondré
de una tórtola la fe,
cuyo llanto escusar puedes.
Llega, que en llanto amoroso,
no rebelde javalí
te consagro, una ave sí,
que lloraba por su esposo:
concédete generoso
á vínculos permitidos,
y escucharán tus oidos,
en la palestra de pluma,
arrullos blandos en suma,
y no en el monte bramidos.
Que si bien estar pudiera
quejosa de que te alejes
de noche, y mis brazos dejes
por esperar una fiera;
adórote de manera,
que aunque propongo á mis ojos
quejas, y tiernos despojos,

cuando vuelves de esta suerte,
por el contento de verte
te agradezco los enojos.

Don García.

Blanca hermosa, Blanca, rama
llena por mayo de flor,
que es con tu bello color
etiope Guadarrama;
Blanca, con quien es la llama
del rojo planeta oscura,
y herido de su luz pura,
el terso cristal pizarra,
que eres la accion mas bizarra
del poder de la hermosura:
cuando alguna conveniencia
me aparte, y quejosa quedes,
no mas dolor darme puedes,
que el que padezco en tu ausencia:
cuando vuelvo á tu presencia,
de dejarte arrepentido,
en vano el pecho ofendido
me recibiera terrible;
que en la gloria no es posible
atormentar al sentido.
Las almas en nuestros brazos
vivan heridas, y estrechas,
ya con repetidas flechas,
ya con recíprocos lazos:
no se tejan con abrazos
la vid y el olmo frondoso,
mas estrechos que tu esposo,
y tú, Blanca: llega, amor,
que no hay contento mayor
que rogar á un deseoso.
Y aunque no te traigo aquí,

del sol á la hurtada luz,
herido con mi arcabuz
el cerdoso javalí,
ni el oso ladron, que ví
hurtar del corto vergel
dos repúblicas de miel,
y despues á pocos pasos,
en el humor de sus vasos
bañar el hocico y piel;
te traigo en vez de trofeos
de javalies, y osos,
por lo bien trabado, hermosos,
y distintamente feos,
una álma, y muchos deseos
para alfombras de tus pies;
y me parece que es,
cuando tus méritos toco,
cuanto os he contado poco,
como es poco cuanto vés.

Bras.

Teresa allí, vive Dios.

Teresa.

¿Pues aquí quién vive, Bras?

Bras.

Aquí vive Barrabás,
hasta que chante á los dos
las bendiciones el cura;
porque un casado, aunque pena,
con lo que otro se condena
su salvacion asegura.

Teresa.

¿Con qué?

Bras.

Con tener amor
á su muger, y aumentar

Teresa.
Eso, Bras, es trabajar
en la viña del Señor.
Doña Blanca.
Desnudaos, que en tanto quiero
preveniros, prenda amada,
ropa por mi mano hilada,
que huele mas que el romero:
y os juro, que es mas sutil,
que ser la de Holanda suele;
porque cuando á limpia huele,
no ha menester al abril.
Venid los dos.

ESCENA XV.

Dichos menos doña Blanca.

Bras.
Siempre he oido,
que suele echarse de ver
el amor de la muger,
en la ropa del marido.
Teresa.
Tambien en la sierra es fama,
que amor ni honra no tiene,
quien vá á la corte, y se viene
sin joyas para su dama.

ESCENA XVI.

Don Garcia.

Envidienme en mi estado
las ricas, y ambiciosas magestades,
mi bienaventurado
alvergue, de delicias coronado,

y rico de verdades:
envidien las deidades,
profanas, y ambiciosas,
mi venturoso empleo;
envidien codiciosas,
que cuando á Blanca veo,
su beldad pone límite al deseo.
¡Valgame el cielo, qué miro!

ESCENA XVII.

Don Garcia y don Mendo, el cual entra por el balcon abriendole de golpe, y al ver á don Garcia se emboza.

Don Mendo.

¡Vive Dios, que es el que veo
García del Castañar!
Valor, corazon, ya es hecho:
quien de un villano confia,
no espere mejor suceso.

Don Garcia.

Hidalgo, si serlo puede
quien de accion tan baja es dueño,
si alguna necesidad
á robarme os ha dispuesto,
decidme lo que quereis,
que por quien soy os prometo,
que de mi casa volvais
por mi mano satisfecho.

Don Mendo.

Dejadme volver, García.

Don Garcia.

Eso no; porque primero
he de conocer quien sois;
y descubrios muy presto,
ó de este arcabuz la bala
penetrará vuestro pecho.

Don Mendo.

Pues advertid no me erreis;
que si con vos igual quedo,
lo que en razon me llevais,
en sangre y valor os llevo.
Yo sé que el conde de Orgaz *ap.*
lo ha dicho á alguno en secreto,
informándole de mi:
la vanda que cruza el pecho,
de quien soy testigo sea. (1)

Don García.

¡El Rey es: valgame el cielo!
y que le conozco sabe:
honor, y lealtad, ¿qué haremos?
¿Qué contradicion implica
la lealtad con el remedio?

Don Mendo.

¡Qué propia accion de villano!
temor me tiene ó respeto;
aunque para un hombre humilde
bastaba solo mi esfuerzo.
¡El que encareció el de Orgaz
por valiente! Al fin es viejo.
En vuestra casa me hallais,
ni huir, ní negarlo puedo;
mas en ella entré esta noche...

Don García.

A hurtarme el honor que tengo:
muy bien pagais á mi fe
el hospedage por cierto
que os hicimos Blanca, y yo:
ved que contrarios efectos
verá entre los dos el mundo,

(1) *Desembozase, y cáesele el arcabuz á don García.*

pues yo ofendido os venero,
y vos de mi fe servido,
me dais agravios por premios.

Don Mendo.

No hay que fiar de un villano
ofendido: pues que puedo,
me defenderé con este.

Don García.

¿Qué haceis? Dejad en el suelo
el arcabuz, y advertid,
que os le estorvo, porque quiero
no atribuyais á ventaja
el fin de aqueste suceso:
que para mi basta solo
la vanda de vuestro cuello,
cinta del sol de Castilla,
á cuya luz estoy ciego.

Don Mendo.

¿Al fin me habeis conocido?

Don García.

Miradlo por los efectos.

Don Mendo.

Pues quien nace como yo
no satisface, ¿qué haremos?

Don García.

Que os vais, y rogad á Dios,
que enfrene vuestros deseos;
y al Castañar no volvais
que de vuestros desaciertos
no puedo tomar venganza,
sino remitirla al cielo.

Don Mendo.

Yo lo pagaré, García.

Don García.

No quiero favores vuestros.

Don Mendo.

No sepa el conde de Orgaz
esta accion.

Don Garcia.

Yo os lo prometo.

Don Mendo.

Quedad con Dios.

Don Garcia.

El os guarde.
y á mi de vuestros intentos,
y á Blanca.

Don Mendo.

Vuestra muger...

Don Garcia.

No, señor, no hableis en eso,
que vuestra será la culpa:
yo sé la muger que tengo.

Don Mendo.

¡Ay Blanca! sin vida estoy: *ap.*
¡Que dos contrarios opuestos!
Este me estima ofendido,
tú adorandote me has muerto.

Don Garcia.

¿A donde vais?

Don Mendo.

A la puerta.

Don Garcia.

¡Qué ciego venís, qué ciego!
Por aquí habeis de salir.

Don Mendo.

¿Conoceisme?

Don Garcia.

Yo os prometo,
que á no conocer quien sois,
que bajáredes mas presto:

mas tomad este arcabuz
ahora; porque os advierto,
que hay en el monte ladrones,
y que podrán ofenderos,
si como yo, no os conocen:
bajad aprisa; no quiero,
que sepa Blanca este caso.

Don Mendo.

Razon es obedeceros.

Don Garcia.

Aprisa, aprisa, señor,
remitid los cumplimientos;
y mirad que al descender
no caigas, porque no quiero,
que tropeceis en mi casa,
porque de ella os vais mas presto.

Don Mendo.

¡Muerto voy!

ESCENA XVIII.

Don Garcia.

Bajad seguro,
pues que yo la escala os tengo.
¡Cansada estabas, fortuna,
de estarte fija un momento!
¡Qué vuelta diste tan fiera
en aqueste mar! ¡Qué presto
que se han trocado los aires!
¡En qué dia tan sereno,
contra mi seguridad
fulmina rayos el cielo!
Ciertas mis desdichas son,
pues no dudo lo que veo,
que á Blanca mi esposa busca.

el Rey Alfonso encubierto.
¡Que desdichado que soy,
pues altamente naciendo
en Castilla conde, fuí
de aquestos montes plebeyo
labrador, y desde hoy
á estado mas vil desciendo!
¿Asi paga el Rey Alfonso
los servicios que le he hecho?
Mas desdicha será mía,
no culpa suya, callemos;
y, afligido corazon,
prevengamos el remedio,
que para animosas almas
son las penas y los riesgos.
Mudemos tierra con Blanca,
sagrado sea otro reino
de mi inocencia, y mi honor:
pero dirán que es de miedo;
pues no he de decir la causa
y que me faltó el esfuerzo
para ir contra Algecira;
es verdad: mejor acuerdo
es decir al Rey quien soy;
mas no, García, no es bueno,
que te quitará la vida,
porque no estorve su intento;
pero si Blanca es la causa,
y resistirle no puedo
¿Qué he de hacer en este caso?
que las pasiones de un Rey
no se sujetan al freno
ni á la razon: muera Blanca, (1)

(1) *Saca el puñal.*

y deshonor, y elijamos,
corazon, del mal lo menos:
á muerte te ha condenado
mi honor, cuando no mis celos;
porque á costa de tu vida
de una infamia me preservo.
Perdóname, Blanca mia;
que aunque de culpa te absuelvo,
solo por razon de estado
á la muerte te condeno:
¿mas es bien, que conveniencias
de estado en un caballero
contra una inocente vida
puedan mas, que no el derecho?
Sí; cuando la providencia,
y cuando el discurso atento,
miran el daño futuro
por los presentes sucesos.
¿Mas yo he de ser, Blanca mia,
tan bárbaro y tan severo,
que he de sacar los claveles
con aqueste de tu pecho
de jazmines? No es posible,
Blanca hermosa, no lo creo,
ni podrá romper mi mano
de mis ojos el espejo:
Mas de su beldad ahora,
que me va el honor me acuerdo:
muera Blanca, y muera yo:
valor, corazon, y entremos
en una á quitar dos vidas,
en uno á pasar dos pechos,
en una á sacar dos almas,
en uno á cortar dos cuellos,
sino me falta el valor,

sino desmaya el aliento,
y sí no al alzar los brazos,
entre la voz, y el silencio,
la sangre falta á las venas,
y el corte le falta al hierro.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

DECORACION DE SELVA.

El Conde, de camino.

Conde.

Trae los caballos de la rienda, Tello,
que á pie quiero gozar del dia bello,
pues tomó de este monte
el dia posesion de este horizonte.
¡Qué campo deleitoso!
tú que le vives morirás dichoso,
pues en él, don García,
doctrina dás á la filosofia,
y la muger mas cuerda,
Blanca en virtud, en apellido Cerda;
pero sino me miente
la vista, sale apresuradamente,
con señas celestiales,
de entre aquellos jarales,
una muger desnuda;
bella será, si es infeliz, sin duda.

FSCENA II.

El Conde y doña Blanca, con parte de sus vestidos en el brazo.

Doña Blanca.

¿Dónde voy sin aliento,
cansada, sin amparo, sin intento,

entre aquesta espesura?
Llorad, ojos, llorad mi desventura:
y en tanto que me visto,
decid, pues no resisto,
lenguas del corazon sin alegria;
¡ay dulces prendas, cuando Dios queria!

Conde.

Aunque mal determino,
parece que se viste, y imagino
que está turbada, y sola;
de la sangre española
digna empresa es aquesta.

Doña Blanca.

Un hombre para mí la planta apresta.

Conde.

Parece hermosa dama.

Doña Blanca.

Quiero esconderme entre la verde rama.

Conde.

Muger, escucha, tente,
¿sales, como Diana, de la fuente
para matar severa
de amor al cazador, como á la fiera?

Doña Blanca.

¡Mas ay suerte dichosa!
este es el Conde.

Conde.

Hija, Blanca hermosa,
¿dónde vas de esta suerte?

Doña Blanca.

Huyendo de mi esposo, y de mi muerte.
Yá las dulces canciones,
que en tanto que dormia, en mis balcones
alternaban las aves,
no son ¡ó Conde! epitalamios graves;

serán ¡ó dueño mio!
de pájaro funesto agüero impio,
que el dia entero, y que las noches todas
cante mi muerte, por cantar mis bodas.
Trocóse mi ventura;
oye la causa, y presto te asegura,
y vé á mi casa, adonde
muerto hallarás mi esposo, muerto, Conde.
Aquesta noche, cuando
le aguardaba mi amor en lecho blando
último del deseo,
término santo, y templo de Himeneo,
cuando yo le invocaba,
y la familia recogida estaba,
entrar le ví severo
blandiendo contra mí su blanco acero;
dejé entonces la cama,
como quien sale de improvisa llama,
y mis vestidos busco,
y al ponerme me ofusco
esta cota brillante;
mira qué suerte peto de diamante:
vístome el faldellin, y apenas pudo
hallar las cintas, ni salir del ruedo;
pero sin compostura
le aplico á mi cintura,
y mientras le acomodo,
lugar me dió la suspension á todo.
La causa le pregunto;
mas él casi difunto,
á cuanto vió, y á cuanto le decia,
con un suspiro ardiente respondia,
lanzando de su pecho, y de sus ojos
piedades confundidas con enojos,
tan juntos que dudaba,

si eran iras, ó amor lo que miraba;
pues de mí retirado,
le ví volver mas tierno, mas airado,
diciéndome entre fiero, y entre amante:
tú Blanca, has de morir, y yo al instante.
Mas el brazo levanta,
y abortando su voz en su garganta,
cuando mi fin recelo,
caer le ví en el suelo,
cual suele el risco cano
del aire á impulso descender al llano,
y yerto en él, y mudo,
de aquel monte membrudo,
suceder en sus labios, y en sus ojos
pálidas flores á claveles rojos,
y con mi boca, y mi turbada mano
busco el calor entre su yelo, en vano;
y estuve de esta suerte
neutral un rato entre la vida, y muerte,
hasta que ya latiendo,
oí mi corazon estar diciendo:
vete Blanca infelíce;
que no son siempre iguales
los bienes, y los males,
y no hay accion alguna
mas vil, que sugetarse á la fortuna.
Yo le obedezco, y dèjo
mi aposento, y mi esposo, y de él me alejo,
y en mis brazos, sin brios
mal acomodo los vestidos mios:
por donde voy no veia,
cada paso caia,
y era, Conde, forzoso,
por volver á mirar mi amado esposo.

Las cosas que me dijo,
cuando la muerte me intimó, y predijo,
los llantos, los clamores,
la blandura, mezclada con rigores,
los acometimientos, los retiros,
las disputas, las dudas, los suspiros,
el verle amante, y fiero,
ya derribarse el brazo, ya severo
levantarle arrogante,
como la dama en su postrero instante:
el templar sus enojos
con llanto de mis ojos:
el luchar, y no en vano,
con su puñal mi mano,
que con arte consiente
vencerse facilmente,
como amante, que niega
lo que desea dar á quien le ruega:
el esperar mi pecho
el crudo golpe, en lágrimas deshecho:
ver aquel mundo breve,
que en fuego comenzó, y acabó nieve;
y verme á mi asombrada,
sin determinacion, sola, y turbada,
sin encontrar recurso
en mis pies, en mi mano, en mi discurso:
el dejarle en la tierra,
como suele en la sierra
la destroncada encina
el que oyó de su guarda la vocina,
que deja al enemigo
desierto el tronco, en quien buscaba abrigo:
el buscar de mis puertas,
con las plantas inciertas,
las llaves, cuando siento

(aquí, señor, me ha de faltar aliento)
al abrirlas á escuras,
el no poder hallar las cerraduras,
tan turbada, y sín juicio,
que las buscaba de uno en otro quicio;
y las penas que pasa
el corazon, cuando dejé mi casa
por estas espesuras,
en cuyas ramas duras
hallarás mis cabellos,
(¡pluguiera á Díos me suspendiera en ellos!)
te contaré otro dia;
agora vé, socorre al alma mia,
que queda de este modo:
yo lo perdono todo;
que no es, señor, posible,
fuese su brazo contra mí terrible
sin algun fundamento;
bástele por castigo el mismo intento,
y á mi por pena básteme el cuidado,
pues yace, si no muerto desmáyado.
Acúdele á mi esposo,
ó conde valeroso,
sucesor, y pariente
de tanta, con diadema, honrada frente;
asi la blanca plata,
que por tu grave pècho se dilata,
barra de España las moriscas huellas,
sin dejar en su suelo señal de ellas,
que los pasos dirijas
adonde, si está vivo, le corrijas
de fiereza tan dura,
y seas, porque cobre mi ventura
cuando de mi te informe,
árbitrio entre los dos que nos conforme,

pues los hados fatales
me dieron el remedio entre los males;
pues mi fortuna quiso
hallase en tí favor, amparo, avíso,
pues que miran mis ojos
no salteadores de quien ser despojos,
pues eres, Conde ilustre,
gloria de Illan, y de Toledo lustre,
pues que plugo á mi suerte
la vida hallase quien tocó la muerte.

Conde

Digno es el caso de prudencia mucha;
este es mi parecer: ha Tello, escucha.

ESCENA III.

Dichos y Tello.

Conde.

Ya sabes, Blanca, como siempre es justo
acudas á mi gusto;
así, sin replicarme,
con Tello al punto, sin escusas darme,
en aqueste caballo, que lealmente
á mi persona sirve juntamente,
caminad á Toledo:
esto conviene Blanca, esto hacer puedo;
y tú á Palácio llega,
á la Reyna la entrega,
que yo voy á tu casa,
que por llegar el corazon se abrasa,
y he de estar de tu parte
para servirte, Blanca, y ampararte.

Tello.

Vamos, señora mia.

Doña Blanca.
Mas quisiera, señor ver á García.
Conde.
Que aquesto importa advierte.
Doña Blanca.
Principio es de acertar obedecerte.

ESCENA IV.

SALA EN CASA DE DON GARCÍA.

Don García con un puñal desnudo en la mano.

Don García.
¿Donde, voy, ciego homicida?
¿Donde me llevas, honor,
sin el alma de mi amor,
sin el cuerpo de mi vida?
A Dios, mitad dividida
del alma, sol que eclipsó
una sombra; pero no,
que muerta la esposa mia,
no tuviera luz el dia,
ni tuviera vida yo.
¡Blanca muerta! No lo creo,
el cielo vida la dé,
aunque esposo la quité,
lo que amante la deseo:
quiero verla; pero veo
solo el retrete, y abierta
de mi aposento la puerta,
limpio en mi mano el puñal,
y en fin yo vívo, señal
de que mi esposa no es muerta.
¡Blanca con vida, (ay de mi)
cuando yo sin honra estoy!

Como ciego amante soy,
esposo cobarde fuí.
Al Rey en mi casa vi,
buscando mi prenda hermosa,
y aunque noble, fue forzosa
obligacion de la ley,
ser piadoso con el Rey,
y tirano con mi esposa.
¿Cuantas veces fue el tirano
acero la egecucion?
¿y cuantas el corazon
dispensó el golpe á la mano?
Si es muerta, morir es llano;
si vive, muerto he de ser.
Blanca, Blanca, ¿qué he de hacer?
¿mas qué me puedes decir,
pues solo para morir
me has dejado en que escoger?

ESCENA V.

Don Garcia y el Conde.

Conde.

Dígame Vueseñoría,
¿contra qué morisco alfange
sacó el puñal esta noche,
que está en su mano cobarde?
¿Contra una flaca muger,
por presumir ignorante,
que es villana? Bien se acuerda,
cuando propuso casarse,
que le dije era su igual,
y mentí; porque un infante
de los Cerdas fue su abuelo,
si conde su noble padre.

¿Y con una labradora
se afrentára, como sabe
que el Rey ha venido á verle,
y por mi voto le hace
capitan de aquesta guerra,
y me envia de su parte
á que le lleve á Toledo?
¿Es bien que aquesto me pague
con su muerte, siendo Blanca
luz de mis ojos brillante?
Pues vive Dios, que le habia
de costar al loco, al fácil,
cuanta sangre hay en sus venas,
una gota de su sangre.

Don García.

¿Decidme, Blanca, quién es?

Conde.

Su muger, y aquesto baste.

Don García.

Reportaos: ¿quién os ha dicho
que quise matarla?

Conde.

Un Angel
que hallé desnudo en el monte:
Blanca, que entre sus jarales,
perlas daba á los arroyos,
tristes suspiros àl aire.

Don García.

¿Donde está Blanca?

Conde.

A palacio,
esfera de su real sangre,
la envié con un criado.

Don García.

Matádme, señor, matádme.

¡Blanca en palacio, y yo vivo!
Agravios, honor, pesares,
¿como si sois tantos juntos,
no me acaban tantos males?
¿Mi esposa en palacio, conde?
¿Y el Rey, que los cielos guarden,
me envia contra Algecira
por capitan de sus haces,
siendo en su opinion villano?
quiera Dios, que en otra parte
no desdore con afrentas
estas honras que me hace.
Yo me holgára, á Dios pluguiera,
que esa muger que criasteis
en Orgáz para mi muerte,
no fuera de estirpes reales,
sino villana, y no hermosa:
y á Dios pluguiera, que antes
que mi pecho enterneciera,
aqueste puñal infame
su corazon con mi riesgo
le dívidiera en dos partes;
que yo os escusára, Conde,
el vengarla, y el matarme,
muriéndome yo primero.
¡Qué muerte tan agradable
hubiera sido, y no agora
oir, para atormentarme,
que está sin defensa, adonde
todo el poder la combate!
Haced cuenta, que mi esposa
es una bizarra nave,
que por robarla, la busca
el pirata de los mares,
y en los enemigos puertos

se entró, cuando vigilante
en los propios la buscaba,
sin pertrechos que la guarden,
sin piloto que la rija,
y sin timon, y sin mástil.
No es mucho que tema, Conde,
que se sujete la nave,
por fuerza, ó por voluntad,
al capitan que la bate.
No quise por ser humilde
darla muerte, ni fue en valde;
creed, que aunque no lo digo,
fue causa mas importante.
No puedo decir por qué:
mas advertid, que mas sabe,
que el entendido en la agena,
en su casa el ignorante.

Conde.

¿Sabe quién soy?

Don Garcia.

Sois Toledo,
y sois Illan por linage.

Conde.

¿Débeme respeto?

Don Garcia.

Si;
que os he tenido por padre.

Conde.

¿Soy su amigo?

Don Garcia.

Claro está.

Conde.

¿Qué me debe?

Don Garcia.

Cosas grandes.

Conde.

¿Sabe mi verdad?

Don Garcia.

Es mucha.

Conde.

¿Y mi valor?

Don Garcia.

Es notable.

Conde.

¿Sabe que presido á un reyno?

Don Garcia.

Con aprobacion bastante.

Conde.

Pues confiese lo que siente,
y puede de mí fiarse
el valor de un caballero
tan afligido y tan grave:
dígame, Vueseñoría,
hijo, amigo, como padre,
como amigo, sus enojos,
cuénteme todos sus males,
refiérame sus desdichas:
¿teme que Blanca le agravie?
que es, aunque noble, muger.

Don Garcia.

Vive Dios, Conde, que os mate,
si pensais que el sol, ni el oro
en sus últimos quilates,
para exagerar su honor,
es comparacion bastante.

Conde.

Aunque habla como debe
mi duda no satisface
por su dolor regulada:
solos estamos, acabe;

por la cruz de aquesta espada
he de acudille, amparalle,
si fuera Blanca mi hija,
que en materia semejante,
por su honra depondré
el amor, y las piedades.
¿Dígame si tiene zelos?

Don Garcia.

No tengo zelos de nadie.

Conde.

¿Pues qué tiene?

Don Garcia.

Tanto mal,
que no podeis remedialle.

Conde.

¿Pues que hemos de hacer los dos
en tan apretado lance?

Don Garcia.

¿No manda el Rey que á Toledo
me lleveis, Conde? llevadme:
mas decid, ¿sabe quien soy
su Magestad?

Conde.

No lo sabe.

Don Garcia.

Pues vamos, Conde, á Toledo.

Conde.

Vamos, García.

Don Garcia.

Id delante.

Conde.

Tu honor y vida amenaza, *ap.*
Blanca, silencio tan grande;
que es peligroso accidente
mal que á los lábios no sale.

Don García.
¿No estás en palacio, Blanca?
¿No te fuiste, y me dejaste?
pues venganza será ahora
la que fue prevencion antes.

ESCENA VI.

SALON DE PALACIO.

La Reyna y doña Blanca.

Reyna.
A vuestro amparo me obligo,
y creedme que me pesa
de vuestros males, Condesa.
Doña Blanca.
¿Condesa? No habla conmigo.
Mire Vuestra Magestad,
que de quien soy no se acuerda.
Reyna.
Doña Blanca de la Cerda,
prima, mis brazos tomad.
Doña Blanca.
Aunque escuchándola estoy,
y sé no puede mentir,
vuelvo, señora, á decir,
que una labradora soy,
tan humilde, que en la villa
de Orgaz pobre me crié
sin padre.
Reyna.
Y padre, que fue
propuesto Rey en Castilla.
De don Sancho de la Cerda
sois hija, vuestro marido

es, Blanca, tan bien nacido
como vos; y pues sois cuerda,
y en palacio habeis de estar,
en tanto que vuelve el Conde,
no digais quien sois, y adonde
ha de ser, voy á ordenar.

ESCENA VII.

Doña Blanca y luego don Mendo.

Doña Blanca.

¿Habrá alguna, cielo injusto,
á quien dé el hado cruel
los males tan de tropel,
y los bienes tan sin gusto
como á mi? ¿Ni podrá estar
viva con mal tan esento?
¡Qué no dá vida un contento
y dá la muerte un pesar!
¡Ay esposo, que de enojos
me debes! mas pesar tanto,
¿como lo dicen sin llanto
el corazon y los ojos? (1)

Don Mendo.

Labradora, que al abril
florido en la gala imita,
de los bellos ojos quita
ese nublado sutil,
sino es que con perlas mil
bordas, llorando, la holanda:
¿quien eres? la Reina manda
que te guarde, y ya te espero.

(1) *Pone un lienzo en los ojos y sale don Mendo.*

Doña Blanca.

Vamos, señor caballero,
el que trae la roja vanda.

Don Mendo.

Bella labradora mia,
¿conócesme acaso?

Doña Blanca.

Si;
pero tal estoy que á mi
apenas me conocia.

Don Mendo.

Desde que te vi aquel dia,
cruel para mi, señora,
el corazon que te adora
ponerse á tus pies procura.

Doña Blanca.

Solo aquesta desventura,
Blanca, te faltaba ahora.

Don Mendo.

Anoche en tu casa entré,
con alas de amor, por verte;
mudaste mi feliz suerte,
mas no se mudó mi fe;
tu esposo en ella encontré,
qué cortés me resistió.

Doña Blanca.

¿Cómo? ¿Qué dices?

Don Mendo.

Que no,
Blanca, la ventura halla
amante, que vá á buscalla,
sino acaso como yo.

Doña Blanca.

Ahora sé, caballero,
que vuestros locos antojos

son causa de mis enojos,
que sufrir y callar quiero.

ESCENA VIII.

Dichos y don Garcia.

Don Garcia.
Al conde de Orgaz espero:
¡mas qué miro!
Don Mendo.
Tu dolor
satisfaré con amor.
Doña Blanca.
Antes quitareis primero
la autoridad á un lucero,
que no la luz á mi honor.
Don Garcia.
¡Ha valerosa muger!
¡O tirana magestad!
Don Mendo.
Ten Blanca menos crueldad.
Doña Blanca.
Tengo esposo.
Don Mendo.
Y yo poder;
y mejores han de ser
mis brazos, que honra te dan,
que no sus brazos.
Doña Blanca.
Si harán;
porque bien, ó mal nacido,
el mas indigno marido
escede al mejor galan.
Don Garcia.
¿Mas como puede sufrir

un caballero esta ofensa?
Que no le conozco piensa
el Rey: saldréle á impedir.

Don Mendo.

¿Como te has de resístir?

Doña Blanca.

Con firme valor.

Don Mendo.

¿Quién dió
tanta dureza?

Doña Blanca.

Quien dió
fama á Roma en las edades.

Don Mendo.

¡O que villanas crueldades!
¿Quién puede impedirme?

Don Garcia.

Yo;
que esto solo se permite
á mi estado, y desconsuelo,
que contra rayos del cielo
ningun humano compite;
y sé, que aunque solicite
el remedio que procuro,
ni puedo, ni me aseguro:
que aquí, contra mi rigor,
ha puesto un muro el amor,
y aqui el respeto otro muro.

Doña Blanca.

¡Esposo mio, García!

Don Mendo.

Disimular es cordura. *ap.*

Don Garcia.

¡O malograda hermosura!
¡O poderosa porfia!

Doña Blanca.
Grande fue la dicha mia.
Don Garcia.
Mi desdicha fue mayor.
Doña Blanca.
Albricias pido á mi amor.
Don Garcia.
Venganza pido á los cielos;
pues en mis penas, y zelos
no halla remedio el honor:
mas este remedio tiene.
Vamos, Blanca, al Castañar.
Don Mendo.
En mi poder ha de estar
mientras otra cosa ordene;
que me han dicho que conviene
á la quietud de los dos
el guardarla.
Don Garcia.
Guardeos Dios,
por la merced que me haceis:
mas no es justo vos guardeis
lo que he de guardar de vos;
que no es razon natural,
ni se ha visto, ni se ha usado,
que guarde el lobo al ganado,
ni guarde el oso el panal.
Antes, señor, por mi mal,
será, si á Blanca no os quito,
siendo por vuestro apetito,
oso ciego, voraz lobo,
ó convidar con el robo,
ó rogar con el delito.
Doña Blanca.
Dadme licencia, señor.

Don Mendo.

Estás, Blanca, por mi cuenta,
y no has de irte.

Don Garcia.

Esta afrenta
no os la merece mi amor.

Don Mendo.

Esto ha de ser.

Don Garcia.

Es rigor,
que de injusticia procede.

Don Mendo.

Para que en palacio quede *ap.*
á la Reyna he de acudir.
De aquí no habeis de salir;
ved que lo manda quien puede.

ESCENA IX.

Dichos menos don Mendo.

Don Garcia.

Dénme los cielos paciencia,
pues ya me falta el valor;
porque acudiendo á mí honor,
me resisto á la obediencia.
¿Quién vió tan dura inclemencia?
Volved á ser homicida;
mas del cuerpo dividida
el alma, siempre inmortales
serán mis penas; que hay males,
que no acaban con la vida.

Doña Blanca.

Garcia, guárdete el cielo,
Fenix vive eternamente,
y muera yo, que inocente

doy la causa á tu desvelo;
que llevaré por consuelo,
pues de tu gusto procede,
mi müerte: tú vive, y quede
viva en tu pecho al partirme.

Don Garcia.

¿Qué en efecto no he de irme?
No, qué lo manda quíen puede.

Doña Blanca.

Vuelve, si tu enojo es,
porque rompiendo tus lazos,
la vida no dí á tus brazos:
yá te la ofrezco á tus pies;
yá sé quien eres, y pues
tu honra está asegurada
con mi muerte; en tu alentada
mano blasone tu acero,
qué aseguró á un caballero,
y mató á una desdichada.
Que quiero que me des muerte,
como lo ruego á tu mano;
que si te temí tirano,
ya te solicito fuerte.
Anoche temí perderte,
y agora llego á sentir
tu pena. No has de vivir
sin honor; y pues yo muero
porque vivas, solo quiero
que me agradezcas morir.

Don Garcia.

Bien sé, que inocente estás,
y en vano mi honor previenes,
sin la culpa, que no tienes,
la disculpa, que me dás:
tu muerte sentiré mas,

yo sin honra, y tú sin culpa;
que mueras el amor culpa,
que vivas siente el honor,
y en vano me culpa amor,
cuando el honor me disculpa.
Aquí admiro la razon,
temo allí la Magestad,
matarte será crueldad,
vengarme será traicion;
que tales mis males son,
y mis desdichas son tales,
que unas á otras iguales,
de tal suerte se suceden,
que solo impedir se pueden
las desdichas con los males.
Y sin que me falte alguno,
los hallo por varios modos
con el sentimiento á todos,
con el remedio á ninguno:
en lance tan importuno
consejo te he de pedir,
Blanca: mas si has de morir,
¿qué remedio me has de dar,
si lo que he de remediar,
es lo que llego á sentir?

Doña Blanca.

Si he de morir, mi García,
no me trates de esa suerte;
que la dilatada muerte
especie es de tiranía.

Don García.

¡Ay, querida esposa mia,
qué dos contrarios estremos!

Doña Blanca.

Vamos, esposo.

Don Garcia.

Esperemos
á quien nos pudo mandar
no volver al Castañar:
aparta; y disimulemos.

ESCENA X.

l Rey, la Reyna, el Conde, don Mendo, y los que pudieren.

Rey.

¿Blanca en palacio, y Garcia?
Tan contento de ello estoy,
que estimaré tengan hoy
de vuestra mano, y la mia
lo que merecen.

Don Mendo.

No es bueno,
quien por respetos, señor,
no satisface su honor,
para encargarle el ageno:
créame, pues se confia
de mí, vuestra Magestad.

Rey.

Esta es poca voluntad: *ap.*
mas allí Blanca, y Garcia
están. Llegad, porque quiero
mi amor conozcais los dos.

Don Garcia.

Caballero, guárdeos Dios;
dejadnos besar primero
de su Magestad los pies.

Don Mendo.

Aquel es el Rey, Garcia.

Don Garcia.

Honra desdichada mia, *ap.*
¿qué engaño es este que vés?
A los dos, su Magestad,
nos dad la mano, señor;
pues merece este favor,
que bien podeis.....

Rey.

Apartad;
quitad la mano; el color
habeis del rostro perdido.

Don Garcia.

No le trae el bien nacido *ap.*
cuando ha perdido el honor.
Escuchad aquí un secreto:
sois sol, y como me postro
á vuestros rayos, mi rostro
descubrió claro el efecto.

Rey.

¿Estais agraviado?

Don Garcia.

Y sé
mi ofensor, porque me asombre.

Rey.

¿Quién es?

Don Garcia.

Ignoro su nombre.

Rey.

Señaládmele.

Don Garcia.

Si haré.
Aquí fuera hablaros quiero
para un negocio importante,
que el Rey no ha de estar delante.

Don Mendo.
En la antecámara espero.

ESCENA XI.

Dichos menos don Mendo, y despues don Garcia.

Don Garcia.
Valor, corazon, valor.

Rey.
¿A dónde, Garcia, vais?

Don Garcia.
A cumplir lo que mandais;
pues no sois vos mi ofensor. *vase.*

Rey.
Triste de su agravio estoy:
ver á quién señala quiero.

Don Garcia. *Dentro.*
Este es honor caballero.

Rey.
Ten villano.

Don Mendo. *Dentro.*
Muerto soy.

ESCENA XII.

ichos y don Garcia, que vuelve embainando el puñal ensangrentado.

Don Garcia.
No soy quien piensas, Alfonso;
no soy villano, ni injurio
sin razon la inmunidad
de tus palacios augustos.
Debajo de aqueste trage
generosa sangre encubro,
que no sé mas de los montes,

*

que el desengaño, y el uso.
Don Fernando el emplazado
fue tu padre, que difunto,
no menos que ardiente joven
asombrado dejó el mundo;
y á tí de un año, en sazon
que campaba el moro adusto,
y comenzaba á fundar
en Asia su Imperio el Turco.
Eran en Castilla entonces
poderosos, como muchos,
los Laras, y de los Cerdas
cierto el derecho, entre algunos,
á tu corona; si bien
Rey te juraron los tuyos:
lealtad, que en los castellanos
solamente caber pudo:
Murmuraban en la corte,
que el Conde Garci Bermudo,
que de la paz, y la guerra
era señor absoluto,
por tu poca edad, y hacer
reparo á tantos tumultos,
conspiraba á que eligiesen
de tu sangre Rey adulto,
y á don Sancho de la Cerda,
quieren decir que propuso;
si con mentira, ó verdad,
ni le defiendo, ni arguyo.
Mas los del gobierno, antes
que fuese en el fin Danubio,
el que era apenas arroyo,
ó fuese rayo futuro
lo que era apenas centella,
la vara, tronco robusto,

preso restaron al Conde
en el Alcazar de Burgos.
Don Sancho, con una hija
de dos años, huyó oculto;
que no fió su inocencia
del juicio de tus tribunos.
Con la presteza quedó
desvanecido el oscuro
nublado, que á tu corona
amenazaba confuso.
Su esposa, que estaba cerca,
vino á la ciudad, y trujo
consigo un hijo, que entraba
en los términos de un lustro.
Pidió de noche á las guardas
licencia de verle, y pudo
alcanzarla, sino el llanto,
el poder de mil escudos.
No vengo, le dijo, esposo,
cuando te espera un verdugo,
á afligirte, sino á dar
á tus desdichas refugio,
y libertad; y sacó
unas limas de entre el rubio
cabello, con que limar
de sus pies los hierros duros;
y ya libre, le entregó
las riquezas, que redujo
su poder, y con su manto
de suerte al Conde compuso,
que entre las guardas salió
desconocido, y seguro,
con su hijo; y entre tanto
que fatigaban los brutos
andaluces, en su cama

substituia otro bulto.
Manifestóse el engaño
otro dia, y presa estuvo,
hasta que en hombros salió
de la prision al sepulcro.
En los montes de Toledo
pára el Conde, entre desnudos
peñascos, y de una cueba
vivia el centro profundo,
hurtado á la diligencia
de los que en distintos rumbos
le buscaron; que trocados
en abarcas los coturnos,
la seda en pieles, un dia,
que se vió en el cristal puro
de un arroyo, que de un risco
era precipicio inundo,
hombre mentido con pieles,
la barba, y cabello infurto,
y pendientes de los hombros,
en dos aristas, diez juncos;
viendo su retrato en él,
sucedido de hombre en bruto,
se buscaba en el cristal,
y no hallaba su trasunto:
de cuyas campañas, antes
que á las flores los coluros
del sol en el lienzo vario
diesen el postrer dibujo,
llevaba por alimento
fruta tosca en ramo inculto,
agua clara en fresca piel,
dulce leche en vasos rudos:
y á la escasa luz, que entraba
por la boca de aquel mustío

bostezó, que dió la tierra
despues del comun diluvio,
al hijo las buenas letras
le enseñó, y era sin uso,
ojos despiertos sin luz,
y una fiera con estudio.
Pasó joven de los libros
al valor, y al colmilludo
javalí opuesto, á su cueba
volvia en humor purpúreo.
Tenia el anciano padre
el rostro lleno de sulcos,
cuando le llamó la muerte,
débil, pero no caduco,
y al joven le dijo: Orgáz
yace cerca; importa mucho
vayas, y digas al Conde,
que á aqueste alvergue nocturno
con un religioso venga;
que un deudo, y amigo suyo
le llama para morir.
Habló al Conde, y él dispuso
su viage, sin pedir
cartas de creencia al Nuncio.
Llegan á la cueba, y hallan
débiles los flacos pulsos
del Conde, que al huésped dijo,
viendo le observaba mudo:
ves aquí, Conde de Orgaz,
un rayo disuelto en humo,
una estátua vuelta en polvos,
un abatido Nabuco:
este es mi hijo, y entonces
sobre mi cabeza puso
su débil mano; yo soy

el Conde Garci Barmudo
en tí, y estas joyas, tenga
contra los hados recurso
este hijo, de quien padre
piadoso te sostituyo:
y en brazos del religioso,
pálido, y los ojos turbios,
del cuerpo y alma, la muerte,
desató el estrecho nudo.
Llevámosle al Castañar
de noche, porque sus lutos
nos prestase, y de los cielos
fuesen hachas los carbunclos,
adonde con mis riquezas
tierras compro, y casas fundo,
y con Blanca me casé,
como á amor y al Conde plugo.
Vivia, sin envidiar
entre el arádo, y el yugo,
las cortes, y de tus iras
encubierto me aseguro;
hasta que anoche en mi casa
ví á aqueste huesped perjuro,
que en Blanca, atrevidamente,
los ojos lascivos puso.
Y pensando que eras tú,
por cierto engaño, que dudo,
le respeté, corrigiendo
con la lealtad lo iracundo.
Hago alarde de mi sangre,
venzo al temor con quien lucho,
pídeme el honor venganza,
el puñal luciente empuño,
su corazon atravieso.....
Mírale muerto, que juzgo

me tuvieras por infame,
si á quien de este agravio acuso,
le señalára á tus ojos
menos, señor, que difunto;
aunque sea hijo del sol,
aunque de tus grandes uno,
aunque el primero en tu gracia,
aunque en tu imperio el segundo;
que esto soy, y este es mi agravio,
este el ofensor injusto,
este el brazo que le ha muerto,
este divida el verdugo.
Pero en tanto que mi cuello
esté en mis hombros robusto,
no he de permitir me agravie,
del Rey abajo, ninguno.

Reyna.

¿Qué decis?

Rey.

Confuso estoy.

Doña Blanca.

¿Qué importa la vida pierda?
De don Sancho de la Cerda
la hija infelice soy;
si mi esposo ha de morir,
mueran juntas dos mitades.

Rey.

¿Qué es esto, Conde?

Conde.

Verdades,
que es forzoso descubrir.

Reyna.

Obligada á su perdon
estoy.

Rey.

Mis brazos tomad;
los vuestros, Blanca, me dad;
y de vos, Conde, la accion
presente he de confiar.

Don Garcia.

Pues toque el parche sonoro,
que rayo soy contra el moro,
que fulminó el Castañar.
Y verás en sus campañas
correr mares de carmin,
dando con aquesto fin,
y principio á mis hazañas.

García del Castañar.

Sentiamos alguna repugnancia en poner esta come-
ia al frente de las de Rojas; porque su notorio mé-
ito la ha hecho tan comun que apenas hay en Madrid
na casa regular en donde no se encuentre: pero como
ra imposible dejar de incluirla en nuestra Coleccion,
emos creido que no valia la pena de reservarla para
tro cuaderno, y que seria mejor colocarla en el lu-
ar que le corresponde.

García del Castañar es una de aquellas composicio-
es que los preceptistas se verian muy embarazados
ara definir, gracias á la cabilosidad y exuberancia de
us reglas. Por la naturaleza del argumento, es una
erdadera tragedia, si se puede dar este título á una
ábula cuyo desenlace es feliz. Sino, será dificil clasifi-
arla y hallar nombre que le cuadre. Comedia no es;
orque no ridiculiza los vicios. Tragedia urbana, me-
os; porque los personages que en ella resaltan son de
lto coturno. Drama, tampoco; porque no escita el
ieño. Melodrama de grande espectáculo, mucho me-
os; porque no asusta á los niños. Será, pues, forzoso
amarla obra divina, como dijo un ingles del Paraiso
erdido de Milton, á quien los críticos negaban el tí-
ılo de Poema Epico.

Para acabar de confundir á estos últimos, García
el Castañar encierra situaciones, caractéres y pintu-
as humildes. El supuesto villano se deleita describien-
o la caza. Blanca, pintando la provision de su des-
ensa. Luego pasa la velada proponiendo enigmas; y
s criados divierten con sus sencilleces. Por fin el es-
ectador se ve transportado á Toledo, á la aldea de
arcia, á los bosques, y otra vez á las mismas
artes; y en esto se emplean dos dias, que no es

ciertamente un gran desaguisado; pero siempre es e doble de lo que recetó, no se sabe porqué, Aristóteles.

Quiere decir, que todo esto era del caso para formar una obra maestra; y si los preceptistas no diero en ello, deben tener la buena fe de confesarlo. ¿Qu impávido refundidor se atreveria á enmendar ni au el título de esta comedia? ¿Quién creeria poder toca á un cuadro de Murillo sin asesinarle?

Ahora que hablamos de cuádros, nos parece, co perdon de los preceptistas, que existe una diferenci esencial entre la pintura y la poesia, originada de s misma naturaleza. La primera, que solo habla á lo ojos, y cuyo carácter es la inmovilidad, no pued sin cometer sendos absurdos, representar situacione diversas en un mismo cuadro; y es por consiguient esclava de las tres unidades. Pero la segunda, que habl sobre todo á los oidos, y es esencialmente sucesiv: ¿qué otra obligacion tiene, sino la de impedir que s rompa la cadena del interes, y que se destruya e prestigio? ¿Y no se destruye, dirán, cuando cae u lienzo, y convierte en palacio lo que era cueva de la drones? Esos son inconvenientes materiales, que no s pueden evitar sin incurrir en otros mas molestos; l mismo que los entreactos, la música, los bastidores las bambalinas, y todos los auxilios que las demas ar tes prestan á la poesía para la representacion teatra auxilios necesariamente débiles y precarios, comparán dolos con la espresion de afectos, que puede llegar equivocarse con la verdad, si el actor y el poeta so lo que deben ser. Con todo lo demas transige el enten dimiento, que tiene la facultad de abstraer todo aque llo que perjudica á la ilusion, en fuerza del hábito; nunca pide al artista sino que imite la naturalez cuan fielmente le sea posible, atendiendo al instru

iento y la materia de que puede disponer.

Volviendo á la comedia de Rojas, ciertamente no ra fácil concebir un cuadro mas á propósito para conmover el corazon y dejar en él una impresion satisactoria. El heredero de un nombre ilustre halla en la elicidad doméstica la indemnizacion de todo lo que ha erdido en esplendor y poder; y su misma oscuridad preserva de las vicisitudes de la fortuna. En esta siuacion tan próspera, el deseo de ser util á su Rey, le rae un cúmulo de males, que no hay necesidad de epetir, y le coloca por último en una elevacion que os ha hecho sentir que merece. ¿Quién no le admira a verdad cuándo hace bajar á don Mendo por el balon? ¿Quién no le disculpa cuando quiere matar á su lanca? ¿Quién no se pondria á su lado para defenerle cuando hiere á su enemigo, y pronuncia aquella era y sublime relacion en que hasta el mismo asonanes inspirado por él génio? Pero sobre todo, ¿á quién o se le herizan los cabellos, y baña un sudor frio dese la cabeza á los pies, cuando al decirle don Mendo ue no es el Rey, le oye esclamar

¡Honra desdichada mia,
qué engaño es este que ves!

Los demas caractéres son igualmente acabados, y s versos y el estilo dignos en lo esencial de la obra.

No seria dificil hacer de García del Castañar una agedia arreglada. La armazon se presta á ello, y las incipales bellezas se conservarian sin alteracion, pero ria preciso renunciar á una multitud de pormenores, ie dan á la fábula un carácter de verdad admirable; ros tendrian que pasar en relacion, y no producirian or consiguiente la mitad del efecto que producen. oda la obra perdería el color de antigüedad que la hace

tan agradable ; sus formas aparecerian menos sencillas y agrestes ; hablarian de otro modo al corazon, y es imposible que le interesaran tanto. Cada uno tiene su opinion. Nosotros vemos con gusto al Rey en su palacio, leyendo el donatívo del reino, y sabiendo por la primera vez que existe Carcía. Nos interesa el altercado de éste con don Mendo, que empieza por espantarle la caza y marcha luego á quitarle el honor: García, sin embargo, le enseña el camino, y abandona felizmente su pasatiempo, disgustado por semejante azar. No nos contenta menos ver á Blanca entre sus criados aguardando á su esposo, y engañando con inocentes juegos las tristes horas de la ausencia; pero sobre todo queremos verla perdida en lo mas agrio de las montañas, huyendo del puñal de su esposo, sola y medio desnuda en la lóbrega noche, y dejando sus largos cabellos prendidos en las ramas de los árboles. La infeliz halla par fin socorro; pero no bien le halla, cuando ya no siente su infortunio, y nada, nada le importa sino que vuelen á socorrer á García. Una escena de este genero hay en el Rey Lear, de Shakespear, y aunque no en el interes, escede á la de Rojas en el colorido.

García del Castañar era una de las piezas favoritas de Maiquez. Sus tradiciones se conservan en el teatro. Si Rojas se la hubiera visto representar, hubieaa estimado en mucho mas su obra. Derramemos alguas flores sobre la tierra que los cubre. Entrambos están ya reunidos en el seno de la inmortalidad.

DONDE HAY AGRAVIOS
NO HAY CELOS,
Y AMO CRIADO.

PERSONAS.

Don Juan de Alvarado.
Sancho, su criado.
Don Lope de Rojas.
Bernardo, criado suyo.
Doña Ines de Rojas.
Don Fernando, su padre.
Beatriz, su criada.
Doña Ana de Alvarado.
Acompañamiento.

La escena es en Madrid.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

El teatro rbpresenta la calle de Alcalá.

ancho y don Juan de camino, con botas y espuelas.

Sancho.

O es que te has endemoniado,
ó es que lo que haces ignoras:
en la corte, y á estas horas,
¿qué buscas recien llegado?
¿Dónde tu discurso vá?
¿Qué es lo que intentas hacer?

Don Juan

Calla, necio; esta ha de ser
la gran calle de Alcalá,
que turbada mariposa,
busco mi llama, ó mi estrella.

Sancho.

¿Qué quieres hacer en ella?

Don Juan.

Aquí ha de vivir mi esposa.

Sancho.

El juicio hemos de perder,
si hay alguno que perdamos.
¿No asamos y ya pringamos?
¿Al primer tapon muger?
Que estás cansado imagina;
mira que las doce han dado;
tan llanos han caminado

mi morlon, y tu frontina.
Volvernos por Dios podremos
á dormir á la posada;
que ya dejamos tomada.

Don Juan.

En tanto que no sabemos
cual de aquestas cosas es,
(sea amor, ó sea desvelo)
adonde se oculta el cielo
de mi hermosa doña Inés,
bien puedes tener por cierto,
que no habrá descanso igual.

Sancho.

Acuérdate, hombre mortal,
que hoy hemos pasado el Puerto;
y por el bendito Dios;
que te acuerdes de por sí,
que hay desde Burgos aqui
muy largas cuarenta y dos;
y no seas tan reacio,
sobre novio, que me pesa,
que tomes hoy tan de priesa,
lo que ha de ser tan despacio.

Don Juan.

¡Ay, Sancho, que su hermosura,
aun pintada me ha abrasado!

Sancho.

Hombre que se ha enamorado
no mas que por la pintura,
porque á castigar se empiece
su amorosa desvergüenza,
ser sacado á la vergüenza
del desengaño merece.
Díme, señor, por tu vida,
engáñete, ó no, el primor,

¿ha de pintarte el pintor,
si es tu muger presumida,
si es necia ó recatada?
¿Advertiráte fiel,
muy solícito el pincel,
si es sucia, ó desaliñada?
¿Del pincel colegirás
(por mas que avise elegante)
si tiene dientes delante,
si guarda corcoba atras?
¿Advertiráte el retrato,
con curiosa perfeccion,
lo que hay en su inclinacion,
lo que hallarás en su trato?
Porque esto solo ha de ser,
aunque mas quieras culpar,
lo que se ha de examinar
en una propia muger.
¿Pues si no has averiguado
(de tus celos enemigo)
nada de esto que te digo,
de qué te has enamorado?

Don Juan.

Ya su belleza acredita
lo que en ella puede haber.

Sancho.

Oyes, la propia muger,
no ha de ser mas que bonita;
y que ha de tener, sabrás,
semblante modesto y casto,
y hermosura para el gasto
de su marido no mas.

Don Juan.

Amigo Sancho, no sé,
dejando lo discurrido,

cómo le habré parecido
en el retrato que envié;
porque de mi original,
no ví mas cierto traslado.

Sancho.

Yo sí señor.

Don Juan.

¿Qué has pensado?

Sancho.

Que le has parecido mal.

Don Juan.

¿Pues no me dirás por qué?
¿La copia, dí, no es igual
con mi propio original?
¿Pues dí, por qué?

Sancho.

Yo lo sé.

Don Juan.

Acaba ya, mentecato;
dime la causa en rigor.

Sancho.

¿Quereíslo saber mejor?

Don Juan.

Si.

Sancho.

No está acá tu retrato.

Don Juan.

De tu necedad me rio;
¿mi retrato no te dí?
¿Y no hiciste el pliego?

Sancho.

Sí.

Don Juan.

¿Pues cuál enviaste?

Sancho.

El mio.

Don Juan.

Vive Dios, borracho, loco,
qué á ser lo que dices cierto,
pienso que te hubiera muerto.

Sancho.

Señor, vete poco á poco.

Don Juan.

¿Díme, cómo ha sido?

Sancho.

Espera,
y yo te lo contaré.

Don Juan.

¿Acaba, dí como fué?

Sancho.

Fue, señor, de esta manera.
Ya te acordarás, señor,
(que yo harto estoy de acordarme,)
que en Flandes dió en retratarme
por fuerza cierto pintor;
pues por estraña y agena
pintó mi cara endiablada,
que es mejor para pintada
la mala, que no la buena.
Y despues de aquesta hazaña,
que España observa triunfante,
que nos dió el señor infante
dos licencias para España.

Don Juan.

En fin, que á Burgos llegamos,
patria en que los dos nacimos,
donde apénas conocimos
los mismos que antes tratamos.

Sancho.

Que de tu desdicha incierto,
siendo tu esperanza vana,
ménos hallaste á tu hermana,
y á tu hermano hallaste muerto;
sin que te avise cruel,
pena que tu honor profana,
ni quién se llevó á tu hermana,
ni quién le dió muerte á él.

Don Juan.

No acuerdes tan inhumana
pena, sin darme sosiego.
¡Ay mi hermano! ¡Ay mi don Diego!
¡Ay mal nacida doña Ana!
¿Mas si no sé mi enemigo,
por qué comunico al labio,
sin mi venganza mi agravio?
Prosigue Sancho.

Sancho.

Prosigo.
Tambien sabes, que despues
por cartas de cumplimiento
trataste tu casamiento
en Madrid con doña Inés,
y que será dama fio
de honor, prudencia, y recato;
que ella te envió su retrato.....

Don Juan.

Y que yo la he enviado el mio.

Sancho.

Eso es fuerza que prosiga.

Don Juan.

No dices cosa que importe.

Sancho.

Ya hemos llegado á la corte,

y es fuerza que te lo diga,
pues ahora al retrato llego:
ya sabes, si te acordaste,
que la noche que le enviaste
me hiciste cerrar el pliego,
y fue porque......

Don Juan.

Sancho, acaba;
que todo es verdad te digo,
porque me llamó un amigo
al tiempo que le cerraba.

Sancho.

Pues dióme gana, señor,
de mirar en este rato
tu retrato y mi retrato,
por ver cual era mejor,
y viendo en los dos pinceles
la propiedad, y el primor,
á entrambos con mucho amor
los envolví en dos papeles;
pues envueltos.....

Don Juan.

Dilo.

Sancho.

Espera;
los troqué tan torpe, y ciego,
que el mio puse en tu pliego,
y el tuyo en mi faltriquera.

Don Juan.

Yo te escucho, y no lo creo.

Sancho.

¿Pues eso á mí qué me inquieta?

Don Juan.

¿Y lo echaste en la estafeta?

Sancho.

No señor, en el correo.

Don Juan.

¿Qué dirá mi Inés, repara
con tu cara?

Sancho.

No te asombres;
dirá que todos los hombres
no han de tener buena cara.

Don Juan.

¿Y qué dirá de tu talle,
y de tu presencia, dí?

Sancho.

¿Si Dios me la ha dado así,
tengo de echarle en la calle?

Don Juan.

¿Pero qué importa el engaño,
ni qué puede haber que importe,
si habiendo entrado en la corte,
está cerca el desengaño?

Sancho.

Ea, pues, señor, acaba
de cumplir con tu pension.

Don Juan.

Estas presumo que son
las Monjas de Calatrava,
y no sé como sabremos
cuál de aquestas casas es
la casa de doña Inés.

Sancho.

Por su padre preguntemos;
tu prudencia comedida,
así lo intenté saber,
que no es segura muger,
la muger que es conocida.

Don Juan.

El se llama don Fernando
de Rojas.

Sancho.

Quiero llegar.

Don Juan.

¿Y á quién lo has de preguntar?

Sancho.

Un hombre se va acercando.

FSCENA II.

Dichos y Bernardo.

Bernardo.

Sobre tener gran recelo,
no tengo poco cuidado,
que mi amo salga tan tarde,
y que entrase tan temprano.
Las doce, y mas de la noche
son ya; y estando cerrados
los postigos de la calle,
mas dudo, y menos alcanzo,
amante ciego de Inés,
de la belleza milagro,
Fenix de amor, mi señor,
vive, y muerte de sus rayos;
pero siendo Inés su prima,
y su tio don Fernando,
los que entraren en sospechas,
son discursos temerarios;
pero aquí he de esperar,
en tanto que el sol dorado,
al alba que los avisa
manda recoger sus astros.

Don Juan.

Ea, pregúntalo, acaba.

Bernardo.

Aquí he de esperar.

Sancho.

Hidalgo,
¿dónde posa un caballero,
que se llama don Fernando
de Rojas? Si es vuesasted
curial en aqueste barrio.

Bernardo.

Vive en esta propia casa.

Sancho.

¿Dígame usted, en qué cuarto?

Bernardo.

En toda la casa vive.

Sancho.

Guárdele el cielo mil años,
cuatro, ó cinco mas, ó menos.
Señor, ya hemos encontrado
tu muger, mas siendo propia,
fuera no hallarla milagro.

Don Juan.

Ya la escuché.

Bernardo.

Víve Dios, *ap.*
que pienso que lo he errado
en haber dicho la casa;
que estando dentro mi amo,
para esperar, y salir,
no ha de ser poco embarazo.

Sancho.

Ea, manos á la boda.

Don Juan.

¿Ea, no llamas?

Sancho.

Ya llamo.

Bernardo.

Oye vuested, caballero.

Sancho.

¿Caballero? Más abajo
tengo mi alcuña; ¿que quiere?

Bernardo.

Que hay enfermos en el barrio,
y es tarde, y mañana hay dia.

Sancho

Los dos que vé se han criado
en la Noruega, y así
por la noche negociamos.

Bernardo.

¿Tanta prisa traen los dos?

Sancho.

Nunca traemos espacio.

Bernardo.

¿Diga por qué?

Sancho.

Porque quieren
muy apriesa los soldados.

Bernardo.

No lo entiendo.

Sancho.

Dios me entiende.

Bernardo.

¿Has cenado?

Sancho.

Si he cenado;
mas tú, y tu padre, y tu abuelo,
y tu alma son los borrachos.

Bernardo.

To, to, to, valiente me es.

Don Juan.

¿Ahora la tiendes, Sancho?

Sancho.

Yo la doblaré despues.

Bernardo

¿Oye?

Sancho.

Bien oygo.

Bernardo.

Aquí al lado
de los Padres Recoletos,
pues quiere reñir, le aguardo.

Sancho.

Pícaro, yo nunca riño,
siendo Sancho, y siendo el Bravo,
al lado de Recoletos,
sino al lado de los diablos.

Bernardo.

Así los pienso sacar *ap.*
de la calle. Ya me canso
de sus cosas, y otra vez
digo que espero en el Prado.

ESCENA III.

Dichos menos Bernardo.

Sancho.

Mas se cansará vuested
si me espera. Por san Pablo,
que le he de matar.

Don Juan.

Aguarda,
escúchate Sancho.

Sancho.

Aguardo.

Don Juan.

Entremos á ver á Inés,
y al instante que salgamos
le irás á buscar.

Sancho.

Bien dices.
¿Ha de esta casa? En lo alto
han abierto un postiguillo.

Don Juan.

Si responden.

Sancho.

No está claro.

ESCENA IV.

Dichos y don Lope, que baja por un balcon al tablado.

Don Juan.

Un hombre, viven los cielos,
ó la vista me ha engañado,
desciende por un balcon.

Sancho.

La grande llaneza alabo.

Don Lope.

¿Quién es quien está en la calle?
¿No es Bernardo?

Don Juan.

No es Bernardo.
¿Diga quién es?

Don Lope.

No es posible.
Aquí hay gran riesgo si aguardo; *ap.*
y si me voy, doy indicios
de cobarde, ó de villano;
este es el medio mejor.
Si no dejan libre el paso,

así lo intento cobrar. *saca la espada.*

Don Juan.

Al valor, y tengo manos.

Don Lope.

La oscuridad de la noche,
y lo importante del caso,
y ver que al ruido que hacemos
ha de salir don Fernando, *Riñen.*
me da ocasion de volver
al riesgo de honor los pasos;
ya yo he cobrado la calle,
y puesto que la he cobrado,
y que no soy conocido,
por dama y honor volvamos.

ESCENA V.

Dichos menos don Lope.

Don Juan.

Sino me dices quién eres,
no has de pasar.

Sancho.

! Oyga el diablo!
¿Mi amo riñe conmigo?

Don Juan.

¿Dígame, quién es?

Sancho

Soy Sancho.

Don Juan.

¿Qué dices?

Sancho.

Lo que te digo:
si no hablas recio te mato.

Don Juan.

¿Luego se fué?.....

Sancho.

¿ No lo vés ?

Don Juan.

¿ El que bajó ?

Sancho.

¿ No está claro,
que dará mejor carrera
quien supo dar tan buen salto ?

Don Juan.

Sigámosle.

Sancho.

¿ Tienes postas ?

Don Juan.

¡ Que se fuese !

Sancho.

¡ Verbun caro
factum est, y qué de cosas
en un instante han pasado !

Don Juan.

No creas que era cobarde
el que bajó.

Sancho.

¿ Pues yo cuando
pienso que nadie es gallina ?
Todos para mi son gallos.

Don Juan.

¿ Si has visto lo que nos pasa,
que te parece que hagamos ?

Sancho.

Lo que á tí te pareciere.

Don Juan.

Discurramos.

Sancho.

Eiscurramos,
que ya amanece, y tendremos

los entendimientos claros.

Don Juan.

¡Ser yo caballero pobre,
y apenas haber llegado
de Flandes, donde á mi Rey
serví mas de catorce años,
cuando con su propia hija
me envia á rogar don Fernando;
ella en Madrid, y yo en Burgos,
ella hermosa, y yo rogado,
ella muy rica, y yo pobre;
y qué me buscasen!

Sancho.

Malo.
Aristóteles contigo
discurrió como muchacho.

Don Juan.

¡Venir á Madrid contento,
y apenas haber llegado,
cuando un criado á estas puertas,
(si debió de ser criado
del que estaba dentro) intenta
que de la calle salgamos,
y para sacarnos finge
que nos desafiaba!

Sancho.

Malo.

Don Juan.

¡Ser ya las dos de la noche,
estar los cuartos cerrados,
ser casa en que viven solos
doña Inés, y don Fernando,
desde el balcon principal
bajar un hombre arrojado,
sacar la espada valiente,

y acuchillarnos á entrambos,
y por no ser conocido,
irse tan aprisa!

Sancho.

Malo.

Don Juan.

¡Casarme yo con Inés,
siendo los indicios claros!

Sancho.

Peor.

Don Juan.

¿Pues qué hemos de hacer?

Sancho.

Discurramos.

Don Juan.

Discurramos.
Ahora bien, yo tengo un medio
estremado.

Sancho.

Ya le aguardo.

Don Juan.

Y es averiguar yo mismo
mis zelos, y mis agravios.
Bien puede ser que este hombre
no entre por Inés, y en tanto
que averiguo con la vista
lo que tan ciego idolatro,
tú has de hacer por mí una cosa
que importa.

Sancho.

Vamos al caso.

Don Juan.

¿No es verdad, que por el mio
vino á Madrid tu retrato?

Sancho.

Es verdad.

Don Juan.

¿Y hay en la corte
quien te conozca?

Sancho.

No hallo,
con ser tordo de tu higuera,
quien pueda llamarme Sancho.

Don Juan.

Pues desde hoy te has de fingir
mi amo, y yo tu criado;
yo tu nombre he de llamarme
y tú el mio, con que allano
ser espía de mi honor
en este contrario campo.
Fingete don Juan ahora
con doña Inés; porque entrando
tú en mi nombre, y yo en el tuyo,
en su casa disfrazados,
ladron de casa procuro
averiguar este encanto.

Sancho.

¿Señor, y si me conocen,
y me dan quinientos palos,
sino es que me dan dos mil,
por novio de contrabando?

Don Juan.

Estando yo allí no hay riesgo.

Sancho.

¿Y dime, señor, si acaso
me cobrase doña Inés
aficion, y entrase el diablo,
y me tentase; que yo
soy mortal, y fuí soldado

en Flandes?

Don Juan.

¿Cómo es posible
con ese talle, menguado?

Sancho.

Porque siempre las mugeres
quieren lo peor.

Don Juan.

Pues Sancho,
esto ha de ser.

Sancho.

¿En efecto,
estás ya determinado?

Don Juan.

Sin remedio.

Sancho

¿No hay remedio?
Pues ahora bien, yo me armo
de punta en necio, que son
las armas de los casados.

Don Juan.

¿Si te vendrán mis vestidos?

Sancho.

Si, mi señor, ¿porque cuando
á un pobre no le ha venido
cualquier vestido pintado?

Don Juan.

Desde hoy Sancho he de llamarme.

Sancho.

Y yo don Juan de Alvarado.
¿Estás resuelto?

Don Juan.

Si estoy:
Sancho, vamos.

*

Sancho.

Don Juan, vamos.

Don Juan.

¿Sabrás fingir?

Sancho.

Como dama.

Don Juan.

¿Si te turbas?

Sancho.

Soy bellaco.

Don Juan.

Asi sabré quien me injuria.

Sancho.

Así estaré regalado.

Don Juan.

Hoy veré á mi Inés hermosa.

Sancho.

Yo pienso engordar á palos.

Don Juan.

Pero si Inés no es quien es...

Sancho.

Mas si caen en el engaño...

Don Juan

Tomaré venganza en todos.

Sancho.

Muera Sancho, y muera harto.

Don Juan.

Ea, don Juan, á vestiros.

Sancho.

Ea, Sancho, á desnudaros.

Don Juan.

Bien empiezas.

Sancho.

Si señor,

que soy, por ser tu criado,

tu criado pericon,
que me haces de todos palos.

ESCENA VI.

SALA EN CASA DE DON FERNANDO.

Beatriz con manto, y doña Inés sin él.

Beatriz.
En fin, tú me has despedido.
Doña Inés.
Beatriz, no repliques mas.
Beatriz.
Injusto pago me dás
del tiempo que te he servido.
¿Con tanta ira y rigor
premias mi antigua lealtad?
Doña Inés.
Antes que mi voluntad
tiene su lugar mi honor.
Beatriz.
Solo te pido que acabes,
puesto que me has despedido,
de decir, ¿en qué he ofendido
tu decoro?
Doña Inés.
Tú lo sabes.
Beatriz.
Mi anima sea maldita,
y de Dios escomulgada,
por toda mi santiguada,
y por esta cruz bendita,
señora, que yo no sé
porque te hayas enojado.

Doña Inés.

Pues si no me he declarado,
escucha, y te lo diré.

Beatriz.

Dilo, pues que sin razon
me riñes á troche y moche.

Doña Inés.

¿Pues dime, Beatriz, anoche,
á que abriste mi balcon
á mas de las diez?

Beatriz.

Repara,
que en eso no hay que culpar,
porque puse á serenar
el agua para la cara.

Doña Inés.

¿No hablaste al abrir?

Beatriz.

No hablaba.
Ella ha de de cogerme aquí. *ap.*

Doña Inés.

Mientes, Beatriz, yo te oí.

Beatriz.

Es verdad, pero rezaba.

Doña Inés.

¿Pues dime, por qué razon,
cuando en la ventana estabas,
ya que rezabas, rezabas
tan recio?

Beatriz.

Es mas devocion.

Doña Inés.

¡O que bien sabes tener
la respuesta prevenida!
¿Y dí, á que estabas vestida

ántes del amanecer?
¿Y si acaso sueño fue,
y vestida te dormiste,
cómo no me respondiste
al tiempo que te llamé?
¿Cómo, habiendo alborotado
la casa, no respondias?
Dírasme que no me oias.

Beatriz.

Tengo el sueño muy pesado.
Yo he de escaparme por Dios. *ap.*

Doña Inés.

¿Dormias de esa manera,
cuando echaste un hombre fuera
por el balcon á las dos?

Beatriz.

¿Yo eché un hombre fuera?

Doña Inés.

Si:
tú, Beatriz, en conclusion,
fuiste quien abrió el balcon.

Beatriz.

¿Quién lo dice?

Doña Inés.

Yo lo vi.

Beatriz.

Pues si lo viste, señora,
y estás en eso tan cierta,
tu primo...

Doña Inés.

No me le nombres.

Beatriz.

Don Lope...

Doña Inés.

Irritarme intentas.

Beatriz.

Anoche, á primera noche,
hallando la puerta abierta,
se acogió acá, porque dijo
que llovia: en la escalera
dijo, que hablarte queria,
y entrando con tanta priesa,
apenas empezó á darme
el hábito de tercera,
y apenas yo te tomaba,
para ser criada buena,
cuando el viejo de tu padre
por esa cuadra atraviesa.
Yo que lo sentí, ¿qué hago?
porque á tu primo no sienta,
al banasto de un balcon
le zampucé con presteza;
cerre el balcon por de dentro,
y al dejarle por defuera,
todos sus deseos puse
al sereno como velas;
pero como soy tan pía,
que soy parienta de Eneas,
y esto de hacer bien á todos,
lo tengo desde pequeña;
apenas sentí que estabas
sosegada, aunque despierta,
y apenás vi que tu padre
no escupió una vez siquiera,
ni dijo está tos es mia,
con ser la tos su perpetua,
cuando abriendole el balcon,
le saqué, porque se fuera,
tan quedito, que pensó
que ibamos pisando yemas.

Pero como el buen don Lope
miró la casa tan quieta,
dió en decir, erre que erre,
cuando yo fuera, que fuera;
y yendose á tu aposento,
ó por amor, ó por tema,
oliendo hácia donde estabas,
porque es amante de muestra,
te alborotó, y diste en esto
voces tales, como buenas.
El á este tiempo asustado,
como silvado poeta,
recelando que tu padre,
ó le conozca, ó le vea,
ántes que haga de las suyas,
dispuso hacer de las nuestras;
volvióse al señor balcon,
y en efecto por la reja
saltó á la calle, en la cual
hubo no sé que péndencia.
Este, señora, es el caso,
para que mejor lo sepas,
contado al pie de la boca,
ya que no al pie de la letra;
y supuesto que tu padre
no lo sintió, no consientas
dar un castigo tan grande
á una culpa tan pequeña:
así tu novio don Júan,
que por instantes esperas,
no tu marido, señora,
sino tu amante parezca:
así tú le goces...

Doña Inés.

Calla,

sino quieres que sangrienta,
antes que á don Juan pronuncies,
te despedace la lengua.
¿ Yo casarme con don Juan?
No lo permitan adversas,
con violencias mi fortuna,
ni con influjos mi estrella;
ántes el mar de mis ojos
rompa, cuando airado crezca,
el márgen de las mejillas,
que son sus blancas riberas;
y á tí, porque has irritado,
ó desconocida, ó necia,
con tu ruego mi piedad,
mi obligacion con tu queja,
pues con don Lope traidora,
pues con don Juan alhagüeña,
mas que me obligas, me irritas,
me enojas mas, que me empeñas,
porque á don Juan me nombraste.....

ESCENA VII.

Dichas y don Fernando.

Don Fernando.

¿ Inés, que voces son estas?
¿ Qué ha sido?

Doña Inés.

No sé, señor.

Don Fernando.

¿ Beatriz, por qué estás cubierta?

Beatriz.

Señor, estoy despedida.

Don Fernando.

¿ Por qué?

Beatriz.

Decirlo quisiera:
mas aunque lo intento hacer,
no me deja la vergüenza.

Don Fernando.

¿Qué es el caso?

Beatriz.

Mi señora,
que ha dado en aquesta tema.

Don Fernando.

¿Qué es?

Beatriz.

En que no ha de casarse
con don Juan, aunque tú quieras;
y porque la dije ahora,
solo que te obedeciera......

Don Fernando.

¿Qué hizo?

Beatriz.

Me despidió.

Don Fernando.

¿Esa fué la causa?

Beatriz.

Esta.

Don Fernando.

Quítate el manto, Beatriz.

Beatriz.

¡O, vivas mas que una suegra,
cuando es rica, y tiene yerno,
que desea que se muera!

ESCENA VIII.

Don Fernando y doña Inés.

Don Fernando.

Ahora me llego á hablarla. *ap.*
¿Inés?

Doña Inés

¿Señor, qué me ordenas?

Don Fernando.

¿No dirás, qué novedad
ha irritado tu obediencia?
¿De qué tan triste estos dias,
ó de airada, ó de suspensa,
le trasladas á los ojos
las pasiones de la lengua?
¿No es don Juan gran caballero?
¿Por qué neciamente niegas
á mi cuidado este amor,
á mi fé esta diligencia?
¿No quieres á don Juan?

Doña Inés.

No:
y ya que entre tantas penas
á lo secreto del alma
rompió el recato la nema,
no me he de casar con él;
y porque la causa sepas,
repara en este retrato;
si es justa mi inobediencia. (1)

Don Fernando.

¿Qué tiene?

Doña Inés.

Que no es posible,

---

(1) *Dale un retrato y míralo.*

aunque tu me lo encarezcas,
que sea hombre principal
un hombre de esta manera.
¿Esta es cara de hombre noble?
¿Puede tener sangre buena
quien tiene este talle? ¿Este arte,
es arte de hombre de prendas?

Don Fernando.

¿Pues dí, quién ha conocido
por el rostro la nobleza?
¿Dice el talle calidades?
Las obras son las que enseñan
la buena sangre; el valor
es la más hermosa muestra.

Doña Inés.

Si, pero la buena sangre,
aunque se oculte en las venas,
puede hacer que las facciones
participen su influencia:
bien así como el cristal,
que es la sangre de la tierra,
que cuanto mas puro y limpio
en sus entrañas se hospeda,
tanto mas la tierra misma,
que es mas noble la demuestra.

Don Fernando.

No sofística procures
convencer con esperiencias,
verdades, que en su valor
seguras esperimentan.
Tú has de casarte con él,
aunque......

Doña Inés.

Suspende la lengua,
porque mi alvedrío es mio,

y no es justicia que quieras
sujetarme por ser padre,
lo que aun Dios no me sujeta.

Don Fernando.

Advierte Inés, que don Juan,
aunque es pobre, ahora espera
heredar de un tio anciano
dos mil ducados de renta.

Doña Inés.

Antes si tiene don Juan
parte por donde le quiera,
es por ser pobre, que amor
no se paga de riquezas.
Si yo hubiera de elegir
uno en dos hombres, y fuera
uno rico, y otro pobre,
y fueran de iguales prendas,
porque me quisiera mas,
al que es mas pobre eligiera.

Don Fernando.

Mira, Inés, yo no te pido
que te cases.

Doña Inés.

¿Pues qué intentas?

Don Fernando.

Que veas solo á don Juan;
porque puede ser que sea
mucho mejor la persona,
que la pintura.

Doña Inés.

No creas
que falten á la malicia
las antiguas esperiencias:
porqué el mas recto pincél,
es el que mas lisongea,

que como ya el interés
lisonja, y pinturas premia,
se han hecho de un mismo modo
los pinceles y las lenguas;
pero por obedecerte,
y porque no te parezca,
que es mi desden por impulso,
ni mi enojo por estrella,
yo esforzaré mi deseo
á quererle cuanto pueda.
Venga don Juan á mis ojos,
que porque bien me parezca,
á mis motivos presumo
reconvenir con violencias;
y porque quiero tambien,
que aborreciéndole veas,
que por tu amor contra el mio,
hago la mayor fineza......
¿Pero quién se ha entrado aquí?

ESCENA IX.

Dichos y doña Ana.

Doña Ana.
Una muger es, que intenta
hablar con vos, don Fernando.
Don Fernando.
¿A solas?
Doña Ana.
Si.
Don Fernando.
Vete á fuera.
Doña Inés.
Ya te obedezco.

ESCENA X.

Dichos menos doña Inés.

Don Fernando.

¿Quién sois?

Doña Ana.

Una infelice, que espera
vuestro amparo.

Don Fernando.

Descubrios.

Doña Ana.

Aunque mi propia vergüenza
me aconseja que me oculte,
mi honor tambien me aconseja
que os hable; mas mi semblante
de lo que es dirá mi pena. *Descúbrese.*

Don Fernando.

¿Qué es vuestro mal?

Doña Ana.

Un agravio.

Don Fernando.

¿Quién le ha causado?

Doña Ana.

Mi estrella.

Don Fernando.

¿Y despues?

Doña Ana.

Un hombre aleve.

Don Fernando.

¿Y puesto que yo le sepa,
lo puedo yo remediar?

Doña Ana.

A eso vengo.

Don Fernando.

¿Dí, qué intentas?

Doña Ana.

Oye mi mal.

Don Fernando.

Ya le espero.

Doña Ana.

Pues oyeme atento.

Don Fernando.

Empieza.

Doña Ana.

Es mi nombre doña Ana de Alvarado,
Burgos mi patria, Burgos, que ha intentado
con sus agujas, y sus torres bellas
competir con la luz de las estrellas.
Naci de sangre noble, y valerosa,
tan infeliz como si fuera hermosa;
crióme con recato, y con cuidado
mi padre don Alonso de Alvarado.

Don Fernando.

Parad ahora, que el dolor mitigo:
el que nombrais fue mi mayor amigo,
y obligaciones grandes os confieso.

Doña Ana.

A ampararme de vos vengo por eso,
que en vos tiene fundada mi esperanza,
ó la satisfaccion, ó la venganza.
Viví tan sin amor, tan sin cariño,
que no temí las flechas del Dios niño:
pues me halló, cuando quiso darme enojos,
muy atento el sentido de los ojos:
mas no hay quien á sus iras se resista,
que no venga á quedar con menos vista:
en fin, rayó el amor con mas violencia,
obró mas donde halló mas resistencia.
Ví una tarde en el campo un forastero,
habló amante, creíle lisongero:

creíle, mas loaba mi hermosura,
que la lisonja tiene esa ventura.
Dejéle, despidióse, fuese luego,
inquietóseme todo mi sosiego,
y aunque estaban entonces divertidos,
llamé á junta potencias, y sentidos,
y porque amor ganase la victoria,
la voluntad dispuso á la memoria:
obró el discurso torpe, y poco atento,
la memoria engañó al entendimiento,
los ojos, si no ciegos, suspendidos,
se dejaron guiar de los oidos.
Díle entrada en mi casa con recato,
ardió el amor, que le atizaba el trato;
salimos á un jardin, él me rogaba,
yo lloré, sin saber por qué lloraba:
consolóme, admití grata el consuelo,
y el temor le guardé para el recelo;
con pasiones procuro convencerle:
dijo..... mas, tuve gana de creerle,
y como fuentes, árboles y flores,
apadrinan mejor al Dios de amores,
como la noche estaba tan oscura,
cuanto despues lo ha estado mi ventura,
dándome una palabra incierta y vana,
que el deseo creyó de buena gana;
sin rienda la pasion, que mi amor llama,
ya sin temor la nave de mi fama,
sin móvil este cielo de mis ojos,
ya sin fuerza este ardor de mis enojos,
me aparté de una fuente pura y fria,
que por vecina murmurar podia.
Y al fin, señor, (¡ó si para tal mengua
la voz se deslizára de la lengua!)
y al fin, señor, (¡ó si por mas enojos,

se saliera mi ofensa por los ojos!)
mas si digo, que dijo que me amaba,
que amena soledad nos convidaba,
que porque mi desdicha me convenza,
le dió sombra la noche á mi vergüenza,
que las flores mediaban mi cuidado;
¿qué te cuento, si ya te lo he contado?
Fuese por una suerte desdichada,
en que fué mi fortuna interesada:
supo mi padre tan preciso agravio,
y el corazon se le negaba al labio:
enterneció los montes y los vientos,
murióse de llorar dos sentimientos;
y en fin, oculta de él con tantos daños,
viendo que se pasaban cuatro años,
en que por mitigar tantos enojos,
regaba mi esperanza con mis ojos,
viendo mi honor perdido,
y juzgando que aquel, que me ha ofendido,
en Madrid disimula su cuidado,
vine á Madrid, adonde no le he hallado;
porque de su traicion he prevenido,
que fingiéndome el nombre, me ha mentido:
pero aunque mi discurso intentó sábio
no verte, por callarte aqueste agravio,
hallo por mejor medio
buscar en tus consejos el remedio;
y así, si la amistad del padre mio,
si mi delirio, acaso, ó desvarío
te obligan como noble, y como anciano,
hoy me rindo al amparo de tu mano,
y en tu casa, por ver mi fama honrada,
ampara una muger tan desdichada;
no ande mi deshonor tan peregrino,
porque ganes.....

Sale Beatriz.

Don Lope tu sobrino,
todo el color turbado,
de algun riesgo su aliento embarazado,
quiere hablarte.

Don Fernando.

Dí que entre. Vos, señora, *Vase Beatriz.*
con mi hija estareis oculta ahora,
que yo os prometo, como caballero,
mirar por vuestro honor.

Doña Ana.

Así lo espero.

Don Fernando.

El mismo honor de vuestro padre es mio.

Doña Ana.

Pues hoy mi honor de vuestra sangre fio.

Don Fernando.

En mi fé no pongais vano recelo,
entrad presto.

Doña Ana.

Ya voy.

ESCENA XI.

Don Fernando y don Lope, con un papel.

Don Lope.

Guárdeos el cielo.

Don Fernando.

¿Qué es esto, amigo don Lope?
¿Qué turbaciones han sido
las que atentamente cuerdo
en vuestro rostro averiguo?

Don Lope.

¿Mi sangre es vuestra?

Don Fernando.

Sí, Lope.

Don Lope.

¿No somos los dos amigos?

Don Fernando.

Y ese es para entre los dos
el parentesco mas fino.

Don Lope.

¿Me aconsejareis?

Don Fernando.

Los viejos
no tenemos otro oficio.

Don Lope.

¿Estamos solos?

Don Fernando.

Si estamos;
ea, declaraos, sobrino.

Don Lope.

Pues oid este papel.

Don Fernando.

Empezadle.

Don Lope.

Ya le digo.

Lee. *Amigo don Lope, el hermano del caballero disteis muerte en esta ciudad, ha partido hoy á Villa: yo no sé lo que en ella intenta; solo sé, á mi me toca dar este aviso, y á vos el cuidado tan grande enemigo = Guardeos el cielo.* = Burgos.

Don Lope.

¿Habeis oido el papel?

Don Fernando.

Si, don Lope, ya le oido.

Don Lope.

¿Es grande el empeño?

Don Fernando.

Si;
¿pero decidme, sobrino,
fué justa la muerte?

Don Lope.

No.

Don Fernando.

¿A quién matasteis? decidlo.

Don Lope.

Dí la muerte, sin querer,
al mayor amigo mio.

Don Fernando.

¿Cómo fué?

Don Lope.

Para el remedio
quiero decir el delito.
Por celebrar de Isabel
el fruto esperado opimo,
primero boton del árbol
del gran Monarca Filipo,
Burgos, esa gran ciudad,
cuyos altos edificios
á vencer al sol gigante
compiten consigo mismos,
dispuso toros, y fiestas
al popular regocijo,
en su plaza, que en España
es antiquísimo circo;
y un caballero, que en ella
era el mejor, ó el mas visto,
muy galan sin presuncion,
discreto sin artificio,
muy ayroso sin cuidado,
sin ser prolijo muy limpio;
y sobre todo, sin ser

lisongero el mas bien quisto,
me envió á llamar á esta corte,
porque con mi lado quiso
dar novedad á su patria,
y á su intencion un amigo.
Obedecíle, y apenas
el aparato festivo
del pimpollo Baltasar,
disfraz vistoso corrimos,
cuando despues que valiente,
llevándome por padrino,
á la cerviz de seis fieras
fijó penachos de pino,
salímonos á pasear
por el márgen cristalino
de Arlanzon, á cuyo espejo
el sol se estudia Narciso;
y entre las muchas bellezas,
que al prado ajado, y marchito
le hermosearon mas fragante,
ó le hicieron mas florido,
ví una belleza embozada,
cuyos ojos fueron vistos,
para el yerro de mi amor
dos imanes atractivos;
y escusando el referirte,
por no usado, ó por prolijo,
las antiguas novedades,
que usa amor en los principios,
digo, que á su casa fuí,
despues de algunos avisos,
que me tuvieron de costa
esperanzas y suspiros.
Llegué, y ví en ella una dama,
tan bella (mas si es preciso,

que mi honor dudoso busque
las veredas y caminos,
no embaracemos mi labio,
y tu atencion al decirlos;
que si de amor los efectos
con los del honor unimos,
se equivocarán de suerte,
gloria y dolor respectivos,
que ni unos serán de pena,
ni otros servirán de alivio.)
Dentro en su casa una noche,
yo, y el dueño, que fué mio,
con ruegos muy de la pena,
con voces muy del oido,
nos deciamos amores,
no hablados, y ya entendidos;
cuando alborotó mi amor,
que en efecto amor es niño;
un golpe, que de una puerta
rompió visagras y quicios.
Mató mi dama una luz,
entró un hombre, yo atrevido
doy la defensa á la espada,
y la indignacion al filo.
A oscuras, pues, me buscaba,
y á oscuras le solicito,
cuando á mis pies desangrado,
por mi suerte ó su destino,
cae mortal, y tan mortal
le finjió la idea herido,
que aun no le costó la muerte
la propiedad de un suspiro.
Saca la luz asustada
mi dama, el suceso miro,
y hallo, que el que estaba muerto

(aquí la memoria aflijo)
era, (¡qué grave dolor!)
era aquel amigo mio
por quien fuí á Burgos, aquel
Fernando, que he referido,
que, como de mis deseos,
fué dueño de mi alvedrio.
Mas preguntarásme ahora,
¿cómo siendo tan amigos,
cómo paseando juntos,
ambos á dos no supimos,
ni él, que yo amaba á su hermana,
ni yo el amor que conquisto?
Y era el caso, que esta dama,
por enojos muy antiguos,
apartada de su padre
con recato, y con retiro
en casa de una parienta,
viéndose tan sola, quiso
aventurar con su fama
la lealtad de dos amigos.
La muerte, ya la escuchaste;
mi amor, ya le has entendido.
Fuíme, sin entender nadie
ser dueño de este delito,
porque tambien á mi dama
hablé con nombre fingido.
Dejé olvidado este amor,
y llegando á lo preciso,
sabe, que el menor hermano
de este caballero mismo,
habrá tres meses, y mas,
que á Burgos de Flandes vino;
y aunque no sabe quien es
su ofensor, he presumido,

que á Madrid viene á buscarme
por sospecha, ó por indicio;
y aunque á mí no me conoce,
puesto que nunca me ha visto,
al consejo de esas canas,
prudente y osado aspiro:
que viene á Madrid, es cierto;
que ha de buscarme, imagino;
huir de él, es cobardía;
querer matarle, es delito;
no esperarle, es gran desdoro;
solicitarle, es delirio;
y así... A la puerta han llamado.

Don Fernando.

¿Quién es?

Sale Beatriz.

Albricias te pido:
el novio de tí esperado,
mas galan que diez Narcisos,
mas hueco que un guarda infante,
en este instante ha venido.

Don Fernando.

Pues á Inés llama, Beatriz,
y abre de paso el postigo
de esa antesala, y harás
que esté todo prevenido

Beatriz.

Voy al punto. *Vase.*

Don Lope.

¿Qué es aquesto?
¿Habeis casado, decidlo,
á doña Inés?

Don Fernando.

Si, don Lope.

Don Lope.

¿Cómo, siendo deudo mio,
no me avisasteis?

Don Fernando.

Porque
fue no avisaros preciso.

Don Lope.

¿Quién es?

Don Fernando.

Luego lo vereis.

Don Lope.

¡Qué desdicha! *ap.*

Don Fernando

¡Mortal vivo! *ap.*

Don Lope.

¡Yo sin Inés! *ap.*

Don Fernando.

¡Vive Dios, *ap.*
que don Juan es su enemigo.

Don Lope.

Pero yo lo evitaré. *ap.*

Don Fernando.

Mas remediarlo imagino. *ap.*

ESCENA XII.

Dichos, doña Inés y Beatriz por una puerta, y por otra Sancho, vestido de galan con joyas, don Juan y Bernardo.

Beatriz.

¿Ea, no llegais, señor?

Don Juan.

Ea, no llegueis tan tibio.

Doña Inés.

Veré la muerte. *ap.*

Sancho.

Allá voy.

Don Juan.

Muerto vengo. *ap.*

Don Lope.

Estoy perdido. *ap.*

Don Fernando.

El llega, *ap.*

Doña Inés.

Bien satisface *ap.*
su talle á lo imaginado.

Don Fernando.

Seais, don Juan, bien llegado
á esta casa.

Sancho.

Que me place.

Don Fernando.

Mucho de veros me alegro.

Sancho.

Desgraciado vengo á ser:
antes de ver mi muger
me han pegado con mi suegro.

Don Juan.

No dirás cosa que importe. *ap.*

Sancho.

Yo lo he de echar á perder. *ap.*
¿Decid, no podremos ver
un poco de la consorte.

Don Fernando.

Es obligacion forzosa.

Don Juan.

En lo que dices repara.

Doña Inés.

¡Qué talle! ¡qué mala cara!

Don Fernando.

Esta es, don Juan, vuestra esposa.

Sancho.

A vuestra luz peregrina
fallezca el alma envidiosa,
que antes os juzgaba hermosa,
y ahora os halla tan divina:
sois de notable hermosura,
y sois en fin (fuera miedos)
mas de aquestos cuatro dedos
mejor que vuestra pintura.
Dais quince á cuantas beldades
intentan...

Don Juan.

Necedad fue.

Sancho.

Señora, en estando en pie
diré dos mil necedades.

Don Fernando.

Sillas, ola.

Bernardo.

El ha empezado
con lindo estilo, en efeto. *Sientanse.*

Doña Inés.

Por solo oiros discreto,
procuro veros sentado.

Don Lope.

De rabia y de enojo muero. *ap.*
¡Hay hombre mas desdichado¡

Don Fernando.

El tal don Juan de Alvarado *op.*
parece gran majadero.

Doña Inés.

¿Decíd, cómo habeis venido?

Sancho.

Como quien os viene á ver,
bueno: ¿mas quiero saber,
qué tal os he parecido?

Doña Inés.

¡Qué esto pregunte don Juan! *ap.*
Vuestro mismo talle abona,
que no habrá en Madrid persona,
que os compita en ser galan;
porque vuestro talle, creo,
que es el mas raro que ví.

Sancho.

Todos lo dicen así,
y yo tambien me lo creo.

Don Lope.

¿Pues saber tambien espero,
pues lo mas preciso es,
qué os parece doña Inés?

Sancho.

¿Quién es este caballero?

Doña Inés.

Es mi primo, á quien estimo,
y que es mi sangre atended.

Sancho.

Conozcame vuesarced
por su hermano, y menor primo.

Don Fernando.

Esto es lo mas importante,
y aun no lo habeis respondido:
¿Inés, qué os ha parecido?
decidmelo.

Sancho.

Lo bastante. *Riense.*
¿Rien? ¿Qué, fué necedad?

Doña Inés.

Yo he de perder el sentido.

Sancho.

Por mi vida, ¿qué, qué ha sido
disparate la verdad?

Don Lope.

Una ignorancia en rigor
de un novio, no hay que admirarse.

Sancho.

Primo, para mi el casarse
es la necedad mayor;
que es muerte el casarse infiero;
y así debeis de advertir,
que se va un novio á morir,
pues que le lloran primero.

Bernardo.

Por una sospecha incierta (1)
saber mi enojo intentó
si él; ó su amo llamó
esta noche á aquesta puerta,
porque le he desafiado,
y quiero que sepa, que
cuerpo á cuerpo le diré
lo que allá verá en el Prado.

Don Juan.

El criado es, vive Díos, *ap.*
que anoche en la calle estaba,
y el que á su amo esperaba
cuando llegamos los dos.

Bernardo.

Y para tan grande empeño,
que he de castigarle digo.

---

(1) *Llegase á don Juan.*

Don Juan.

Hidalgo, no habla conmigo.
Este sin duda es su dueño. *ap.*

Bernardo.

La voz, el aire, y el talle
todo junto me engañó.

Don Juan.

Y el que á deshora bajó *ap.*
desde el balcon á la calle.

Bernardo.

¿De qué sirve hacer estremos,
pues lo niega?

Don Juan.

¡Hay tal dolor! *ap.*
¡Hay mas infeliz amor!
Sospechas, averiguemos.

Don Fernando.

Decid.

Sancho.

Saber he querido,
supuesto que ya he llegado,
si es la novia de contado,
y el dote de prometido.

Don Fernando.

Vos habeis hecho un reparo,
que parece desvarío;
esto es presto.

Sancho.

Señor mio,
cuanto mas yérno mas claro.

Don Lope.

Como habeis sido soldado,
os preciais de desparcido.

Sancho.

No tengo mas que haber sido,

que ser don Juan de Alvarado.

Don Lope

Don Juan de Alvarado dijo, *ap.*
ó el oido me engañó;
y pues de Burgos llegó,
que es el hermano colijo
de don Diego, aquesto es cierto,
á quien yo lá muerte dí.
¿Vos no sois de Burgos?

Sancho.

Si.

Don Lope.

¿Teneis otro hermano?

Sancho.

Es muerto;
que le dieron muerte fiera,
no por valor, sí por suerte.

Don Lope.

¿Y sabeis quién le dió muerte?

Don Juan.

¿Si mi dueño lo supiera,
sangriento en airados lazos,
porque su ofensa vengára,
del pecho no le arrancára
el corazon á pedazos?
¿Y cuando á su muerte aspira,
tuviera en otra balanza
vida para su venganza,
ni objeto para su ira?
Porque si de ser cruel
se redujera templado,
yo que nací su criado
le diera muerte por él.

Don Lope.

¿Y á vos, quién os mete aquí,

en hablar, ni responder?

Sancho.

Téngole dado poder
para enojarse por mí.

Don Lope.

¿De haberme así replicado,
decid, cuál la causa fué?

Don Juan.

Perdonad, que me llevé
del afecto de criado.

Don Fernando.

De ordinario afecto pasa
enojo tan desigual.

Don Juan.

Soy criado.

Don Lope.

Y muy leal.

Sancho.

Sancho se ha criado en casa,
como á hermano le he tenido,
y que es bizarro advertid.

Doña Inés.

Señor don Juan....

Sancho.

¿Qué? Decid.

Doña Inés.

Buen criado habeis traido.

Sancho.

Supuesto que á escuchar llego
que le alabas sin compás,
no he de ponermele mas;
servíos con él desde luego.

Bernardo.

Ser quiero su amigo fiel.

Don Juan.

Saber vuestro nombre aguardo.
¿Cómo os llamais?

Bernardo.

Yo, Bernardo.

Don Juan.

¡Viven los cielos que es él! *ap.*

Don Fernando.

¿Ea, qué es lo que aguardamos?

Doña Inés.

¿Qué es, cielos, lo que me pasa! *ap.*

Don Fernando.

Venid, vereis vuestra casa.

Sancho.

Vamos, Inés.

Doña Inés.

Don Juan, vamos.

Don Juan.

Pues esta fortuna sigo *ap.*
zelos, sufrir, y callar.,

Don Lope.

¡Qué se viniese á casar *ap.*
con mi dama mi enemigo!

Don Fernando.

¡Hay duda y pena mayor! *ap.*
¡El hijo que yo he elegido,
ignorante y ofendido,
y mi sangre el ofensor!

Doña Inés.

¡Qué mi estrella en este empeño *ap.*
dueño me haya señalado,
tan malo, que aun el criado
es mucho mejor que el dueño!

Sancho.

¡Que tenga yo dama honrada, *ap.*

ave de gusto y prímor,
y me parezca mejor
la baca de la criada!

Don Juan.

¡Que mi mal sin esperanza, *ap.*
halle para mas dolor,
recelos en el amor,
y dudas en la venganza!

Don Lope.

¡Que para tantos desvelos *ap.*
haya, en igual recompensa,
de callar aquí una ofensa,
y sufrir aquí unos celos!

Don Fernando.

¿Pues penas, como mas bien *ap.*
he de cumplir con mi fama?
De mí se ampara una dama,
y el que la ofendió tambien.

Don Juan.

Pero ya preciso es *ap.*
dar mi silencio á mi labio.

Don Lope.

Pero cauteloso y sabio *ap.*
pienso pretender á Inés.

Don Fernando.

Pues, fuerza es que medio halle *ap.*
para poderlo atajar.

Doña Inés.

Pero no me he de casar *ap.*
con hombre de tan mal talle.

Sancho.

Pero vivir regalado *ap.*
me ha de sacar de este susto.

Don Fernando.

Mas mal me ha de andar el gusto, *ap.*

ó he de apurar al criado.

Don Juan.

Pues ea, indicios, callar. *ap.*

Don Lope.

Ea, intentos, proseguir. *ap.*

Don Fernando.

Ea, cuidados, á morir. *ap.*

Doña Inés.

Afectos, á adivinar. *ap.*

Don Juan.

Y que halle, quieran los cielos, *ap.*
mi dilatada esperanza,
el camino á mi venganza,
y el desengaño á mis celos.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

Don Lope, y Bernardo criado.

Don Lope.
¿En fin, no quieres dejarme?
Bernardo.
Cortradecirte me pesa;
pero en los juegos de amor,
para que mejor lo sepas,
aciertan mas los que miran,
que aquellos propios que juegan.
Don Lope.
Yo he de entrar á hablar á Inés.
Bernardo.
Mira lo que haces.
Don Lope.
No quieras
apagar con tus consejos
de mis pasiones el etna;
permite que al labio salga
esta calentura lenta,
que es sanidad en el labio,
lo que en el pecho es dolencia.
Bernardo.
¿Si ha de casarse mañana
doña Inés, no consideras,
que con decirle tu amor,
siendo Inés cuerda y honesta,
si no aprovechas la voz,

que echas á perder la queja?
Acostúmbrate á sufrir;
un mal á otro mal suceda,
amortigüe á ese dolor
tu recato y tu prudencia:
pon de tu parte el silencio;
que callando, aunque mas sientas,
en breve tiempo estarás
bien hallado con tus penas.

Don Lope.

Ya solo en mi voz mi mal,
si hay alivio, alivio espera:
con fuego de amor ayer,
con ser fuego sin materia,
ardí buscando la llama,
y teniéndola encubierta;
pues si porque sufra mas,
ó para que mas padezca,
celos hoy han avivado
de mi incendio esta violencia;
y si con solo mi amor
ardí con llama violenta,
hoy, que á este amor se le añaden
de mis celos las sospechas;
¿cómo quieres que mas sufra,
cuando es fuerza que mas sienta?

Bernardo.

¿Y dime, señor, es justo
que tercera vez ofendas
á don Juan, cuando le debes
satisfacer dos ofensas?
A su hermano diste muerte,
y á su hermana noble y bella
burlaste fingendo el nombre:
aunque en hombre de tus prendas

viene á ser mayor traicion
saber fingir las finezas;
y hoy tercera vez procura
con ruegos tu inadvertencia,
que elija ser prenda túya
la que serlo suya espera.

Don Lope.

Yo no le ofendí, sabiendo
quien era el que ofendo; y deja
los consejos, pues que has visto
tan incapaz mi prudencia.

Bernardo.

Ea, pues, obra, señor,
si sacar el premio esperas
de tus deseos, conforme
al influjo de tu estrella.

Don Lope.

Hasta la propia antesala
hemos entrado, y quisiera
hablar á Beatriz.

Bernardo

Agora
por otra sala atraviesa.
Ah Beatriz.

Don Lope.

Ah Beatricilla.

ESCENA II.

Dichos y Beatriz.

Beatriz.

¿Quién llama? ¿Quién me cecea?

Don Lope,

Yo soy.

Beatriz.

¿Es don Lope?

Don Lope.

Si.

Beatriz.

Abrázame antes que venga
mi señora.

Don Lope.

¿Qué hay de nuevo?

Beatriz.

Téngote famosas nuevas.

Don Lope.

Dilas.

Beatriz.

Entra mas adentro,
que no quiero que nos vean
hablar los demas criados
que esa antesala pasean.
Mi señora.....

Don Lope.

Dilo presto.

Beatriz.

Aborrece con tal fuerza
á este don Juan, que esta tarde
la he tenido casi muerta.
Tanto llanto dió al dolor
en dos cristalinas hebras,
que recoger perlas quise,
por darte un tesoro en ellas.
Pero imán rojo su labio,
las atrajo de manera,
que pespuntó sus corales
con guarnicion de sus perlas.

Don Lope.

¿Dónde está?

Beatriz.

Ya se ha vestido.

Don Lope.

¿Don Juan qué hace?

Beatriz.

La gran bestia
duerme.

Don Lope.

¿Tan tarde?

Beatriz.

Tan tarde;
y es su dormir de manera
que ya debe de pensar,
que se ha casado con ella.

Don Lope.

¿Inés, dí, se ha desvelado?

Beatriz.

Como si tuviera deudas.

Don Lope.

¿Podré hablarla?

Beatriz.

Si podrás;
pero de tal modo sea,
que no sepa..... Pero ya
sale á esta sala, y es fuerza
que me vaya: yo te dejo,
donde aprovecharte puedas
de tu prosa: dila aquello
de mi ángel, mi bien, mi estrella;
promete como persona
que no ha de dar; mete arenga:
dila que eres infelice,
que tienes infausta estrella;
que de piedad puede ser
que te escuche, y se enternezca;

y si pudieres echar,
aunque mas por fuerza sea,
un lagrimon, será cosa
para enternecer las peñas.

Don Lope.

Pues toma...... (1)

Beatriz.

No hay que tratar....

Don Lope.

Este bolsillo.

Beatriz.

Eso fuera
por pagarme la amistad,
querer que yo..... pero venga.

Don Lope.

Mira que llega tu ama.

Beatriz.

Pues venga el bolsillo. Llega,
y creeme que le tomo
por no parecer grosera. *Vase.*

Don Lope.

Véte tú.

Bernardo.

¿Dónde?

Don Lope.

A la calle.

Bernardo.

¿Te he de aguardar?

Don Lope.

Véte apriesa.

Bernardo.

Mira que......

---

(1) *Dále un bolsillo.*

Don Lope.
No me repliques.
Bernardo.
Tu precepto es mi obediencia. *Vase.*

ESCENA III.

Don Lope y doña Inés. Apártase don Lope.

Doña Inés.
Como jamás he cursado
de los males en la escuela,
nunca supe que cabian
en un dolor tantas penas.
Tres afectos, tres cuidados,
tres tormentos, tres violencias
del castillo de mi amor
sitiaron la fortaleza:
dos sugetos aborrezco,
y uno adoro con tal fuerza,
que aunque quisiera querer
lo que aborrezco, y quisiera
aborrecer lo que adoro,
tal mi idea está suspensa,
que no sé si el odio estime,
ó si el amor aborrezca.
Don Juan (hable mi dolor)
para ser dueño le espera
de mi alvedrío; don Lope
mi fama, y mi honor molesta;
ambos de mi amor son iras,
ambos de mi enojo señas;
y al que en el alma se ha entrado,
no sé por cual de sus puertas,
procuro echarle del alma,
y no es posible que pueda.

Yo quiero bien, mas no quiero,
(¡O cielos, y quién pudiera
hacer, que aquesta verdad
se quedára en ser sospecha!)
á un hombre tan desigual,
y de tan humildes prendas,
que es bajeza de mi sangre;
mas no pienso que es bajeza,
que aunque es verdad que el amor
de igualdades se contenta,
bien puedo yo querer bien
á otro que mi igual no sea;
que no es fino amor, amor
que se funda en conveniencias.
Sírvanos de ejemplo el sol,
á quien Clicie galantea,
pues le espera á que despunte,
y con ser Clicie flor reyna,
por requebrar á la rosa,
la olvida el sol, y la deja,
y con ser la rosa fertil,
parto inútil de la tierra,
que entre raices y espinas
tuvo su naturaleza,
mejor que á la reina Clicie,
la regala, y la requiebra.
¿Pues si el planeta mayor
es quien nos da su influencia,
por qué no ha de hacer el hombre
lo que influye su planeta?
Olmo, monarca del prado,
á quien las flores cortejan,
se deja amorosamente
solicitar de la yedra;
ella humilde se conoce,

primero los pies le besa,
y como se muestra amante,
á enlazar sus brazos trepa,
hasta que iguales los dos,
son dos almas y una mesma,
pues ella al olmo asegura,
y él á la yedra sustenta;
¿pues si con ser estas almas
vegetativas, enseñan
á amar, por qué no han de amár
á su imitacion las nuestras?
Yo aborrezco; mas mi voz
salga en quejas á la lengua,
que no es bien, donde hay amor,
que mis iras se diviertan.
Yo aborrezco, ya lo digo,
pero no habrá quien lo entienda,
que la voz de mis suspiros
enciende; pero no enseña.
A don Lope es á quien digo,
que aborrezco con tal fuerza,
que pienso. . ¿Quién está aquí?

Don Lope

Un desdichado, que llega
á coger en desengaños,
lo que ha sembrado en finezas:
una mariposa soy,
tan desalumbrada y ciega,
que solicito la llama
para fallecer en ella;
y un infeliz, á quien hacen
infeliz sus resistencias,
pues si de tu voz no he muerto
no moriré de mi pena;
pero aunque ingrata á mi amor,

desconocida á mi queja,
desprecias las ansias mias,
mas de vana, que de atenta,
te he de avisar, que aunque ahora
me rindes, y me sujetas...

Doña Inés.

No prosigas en matarme.

Don Lope.

No es valor, sino destreza:
mis afectos...

Doña Inés.

No los hables.

Don Lope.

Mis iras...

Doña Inés.

No las adviertas.

Don Lope.

Si te las he de advertir,
que es gran crueldad que pretendas
que mi mal no tenga alivio
en referirlo siquiera.
Yo no te puedo olvidar,
doña Inés, yo me hago fuerza
á olvidarte, y es querer
del sol vencer la carrera;
yo á tus favores aspiro,
y sacrificar quisiera,
al templo de tu rigor,
toda una alma por ofrenda.
¿A un hombre ignorante admites
indigno de tus finezas,
y á quien supo conocerte,
pues te adora, le desdeñas?

Doña Inés.

Vete, don Lope, no intentes,

que irritada, ó que grosera...

Don Lope.

Ya estoy hecho á tus rigores,
ya no hay mas con que me ofendas;
que criado en el veneno
del desden, él me alimenta;
mas ya que el último plazo
á mis desdichas se acerca,
oye mi mal, que si le oyes
como él es, ha de ser fuerza,
que á premiarle, y admitirle,
sino te obliga, te muevas,
y que le has de premiarse.

Doña Inés.

Suspended iras y quejas,
y esa amorosa locura
hácia el pecho retroceda.
Miente vuestro labio infame;
y el sol, que luces dispensa,
á decirlo con los rayos
de su luz tambien mintiera.
¿Yo, si os escucho., premiaros?
mas fácil es que se crea,
que el dios que el mar bruto rige
del abrego á la violencia,
roto el alacran de espuma
perdió las azules riendas,
que imagines que en mi puede
haber sombra, ó apariencia
de aficion, sin que mi enojo
no la apure, ó la resuelva.
Con una dama, que en Burgos.
confiadamente necia
os quiso, podeis gastar
esa fingida terneza:

y vuestra amante pasion
se corrija mas discreta,
y en la carcel del silencio,
sea su alcaide la modestia;
y sino, viven mis iras:......
(mas no viven, que están muertas,
puesto que no me he vengado
con solo el incendio de ellas,)
que os haga, si, vive Dios,
mas átomos, que hay estrellas,
hijas del sol, y en el mar
disimuladas arenas;
porque así...

ESCENA IV.

Dichos y Beatriz.

Beatriz.
¡Buena la hicimos!
Tu padre salió á esa pieza,
don Juan se ha vestido ya,
Sancho ese cuarto atraviesa,
y como voces has dado,
te buscan.
Doña Inés.
Pues Beatriz, lleva
á don Lope á esa antesala.
Beatriz.
Verálo Sancho.
Doña Inés.
Pues sea
por esta pieza.
Beatriz.
Don Juan
te anda buscando por ella.

Doña Inés.

Pues véanle, que no importa,
si es mi primo.

Beatriz.

Aunque lo sea,
que siendo tan de mañana,
no es hora de primos esta.

Doña Inés.

¿Ea, Beatriz, no lo escondes?

Beatriz.

Mira que has de dar sospecha
de lo que no ha sido culpa;
presto, señora, que llegan.

Doña Inés.

Pues escóndele en mi cuarto.

Don Lope.

Porque tu opinion no pierdas,
me escondo.

Beatriz.

No estés aquí;
mas adentro hay donde puedas
estar mas seguro: tú (1)
riñeme, para que entiendan
que era conmigo el enojo.

Doña Inés.

Si por mi padre no fuera,
te diera el justo castigo,
que pide tu inadvertencia.
Don Juan ha de ser mi esposo,
y quien atrevida intenta
decir, que es un ignorante,
desairado, y necio, crea,

---

(1) *Escóndese en otra cuadra.*

ESCENA V.

Dichas, Sancho, don Juan y don Fernando.

que me ofende; y dado caso
que estos defectos padezca,
si á mi me parece bien,
poco importa que los tenga.

Sancho.

Dice muy bien doña Inés;
bruta, insulsa, majadera,
¿tan mal os he parecido?
¿Decid, vergante, estas piernas
pueden ser mas bien sacadas?
¿No soy ancho de hombros? Puerca,
¿mi cara haránla mejor
aunque la hiciesen de cera?
Holgára habéame casado
para daros una vuelta
de podenco.

Beatriz.

Siendo suya
ser de podenco era fuerza.

Don Fernando.

¿Inés, y por eso dabas
esas voces?

Sancho.

Sí, estas eran.

Beatriz.

Ya salimos de este empeño, *ap.*
aunque tan caro me cuesta.

Don Fernando.

Por solo hablar á doña Ana *ap.*
ir á este cuarto quisiera,
adonde está recogida;
pero hay riesgo en que la vea,
y la conozca don Juan.

Voyme con vuestra licencia,
que tengo que hacer.

Sancho.

A Dios.

Don Fernando.

Don Juan tiene dos ofensas, *ap.*
la una de sangre, y la otra
de honor; pues siendo tan ciertas,
no será justo, que yo
le dé á Inés, mientras no venga
su deshonor, y deshace
el duelo de dos afrentas.
A buscar voy á don Lope,
por que en estas diferencias
he de juntar á los dos;
que aunque es verdad que se arriesga
una vida, no es razon
que mi honor por eso pierda;
pues veamos (¡ó cuidados!)
si en tan rigorosa empresa,
ó la espada los ajusta,
ó el consejo los concierta.

ESCENA VI.

Dichos menos don Fernando.

Doña Inés.

¡Qué repetido en desvelos *ap.*
crezca inmortal este ardor!

Don Juan.

¡Qué embarace yo mi amor *op.*
por un indicio de celos!

Doña Inés.

¡Que esté mi dolor tan loco! *np.*

Don Juan.

¡Que esté tan cuerda mi pena! *ap.*

Sancho.

¡Que hubiese anoche tal cena, *ap.*
y cenase yo tampoco!

Doña Inés.

Pues cese aquesta locura. *ap.*

Don Juan.

Pues este recelo pase. *ap.*

Sancho.

¡Que mi amo me mandase *ap.*
que cenase con cordura!

Doña Inés.

Mas no cesen mis pasiones. *ap.*

Don Juan.

Mas vuelva esta llama á arder. *ap.*

Sancho.

Mas por Dios que he de saber *ap.*
si hay en Madrid bodegones.

Beatriz.

¿Cómo he de sacar ahora *ap.*
á este galan escondido?

Sancho.

Mas vuélvome á ser marido. *ap.*
¿Queréisme mucho, señora?

Doña Inés.

¿Que esto mi desdicha espera? *ap.*

Don Juan.

Cuidados no receleis. *ap.*

Sancho.

¿No direis si me quereis?
Acabad.

Doña Inés.

De esta manera.
Antes que os viese, señor,

mi desprecio, y mi osadía,
lo que era desden sabía,
y ahora lo que es amor:
mas vivo con un dolor,
que aunque sé que me adorais,
me pesa cuando premiais
este amor que ardiente veis,
pues no le remediareis
con ser vos quien le causais.
Amando suspiro, y lloro
con lágrimas de deseo, (1)
cuando viéndoos á vos, veo
el dulce dueño que adoro;
y á no ser por mi decoro,
arrojada, vive Dios,
porque se viera en los dos,
mostrára mortal mi herida,
pues por vos gozo mi vida,
siendo mi muerte por vos.
Tan cruel, tan mi enemigo
es mi amor, por ser tan raro,
que cuando mas lo declaro
es cuando menos lo digo.
Si le hablo no le mitigo;
y si procuro fingirle,
es castigarme en sufrirle:
y así tengo al conservarle,
mucho fuego en ocultarle,
y poco alivio en decirle.

Sancho.

Con grande resolucion *ap.*
su amor me ha dadò á entender.
¡Cosa que aquesta muger

---

(1) *Mirando á don Juan.*

me haya cobrado aficion!
Pues no perder ocasion
es justo, que si su estrella
su inclinacion atropella,
dos cosas habré logrado,
la una, hacer como criado,
la otra, alzarme con ella.
Tanto á quereros me obligo
desde el instante que os ví.....
Sancho, responded por mí,
que no sé lo que me digo.

Don Juan.

Yo, señor....

Sancho.

¿No sois testigo
de lo mucho que la quiero?
Pues responded, majadero.

Don Juan

¿Pues yo sé vuestro cuidado?

Sancho.

Haced lo que os he mandado,
pues me costais mi dinero.

Don Juan.

Estas finezas serán
sin alma.

Sancho.

Sean.

Don Juan.

¿Qué intenta?

Sancho.

Haced este rato cuenta,
que soy Sancho, y vos don Juan.
Así este rato hablarán, *ap.*
que yo lo he dispuesto así.

Don Juan.

Como lo consienta aquí
doña Inés, servirte intento.

Doña Inés.

Si es por mí, yo lo consiento.

Don Juan.

Pues ya empiezo.

Sancho.

Vaya.

Doña Inés.

Dí.

Don Juan.

Yo, con tan finos desvelos
os quiero, y con tanto ardor,
que para decir mi amor,
os digo, que tengo celos:
primero fueron recelos;
pero hoy tan confuso estoy,
que cuando á deciros voy
quién soy, tal me llego á ver,
que por ser el que he de ser,
no soy con vos el que soy.
Con discurso desigual
habeis llegado á argüir,
que en no poderle decir
se hace mayor vuestro mal;
pero está mi pena tal,
como es celoso mi amor,
que al declarar el rigor
de mis pasiones veloces,
cuanto mas le digo á voces,
se hace mi incendio mayor.

Doña Inés.

¿Luego si yo le he callado,
mayor mal vengo á sentir?

Don Juan.

No, qué el mio ha de morir;
mas cuanto mas declarado,
mas fuego en decirle he hallado.

Doña Inés

Yo en no decirle un rigor.

Don Juan.

Yo con hacerle mayor,
ya á decirlo me sentencio.

Doña Inés.

Pues mi mal en mi silencio
tiene todo su dolor:

Don Juan.

Luego el alivio has hallado
en callarle, y reprimirle;
y yo el dolor en decirle,
cuando no ha de ser premiado.

Doña Inés.

¿Cnando un amor no ha penado
mas cuando se ha de ocultar?

Don Juan.

¿Y en llegarle á declarar,
qué gloria habrá sin premiarle?

Doña Inés.

¿No es mucho peor callarle
sin poderle remediar?

Don Juan.

¿No es mal fuerte, y desigual,
mal que puede reprimirse?

Doña Inés.

Ni mal que puede decirse,
tampoco es muy grande mal.

Don Juan

¿Pero de estos males, cuál
es fuerza que mas apure?

Doña Inés.
Aquel que la voz procure;
que es mayor mi mal contemplo.
Don Juan.
Asegúrelo este egemplo.
Doña Inés.
Este egemplo lo asegure.
Don Juan.
El que oculta un accidente,
ó ya de honor, ó de afrenta,
le llora cuando le cuenta,
y calla cuando le siente;
y es, que entonces mas ardiente
se remueve aquel ardor;
si calla, cesa el dolor:
luego has esperimentado,
que se hace menor callado,
y hablado se hace mayor.
Doña Inés.
Dices bien, pero imagina
para hacer concepto igual,
que cuando se cura un mal,
duele mas la medicina.
Esperiencia peregrina
en este egemplo hallarás,
pues cuando sintiendo estás
con voces tu mal veloz,
es que le cura la voz,
y por eso duele mas.

Don Juan.

Tambien lo contrario infiere,
que cuando los males duran,
por mitigarlos, procuran
que calle el que los refiere.

Doña Inés.

No quien tu discurso oyere
mis obediencias desdore,
que tambien (porque no ignore
tu discurso mi opinion)
á quien duele el corazon ,
le piden que hable , y que llore.

Don Juan.

Pues , doña Inés, si es así ,
callar quiero mi pasion.

Doña Inés.

No , mejor es tu opinion:
yo he de hablar mi mal aquí.

Don Juan.

¿ Pues merezco tu amor ?

Doña Inés.

Sí.

Don Juan.

¡ Qué gloria !

Doña Inés.

Hoy te premiarán
mis finezas.

Don Juan.

¿ Y serán
constantes?

Doña Inés

Amor es Dios.

Sancho.

Mucho se huelgan los dos ; *ap.*
yo me vuelvo á ser don Juan.

Doña Inés.

La calentura de amor *ap.*
se salió á mi labio ya.

Don Juan.

¡ Del mar del amor , qué presto *ap.*

cesó la tranquilidad!

Sancho.

O mal me anda el discursillo *ap.*
ó soy diez tontos, y aun mas,
ó Inés me ha dicho su amor
en cabeza de don Juan;
si ella piensa que es criado,
y yo el dueño, claro está,
que por mí lo ha dicho: ello es,
que este huevo quiere sal.
¿Ois? idos allá fuera.

Don Juan.

¿Sancho á solas qué querrá?

Beatriz.

Ya te obedezco, señor:
no será posible echar
á don Lope ahora. *vase.*

Don Juan.

¿Sancho
con doña Inés, qué querrá?

Sancho.

¿No os vais?

Don Juan.

Ya me voy, señor.
Desde aqui quiero escuchar *ap.*
lo que dice.

ESCENA VII.

Doña Inés y Sancho.

Sancho.

Ahora bien, *ap.*
yo me quiero desasnar,
que no han de ser vizcainas
las novias. Si Dios me dá

una muger, que me diga
su amor tan de par en par,
perderlo por mi señor
es muy grande necedad.
Dulce dueño de mis ojos,
¿ podrá un marido gozar
un poquillo de la fruta,
que cria el árbol nupcial?

Doña Inés.

¡ Esto le faltaba ahora *ap.*
á mi dolor que llorar!
¡ Qué no le haga mil pedazos!

Sancho.

Ella se quiere llegar, *ap.*
y de puro vergonzosa
la vuelve el respeto atrás.

Don Juan.

Vive el cielo, que si llega...

Sancho.

Si os dejais comunicar,
vereis mas suave un alma,
que la holanda y el cambray:
sabed, que un marido en cierne
bien puede ser manual.

Doña Inés.

¡ Qué sufra esto y no le mate! *ap.*

Don Juan.

¡ Qué no le salga á matar!
¡ Hay tal bestia!

Doña Inés.

Vive el cielo...

Sancho.

Que hace de querer llegar,
y el honorcillo la tiene
si caerá ó no caerá;

mas yo he de ser el que embista,
pëscola la mano, y zás. (1)

Doña Inés.

¿Cómo, villano atrevido,
te arrojas á profanar
en el templo de mi fama
el honor, que es su deidad?
¿Cómo...?

Sancho.

Detened, señora.

Doña Inés.

¿O mi enojo, ó mi crueldad
no te hacen dos mil pedazos?

Sancho.

¿Dos mil pedazos no mas?

Doña Inés.

A no ser porque mis ojos
se sabrán de sí vengar,
no en lluvias de aljofar puro,
sino en fuentes de coral...
¿Pero iras, de qué servis? *ap.*
Cese vuestra actividad,
que no es bastante una queja
para aplacar todo un mal;
y si don Juan ha de ser
dueño de mi voluntad,
iras, temed, y morid,
penas, sufrid, y callad.

Sancho.

Yo puedo hacer de mi mano
un sayo, y aun un gavan.

---

(1) *Vuelve la cara, cógela la mano y bésala.*

ESCENA VIII.

Sancho y don Juan.

Don Juan.

Pícaro, viven los cielos
que ahora me has de pagar *dale.*
lo que has hecho.

Sancho.

¿Yo que hice?

Don Juan.

Besar su mano.

Sancho.

No tal.
la mano me besó á mí.

Don Juan.

De este modo pagarás *dale.*
tu deslealtad.

Sancho.

¿Pues señor,
en qué he sído desleal?
¿He de perder, si me quiere,
por tí mi comodidad?

Don Juan.

Vive Dios... *dale.*

Sancho.

Tente, señor,
no te precipites mas.

ESCENA IX.

Dichos y doña Inés. Pegale Sancho á don Juan.

Doña Inés.

¿Qué es esto?

Sancho.

Aqueste tacaño,
descarado ganapan,
no ha de estar una hora en casa;
aun he de pegarle mas. *dale*

Doña Inés.

Advertid que es buen criado.

Sancho.

Doña Inés, entraos á hilar,
que es oficio de mugeres,
y dejadme castigar
mis criados. Toma, puerco. *dale.*

Doña Inés.

Señor, mirad...

Sancho.

Bueno vá:
ea, pícaro, espulsion,
idos de mí casa ¿hay tal?

Doña Inés.

Señor don Juan, si mi ruego
halla en vuestro amor lugar.......

Sancho.

¿Qué es lo qué mandais, señora?

Doña Inés.

¿Qué? que no le despidais.

Sancho.

Agradecedlo á mi esposa,
que á no mandarmelo, ya
os habia de poner
como á un san Sebastian.
Grosero, velitre, ruin,
hombrecillo, tal por cual,
noramala para vos,
¿mi esposa os parece mal?
Pues vergante, yo os prometo,

que os la he de hacer descalzar.
¡O si pudiera un criado, *ap.*
para poder descansar,
sacudir de cuando en cuando
á su dueño el balandran.

ESCENA X.

Don Juan y doña Inés.

Doña Inés.
¡Qué esto escuche! *ap.*
Don Juan.
¡Qué esto sufra! *ap.*
Doña Inés.
¡Si esto que dice es verdad! *ap.*
¡Si me aborrece!
Don Juan.
¿Qué espero? *ap.*
Yo me quiero declarar.
Doña Inés.
Pues torne otra vez mi pena *ap.*
su llama á disimular.
Don Juan.
Pero averiguar mi indicio *ap.*
es medio mas eficaz.
Doña Inés.
Y ahora dar lugar es fuerza *ap.*
para que pueda sacar
Beatriz á don Lope, pues
oculto en mí cuarto está.
Don Juan.
Esto ha de ser. *ap.*
Doña Inés.
Esto sea. *ap.*

¿Ois, Sancho?

Don Juan.

¿Qué mandais?

Doña Inés.

Advertid... ¡Estoy confusa! *ap.*

Don Juan.

¿Qué decís? ¡Estoy mortal! *ap.*

Doña Inés.

Que cuando dije... ¡Ay que temo *ap.*
que rebiente este volcan
de mi fuego, sí mi voz
hace á la llama lugar!

Don Juan.

Ea, declaraos, señora.

Doña Inés.

A poderme declarar,
yo dijera...

Don Juan.

¿Qué decís?

Doña Inés.

Que aunque oisteis...

Don Juan.

Acabad.
¡Qué estando yo tan cobarde, *ap,*
esfuerce á quien no lo está!

Doña Inés

Que aunque os dije que os adoro,
era porque erais don Juan.

Don Juan.

Pues mi pena, y mi deseo
es porque á don Juan querais.

Doña Inés.

¿Lo deseais?

Don Juan.

Fuera mi gloria.

Doña Inés.

No me tiene voluntad. *ap.*
¿Eso es cierto?

Don Juan.

Y es tan cierto,
que todo mi honor está
en que á don Juan estimeis.

Doña Inés.

¿Luego no os asegurais
que le adoro?

Don Juan.

Estoy dudoso.

Doña Inés

Pues no lo esteis, y pensad.....

Don Juan.

¿Qué?

Doña Inés.

Que á don Juan solo quiero.

Don Juan.

Plegué á Dios que sea verdad.

ESCENA XI.

Cuarto de doña Ana.

Doña Ana.

Despues que ayer don Fernando
me dió este cuarto, y despues
que estuve con doña Inés
mi pena, y mi mal templando;
y despues que por mí ayer
lloró en líquidos cristales,
porque obligan mas los males
cuando son de una muger;
estoy con grande cuidado

de ver que tan tarde es,
y ni llama doña Inés,
ni su padre me ha avisado;
y en esta cuadra he sentido
de Inés, á lo que yo infiero,
airadas voces primero,
y despues confuso ruido.
¡Que este continuo anhelar
mi amor, y mi honor moleste!
El cuarto de Inés es este;
entrarla quiero á buscar,
para avisarla tambien
que irme de su casa trato,
pues cuanto mas me recato,
mas lejos estoy del bien;
porque si vengo á buscar
á un hombre que me ha agraviado,
¿cómo en un cuarto cerrado
mi cuidado le ha de hallar?
y mas cuando ha presumido
discursivo mi temor,
que quien me fingió el amor
el nombre me habrá fingido;
y pues no he creido el nombre,
sepa Inés este deseo....
Mas por las espaldas veo
dentro de su cuarto un hombre;
yo me quiero volver pues:
mas pienso que me ha sentido.

ESCENA XII.

Doña Ana y don Lope.

Don Lope.

Hácia aquí he escuchado el ruido:

vive Dios que es doña Inés.

Doña Ana.

¡No me vió el rostro, que fuera
muy posible que importára!

Don Lope.

¿Inés?

Doña Ana.

Yo cierro.

Don Lope.

Repara;
no cierres, aguarda, espera;
ya vengo determinado;
no pienses que has de cerrar.
Vive Dios que has de escuchar,
puesto que yo te he escuchado:
mi pena en este rigor
ya no puede estar mas muerta,
que no es la primera puerta
que le has cerrado á mi amor;
mas por si llegan á ser
zelos los que me pediste,
de la dama que dijiste
te quiero satisfacer.
Si tu padre te ha casado,
mi amor quiere mi desvío,
pues nunca al desvelo mio
costó su amor un cuidado.
En Burgos la hablé, y la ví,
y aun la llegué á merecer;
¿mas cómo puedo querer
á quien el nombre fingí?
Basten estos desengaños
si zelos tu enojo han sido,
que á nadie se le han pedido
zelos de amor de seis años.

Tu discurso apresurado
á tu pasion atropella,
pues solo me acuerdo de ella,
porque me la has acordado.
La satisfaccion te doy,
paga el premio de mi fé,
pues ni la he visto, ni sé
en qué parte está.

Doña Ana.

Aquí estoy;
viven los cielos, ingrato,
traidor, y mal caballero......

Don Lope.

¿Qué es, ojos, lo que he mirado? *ap.*
¿Aquí doña Ana? ¿Qué es esto?

Doña Ana.

Que has de pagarme en venganzas
lo que he escuchado en desprecios;
y supuesto que te he hallado
cuando te buscaba menos,
de mi rigor serás ruina,
y de mi agravio escarmiento.

Don Lope.

No des voces; oye, aguarda.

Doña Ana.

No me atajes.

Don Lope.

Yo prometo.....

Doña Ana.

¿Cercado de mi razon
pide partidos tu miedo?

Don Lope.

Oye; detente, señora.

Doña Ana.

Don Fernando, aquí está el dueño

de mi ofensa, y el que dió
muerte á mi hermano don Diego.

Don Lope.

Mira que me iré.

Doña Ana.

¡Ah traidor!
¡No hay quien oiga mis empeños!
¡No hay quien socorra el honor
de una muger!

ESCENA XIII.

Dichos y don Juan.

Don Juan.

¿Qué es aquesto?

Doña Ana.

¡Válgame el cielo! ¡qué miro! *ap.*
¡Viva estatua soy de yelo!

Don Juan.

O es que mis ojos no han visto, *ap.*
ni mis oidos oyeron.....

Don Lope.

O es que aquí mi sinrazon *ap.*
dejó mi acero suspenso.....

Doña Ana.

O es que porque sienta mas, *ap.*
finge apariencias el miedo.....

Don Juan.

O esta es mi hermana doña Ana, *ap.*
de tantos agravios dueño.

Don Lope.

O soy cobarde enemigo, *ap.*
pues no me irrito, ni muevo.

Doña Ana.

O este es mi hermano don Juan. *ap.*

Don Juan.

¿Pues qué aguardo? *ap.*

Don Lope.

¿Pues qué espero?
Salir es duelo forzoso. *ap.*

Don Juan.

Matarle es preciso empeño. *ap.*

Don Lope

Mas quiero ver lo que intenta. *ap.*

Don Juan.

Pero no sé, vive el cielo, *ap.*
cuál de aquestas dos ofensas
deba castigar primero:
aquí á mi hermana he encontrado,
y á don Lope tambien veo;
esta ofensa es de mi honor,
y esta parece de celos.
Una siento como ardor,
y otra guardo como incendio;
si doy á mi hermana muerte
esta venganza divierto,
y si esta vengar procuro,
la mas importante dejo.
¿Pues cómo lo hará mi fama
para recobrar de nuevo
de mi sospecha y honor,
las dos venganzas á un tiempo?

Don Lope.

Hombre, que le has suspendido
á mi valor los aciertos,
ó acomete con la lengua,
ó háblame con el acero.

Don Juan.

Pero si esta ofensa es cierta, *ap.*
y dudoso estotro afecto,

sea para mí venganza
mi honor, antes que mis celos.
Muere, ingrata, porque asi...... (1)

Doña Ana.

Señor, yo aquí.....

Don Lope.

Deteneos,
que aunque ella pidió favores
contra mí, ya estoy en tiempo,
que para librar su vida
vengo á ser quien la defiendo.

Don Juan.

Luego contra vos pidió
favor cuando salí.

Don Lope.

Es cierto.

Don Juan.

¿Luego la debeis ofensa?

Don Lope.

¿Pues á vos que os toca de eso,
siendo de don Juan criado?

Don Juan.

Que soy criado os confieso;
y siéndolo fiel, me tocan
las ofensas de mi dueño.

Don Lope.

Pues esta dama.......

Don Juan.

Decid.

Doña Ana.

Atajar el riesgo quiero, *ap.*
pues piensa que no es mi hermano,
y satisfacerle á un tiempo.

---

(1) *Saca una daga.*

En este cuarto que veis
de Inés, este caballero
(no sé yo con qué intencion)
estaba oculto, y secreto.
Yo le ví salir, dí voces,
quiso atajarme, y en esto
saliste.....

Don Juan.

Cierra los labios,
tu voz pon en tu silencio,
ó en el fondo de mi pena.
¡Qué de sospechas renuevo! *ap.*
pues cuando en tantos agravios
me voy á hallar satisfecho,
si hallo una sombra á mi honor,
hallo una luz á mis celos.
Ahora bien, cierro esta puerta,
Sancho no está en casa y puedo,
puesto que tengo ocasion,
satisfacerme yo mesmo.
Señor don Lope, sacad
la espada.

Don Lope.

Ya lo deseo, (1)
que los dos somos iguales
en llegando á los aceros;
¿pero no hay campaña?

Don Juan.

No,
que es tan ardiente mi fuego,
que si aquí con vuestra sangre
no intento apagarle presto,
cuando le quiera templar,

(1) *Sacan las espadas.*

llegará tarde el remedio.

Don Lope.

Pues riñamos.

Don Juan.

Sois bizarro. *Riñen.*

Don Lope.

No parece, vive el cielo,
vuestro valor de hombre bajo.
¿Llamaron? (1)

Don Juan.

Sí.

Don Lope.

¿Pues qué haremos?

Don Juan.

Reñir.

Don Lope.

¿No será mejor
ocultar el caso, y luego
ir á reñir á campaña?

Don Juan.

Yo nunca he mirado en riesgos
cuando riño.

Don Fernando.

Abrid aquí.

Doña Ana.

De esta ocasion me aprovecho,
abro la puerta.

Don Juan.

No abras.

(1) *Llaman recio á la puerta.*

ESCENA XIV.

Dichos y don Fernando.

Don Fernando.
Detened, parad. ¿Qué es esto?
Don Juan.
Querer matar á don Lope.
Don Lope.
Matar á un criado necio.
Don Juan.
Volver por vos, y por mí.
Don Fernando.
¡Qué es esto que miro, cielos! *ap.*
¡Don Lope oculto en mi casa!
¡Sancho aquí tan descompuesto!
Don Juan.
¡Que don Lope haya salido! *ap.*
Doña Ana.
¡Que esté mi mal sin remedio! *ap.*
Don Fernando.
¡Doña Ana ya descubierta! *ap.*
Contadme, Lope este empeño.
Don Juan.
Yo os lo contaré mejor;
pero decidme primero,
¿no ocultais en vuestra casa
á doña Ana?
Don Fernando.
No lo niego.
A su padre don Alonso,
y aun á su hermano don Diego,
debí mil obligaciones,
que hoy publico, y hoy confieso,
y con guardar á doña Ana

pagárselas todas pienso,
pues le ha de importar su honor.

Don Juan.

¿Decid, y este caballero,
segun vos decís, no es?......

Don Lope.

Soy su amigo, y soy su deudo.

Don Juan.

Y decidme, don Fernando,
siendo criado, ¿no debo
mirar en ausencia suya
por el honor de mi dueño?

Don Fernando.

Mirar debeis por su honor,
no lo dudo, ni lo niego.

Don Juan.

Pues en el cuarto de Inés,
don Lope estaba encubierto,
doña Ana de él se quejaba,
ayrado salí á este tiempo;
ó esta ofensa es de doña Ana,
ó de doña Inés el duelo.
La una ofensa es de un agravio,
la otra de honor, y de celos;
y aunque yo vengo á ignorar
cuál es de estos dos sugetos
por quien se ofende la fama
de mi dueño, cuando es cierto
que es por una de las dos,
matarle por una quiero.

Don Fernando.

Tened la espada por Dios,
que este es el mayor empeño,
que han visto las esperiencias
de mis años.

Don Juan.

¿Cómo puedo
esperaros?

Don Lope.

Acabad.

Don Juan.

¡Qué gran pena! *ap.*

Doña Ana.

¡Qué gran riesgo! *ap.*

Don Fernando.

Mas le quiero asegurar *ap.*
por doña Ana. Ya os advierto,
que de esta dama el honor,
es mas limpio que el sol mesmo;
y del duelo de mi hija
no debo satisfaceros,
porque ese duelo me toca
como á su padre; y supuesto
que tengo seguridad
de don Lope, no pretendo
satisfaceros á vos,
pues que yo estoy satisfecho.

Don Juan.

A este cuarto no hay por donde
pudiese entrar, pues yo mesmo
he estado en esta antesala
todo el dia.

Don Lope.

Vive el cielo,
que es querer con vuestro honor
apurar mi sufrimiento.
Apartad. *Embiste.*

Don Fernando.

Tened, don Lope;

porque es atrevido esceso,
que á un criado se permita
las licencias de su dueño.

Don Juan.

Dejádme matarle.

Don Fernando.

Tente,
que me corro, vive el cielo,
que tocándome á mi tanto
el honor del dueño vuestro,
de mi honor y de mi espada
desconfieis osado y necio.

Don Juan.

Ya aquí no ha de ser posible *ap.*
satisfacerme; y supuesto
que es dificil, á estas cosas
quiero arriesgar un remedio.
Supuesto que os toca á vos,
yo admito vuestro consejo;
pero á los dos, dos palabras
pedíros á un tiempo quiero.

Don Fernando.

Yo juro hácer lo posible.

Don Lope.

Y yo lo mismo os prometo.

Don Juan.

Que entregareis á doña Ana
á su hermano, es lo que os ruego;
y que vos acabareis
con don Juan aqueste duelo:
con lo cual, vengo á salir
de dos tan graves empeños,
pues á él toca conseguirlos,
y á mi toca el emprenderlos.

Don Fernando.

Yo ofrezco lo que pedis.

Don Lope.

Yo lo que ordenais ofrezco;
pero es vergüenza, por Dios,
que siendo quien sois, os demos
palabra, que será nueva.

Don Juan.

Vive Dios, que soy tan bueno
como don Juan, y que haré
que asi lo confiese él mesmo;
y yo sé que don Juan es
tan puntual caballero,
que lo que mi lengua diga,
sabrá sustentar su acero.

Don Lope.

Pues yo os prometo buscarle.

Don Juan.

El os buscará primero.

Don Fernando.

Yo á doña Ana guardaré.

Don Juan.

Hareis como noble en eso.

Don Lope.

Pues buscadme.

Don Juan.

Ya es preciso.

Don Lope.

Porque veais....

Don Juan.

Eso quiero.

Don Lope.

Que mi espada....

Don Juan.

En la campaña

obran mas, los que hablan menos.

Don Fernando.

Mi hijo es don Juan, y á don Lope *ap.*
sangre y amistad confieso.

Doña Ana.

Si digo aqui que es mi hermano, *ap.*
correrá mi vida riesgo.

Doña Inés.

Este es el primer criado, *ap.*
que por su amo tiene celos.

Don Juan.

De doña Ana he de saber *ap.*
mi agravio y matarla luego.

Don Fernando.

Juntar á los dos procuro. *ap.*

Don Juan.

¿Ah don Lope, estais resuelto
á reñir con don Juan?

Don Lope.

Sí.

Don Juan.

¿Vos guardareis con secreto
á doña Ana?

Don Fernando.

Eso aseguro.

Don Juan.

Pues buscar á don Juan quiero.

Don Lope.

Yo le aguardo.

Don Juan.

Sois valiente.

Don Lope.

Sois leal.

Don Juan.

De eso me precio.

Déme mi agravio fortuna. *ap.*

Don Lope.

Déme mi valor esfuerzo. *ap.*

Don Fernando.

Consejo me den mis canas. *ap.*

Doña Inés.

Déme mi pasion remedio. *ap.*

Doña Ana.

Déme cordura mí ofensa. *ap.*

Don Juan.

Denme venganza los cielos. *ap.*

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

SALA EN CASA DE DON FERNANDO.

Doña Ana con manto, y doña Inés deteniendola.

Doña Ana.

Dejame ir, Inés, y advierte...

Doña Inés.

Digo, que no has de pasar.

Doña Inés.

¿Qué intentas?

Doña Inés.

Quiero evitar
con mi advertencia tu muerte.

Doña Ana.

Dejame ver el rigor
de una crueldad prevenida:
mira que ha de ser mi vida
medicina de mi honor.

Doña Inés.

Esta, doña Ana, ha de ser.

Doña Ana.

Reducirte en atajarme,
mira que será matarme
por quererme defender:
temo el acero inhumano
de don Juan, que está ofendido.

Doña Inés.

Sancho, y mi padre han salido
juntos á buscar tu hermano,
y asi puedes divertir

tu mal.

Doña Ana.

Déjame, señora.

Doña Inés.

Mandóme mi padre ahora
que no te deje salir.

Doña Ana.

Si aquí me encuentra, imagina,
que don Juan me ha de matar.

Doña Inés.

En un riésgo suele estar
dispuesta la medicina.
Dí tu nuevo mal, que es mengua
morir confusa en callarle,
que para poder contarle,
es capaz toda tu lengua.

Doña Ana.

El mal que infiriendo estás
de mi fortuna enemiga,
cuando le hablo se mitiga,
y luego se enciende mas:
mayor mi desasosiego,
declarandole se fragua,
que á gran fuego echar poca agua,
es hacer mayor el fuego. *Llora.*

Doña Inés.

Manifiestame este ardor,
que callas tú, y yo recelo,
que yo te daré el consuelo
conforme al mal.

Doña Ana.

Tengo amor.

Doña Inés.

Yo tambien ese mal siento
con mas preciso dolor;

que no hay quien no tenga amor
en teniendo entendimiento.

Doña Ana.

Yo por mi honor con crueldad
á mi obligacion decente,
si no modesta, prudente
castigo mi voluntad.

Doña Inés.

Que es igual mi amor te digo
al que declarando estás;
pues que por mi honor no mas
le reprimo, y le castigo.

Doña Ana.

El mio ha de fallecer;
pues mi voz mi honor disfama.

Doña Inés.

Yo le doy sombra á mi llama
y nadie la ha visto arder.

Doña Ana.

Mayores son mis desvelos.

Doña Inés.

Mi pena ha sido mayor.

Doña Ana.

Mas pena es mi amor, que amor.

Doña Inés.

¿Qué es la pena?

Doña Ana.

Tengo celos.

Doña Inés.

Cuando ví que discurrias,
y que al tiempo que contabas
tu mal, tambien le llorabas,
conocí que le tenias:
mas ni me admiro, ni espanto,
que celos hayas tenido.

Doña Ana.

¿De qué lo has colegido?

Doña Inés.

De tu voz, y de tu llanto;
porque en la amorosa calma
de sospechas y recelos,
son el amor y los celos
las calenturas del alma,
que salen por dar despojos,
reducidos en agravios,
las de celos á los labios,
y las de amor á los ojos;
pues como en esta fortuna
dispuestas siempre y abiertas
el alma tiene dos puertas,
y amor no cabe por una;
para no suspender tanto
los dos su afecto veloz
los celos buscan la voz,
y el amor elige el llanto.

Doña Ana.

Pues otro mal hay aquí,
que aflige mas mis desvelos,
que de quien tengo estos celos,
es........

Doña Inés.

De quién, dílo.

Doña Ana.

De tí.

Doña Inés.

¿Pues dí de qué has colegido
esos celos, y por qué?

Doña Ana.

Porque á don Lope encontré
dentro en tu cuarto escondido,

Doña Inés.

¿Y yo estaba dentro?

Doña Ana.

No;
mas mi amante, ó mi enemigo,
pensó que hablaba contigo,
y su amor me declaró;
pues de aquel mismo desdén
mayor mi sospecha se hace,
porque aquel que satisface,
ó es querido, ó quiere bien.

Doña Inés.

Un desengaño mayor
es preciso que se arguya
en esta sospecha tuya.

Doña Ana.

¿Qué es?

Doña Inés

Que ya tengo amor.

Doña Ana.

¿Y así, mi pena y mi afan,
cómo apagará esta llama?

Doña Inés.

No hay dama que quiera á dama,
que ha querido á su galan;
y así, por seguro ten,
que en mí no hay afecto tal,
pues yo te quisiera mal,
si yo le quisíera bien.

Doña Ana.

Celos he tenido aquí;
pero mal de ellos infieres,
pues no digo que le quieres,
sino que él te quiere á tí.

Doña Inés.

Pues si él traidor, ó infiel,
tu honor y amor ha ofendido,
esos celos que has tenido,
no son de mí sino de él.

Doña Ana.

Remedia mi pena fiera.

Doña Inés.

Yo lo mas que puedo hacer,
es llegarle á aborrecer,
no hacerle que no me quiera;
y mejor te estaba á tí
si me despreciára cruel,
que yo le quisiera á él,
que no que él me quiera á mí.

Doña Ana.

Dices bien; déjame, pues
no remedio tanto ardor,
por el riesgo de mi honor,
irme de tu casa, Inés.

Doña Inés.

Vive Dios, que no te has de ir;
y ahora tu mal infiera
que si á don Lope quisiera,
yo te dejára salir.

Doña Ana.

Tanto un riesgo se previene,
que decírtelo no puedo.

Doña Inés.

Tu fama cure á tu miedo.

Doña Ana.

Don Juan no es don Juan.

Doña Inés.

El viene.

Doña Ana.

Pues tú no me has de esconder,
si librar quieres mi vida,
adónde estuve escondida.

Doña Inés.

Eso, doña Ana, ha de ser;
por esa falsa escalera
se vá á un cuarto principal;
espérame en él.

Doña Ana.

Mortal
mi alivio tu alivio espera. *vase.*

Doña Inés.

Para verle en ocasion,
que no me vé, prevenida
quiero escucharle escondida. *Escóndese.*

ESCENA II.

Sancho.

Despues de Dios, bodegon:
luego dirán, que es deshonra
comerlo allí sin sabor.
¡Bendito seais vos, señor,
que no me habeis dado honra!
En ser hombre desigual,
por mas me vengo á tener;
porque yo mas quiero ser
pícaro que cardenal.
Esto tengo por mas bueno,
que ser señor, y aun reynar;
que allá suele en el manjar
disimularse el veneno.
Pues ser pícaro dispongo,
que como Lope advirtió,

á ningun hombre se vió
darle veneno en mondongo.
Yo me entro á ser mas profundo,
y yo me entro á discurrir,
porque esto me ha de pudrir,
que se use honra en el mundo.
¿Porqué uno llegue á plantar
(dejemos á un lado miedos)
en mi cara cinco dedos,
le tengo yo de matar?
Pues respóndanme, ¿por qué?
si hay barbero que me pone,
cuando afeitarme dispone,
como á un san Bartolomé,
y llega con su navaja,
que sabé Dios donde ha andado;
y en fin, despues de afeitado,
me toma el rostro, y me encaja
cuatro ó cinco bofetones.
¿Porqué en otras ocasiones
hay duelo, é indignacion,
no es mejor un bofeton,
que quinientos bofetones?
¿Que aquestos duelos prosigan,
que sea el mentir afrenta,
que no importa que yo mienta,
y importa que me lo digan?
¿Que haya en el mundo este afan?
¿Que este uso en los hombres haya?
Señor, aun los palos vaya,
que duelen cuando se dan.
Duelista, que andas cargado
con el puntillo de honor,
¿dime, tonto, no es peor
ser muerto, que abofeteado?

Y que á la muerte tan ciertos
vayan, porque el duelo acaben,
bien parece que no saben
los vivos lo que es ser muertos.

ESCENA III.

Sancho y Beatriz.

Beatriz.
Seais don Juan bien venido.
Sancho.
Beatriz, va de pundonor.
Beatriz.
Don Lope con mi señor,
á buscaros han salido,
y Sancho vuestro criado.
Sancho.
¿Qué me querian?
Beatriz.
No sé.
Sancho.
No me encontraron, porque
hoy he sido convidado.
Beatriz.
Vuestro suegro, y dueño mio,
aquesta llave que veis,
me dió para que os bajeis
al cuarto que está vacio.
Que será alegre os alabo;
quiere que abajo habiteis;
pero buen cuarto teneis.
Sancho.
Para mí basta un ochavo.
Beatriz.
Ya voy á bajar la cama.

Sancho.

¿Y en fin, por qué la bajais?

Beatriz.

Porque no es bien que vivais
en el cuarto de mi ama.
Todos este yerro ven,
y que no estando casado,
será en la corte notado,
que durmais arriba.

Sancho.

Bien;
dadme la llave.

Beatriz.

Tomad.

Sancho.

¡Lo que á servirme se humilla! *ap.*
Quereis creerme, Beatricilla,
que te tengo voluntad;
si, juro á Dios.....

Beatriz.

¡Qué me dices!
¿Amor me tienes á mí?

Sancho.

Beatriz, desde que nací
fuí inclinado á Beatrices.

Beatriz.

¿Qué á mí con afecto tal,
quererme tu engaño intente?

Sancho.

En siendo el amor corriente,
busco la dama usual.

Beatriz

Que no he de quererte, digo;
ni en mi ha de caer tal mancha.

Sancho.

Porque la ruego se ensancha ; *ap.*
¡ que bien decia un amigo!
que el que quisiere vencer
cualquier gorrona , al llegar ,
no la procure rogar ,
si la puede acometer.
¿ En fin , no te persuades
á pagar mi amor honesto ?

ESCENA IV.

Dichos y doña Inés.

Beatriz.

No.

Sancho.

Pues embisto.

Doña Inés.

¿ Qué es esto ?

Sancho.

¿ Esto ? Nada ; mocedades.

Doña Inés.

¿ Pues cómo habeis profanado
mi opinion , y fama toda ?

Sancho.

Como se alarga la boda ,
anda el hombre endemoniado.

Doña Inés.

¿ Vuestra voluntad ingrata ,
como mi honra atropella ?

Sancho.

Yo no lo hacia por ella ,
sino por tenerla grata.

Doña Inés.

Advertid...

ESCENA V.

Dichos y don Fernando.

Don Fernando.
Señor don Juan.
Sancho.
Don Fernando, bien venido.
Don Fernando.
A buscaros he salido.
Sancho.
¿Qué hay de nuevo?
Don Fernando.
Hoy cesarán *ap.*
mis dudas.
Sancho.
Acabad, pues.
¡Qué querrá este viejo hablar! *ap.*
Don Fernando.
Solos hemos de quedar:
vete, Beatriz, vete, Inés.
Sancho.
Pues no se me ha de escapar *ap.*
la Beatricilla tirana
Doña Inés.
Bajo á buscar á doña Ana; *ap.*
yo la voy á consolar.

ESCENA VI.

Don Fernando y Sancho.

Don Fernando.
¿Cómo no le digo, pues, *ap.*
de mi agravio estos estremos?
Sancho.
¿Señor suegro, qué tenemos?

Don Fernando.

Un empeño grande.

Sancho.

¿Y es?

Don Fernando.

Que al campo vais os exhorta
mi celo, que os desengaña.

Sancho.

¿Pues qué importa ir á campaña?

Don Fernando

Es á reñir.

Sancho.

¿Eso importa?
Mas si obedeceros trato,
¿por qué irritarme quereis?

Don Fernando.

Porque un agravio teneis.

Sancho.

Vos sois grande mentecato.

Don Fernando.

¿Pues decid, de qué inferís
ser yo necio, y poco sabio?

Sancho.

¿Si yo no sabia mi agravio,
para qué me lo decís?

Don Fernando.

O atrevido ó inhumano,
que le deis la muerte espero,
porque está aquí el caballero,
que dió muerte á vuestro hermano;
y fuese valor, ó suerte,
cuando matarle intentó,
en vuestra casa le dió
á oscuras sangrienta muerte.

Sancho.

¿A oscuras fué?

Don Fernando.

A oscuras fué.

Sancho.

Pues no quiero acometerle.
que si aquel mató sin verle,
¿qué hará de mí si me vé?

Don Fernando.

No vengaros será ultrage,
y aun cobardía será.

Sancho.

¿No mirais que sabe ya
cómo matar mi linage?

Don Fernando.

Que ese es temor imagino.

Sancho.

Pues tomar venganza espero:
¿quién es ese caballero?

Don Fernando.

Es don Lope mi sobrino.

Sancho.

Oh, pues si don Lope es,
templóse mi enojo ardiente,
basta ser vuestro pariente
para echarme yo á sus pies.

Don Fernando.

Que tomeis venganza elijo,
ó indignado, ó valeroso;
que siendo de Inés esposo,
mas sois vos, pues sois mi hijo.

Sancho.

Pues á morir se prevenga,
que ya amatarle me arrojo.

Don Fernando.

No tan presto.

Sancho.

Oh, si me enojo,
no hay demonio que me tenga.

Don Fernando.

Con otra ofensa profana
vuestra nobleza

Sancho.

Pues bien.

Don Fernando.

Hay otro agravio tambien.

Sancho.

¿Y es?

Don Fernando.

Que ofendió á vuestra hermana.

Sancho.

¿Cierto?

Don Fernando.

Podéislo creer.

Sancho.

Pues ya perdonarle intento.

Don Fernando.

¿Por qué?

Sancho.

Porque es juramento
de no reñir por muger.

Don Fernando.

¿Esa es la llama inhumana
con que vuestro enojo ardió?

Sancho.

¿Señor, he de andarme yo
hecho un rufian de mi hermana,
si por mis pecados negros
hace de mi muerte alarde?

Don Fernando.

Vive Dios, que sois cobarde.

Sancho.

Esto no toca á los suegros.

Don Fernando.

Si toca.

Sancho.

¡Hay tal matarme!
Suegro cisma, y suegro eterno,
si porque he de ser tu yerno
procuras despavilarme,
haces mal, que es sin razon,
porque un duelo satisfaga,
que este yernecidio se haga
antes de la posesion.

Don Fernando.

Sancho palabra le ha dado
de reñir por vos aquí.

Sancho.

Pues que la cumpla por mí,
si la ha dado mi criado.

Don Fernando.

¿Asi un honor se desdora?
¿No reñís por vuestra hermana?

Sancho.

Señor, reñir quiere gana,
y yo no la tengo ahora.

Don Fernando.

Vive Dios.

Sancho.

¡Hay tal porfia!

Don Fernando.

¿Que así un temor os reporta?

Sancho.

¿Hombre, ó suegro, que os importa

que yo me salga á matar?

Don Fernando.

Que cuando esposo os elijo
de Inés; viendo esa templanza,
ó habeis de tomar venganza,
ó no habeis de ser mi hijo:
y sin que se satisfaga
el duelo, no hay que pensar,
que no os tengo de casar.

Sancho.

Oye; de ese mal me haga,

Don Fernando.

¡Vive Dios!

Sancho.

¡Hay tal infierno
de hombre!

Don Fernando.

Cobarde, villano.

Sancho.

No se tome tanta mano
usted, que aun no soy su yerno.

Don Fernando.

La muerte daros sabré,
porque aunque me estoy templando...

ESCENA VII.

Dichos y don Juan.

Don Juan.

¿Qué es aquesto, don Fernando?

Don Fernando.

Escuchad, y os lo diré:
porque tome recompensa
hoy de su honor ofendido,
á vuestro dueño le pido,

*

que satisfaga està ofensa.
Pero hace tanto desprecio,
con saber ya su enemigo,
que al verle remiso digo
que es cobarde, ó que es muy necio.
Y puesto que tan templado
deja vivo un deshonor,
pues no sabe ser señor,
ser señor, y ser criado,
cuerdo podeis enseñarle
á cumplir con su opinion.
Esta fue mi obligacion,
don Lope espera en la calle,
hacedle tener valor,
criado á un tiempo, y amigo,
que aunque es grande su enemigo,
es el agravio mayor.
Irritadle vos aquí,
pues templado se reporta;
que aunque á mí su honor me importa,
á él le importa mas que á mí.

Don Juan.

¿Pues decirme, como sabìo,
que otro agravio hay que vengar?

Don Fernando.

Don Juan le podrá contar,
que don Juan sabe el agravio.

ESCENA VIII.

Don Juan y Sancho.

Don Juan

Sancho amigo, ¿qué es aquesto?

Sancho.

¿Fuese?

Don Juan.

Ya se fué.

Sancho.

Pues hablo;
dejemos aparte ahora
ficciones y disparates,
de mi amor y obligacion
las bien seguras lealtades;
no es tiempo de burlas este.
¿Dime, no desafiaste
por mí esta tarde á don Lope?

Don Juan.

Sin llegar á declararme
le desafié.

Sancho.

¿Por qué?

Don Juan.

Mis sospechas se declaren;
porque de Inés en el cuarto
le hallé atrevido y amante.

Sancho.

¿No reñiste con él?

Don Juan.

No,
hasta hacer seguro examen
de su intento, y de una ofensa,
que es fuerza que honor te calle.

Sancho.

Pues, señor, ahora es tiempo
que tu acero tu honor lave,
que las manchas del honor
las saca el valor con sangre.
Estrena la indignacion,
pon la razon de tu parte,
no se ultrage tu valor

ya que tu honor se profane,
Don Lope ofende tu fama,
tu acero intentó matarle;
que aunque tus zelos ignoras,
ignoras lo que mas sabes.
Aprovecha la ocasion,
sino quieres que se pase;
su acero espera tu acero,
matarle intenta arrogante;
sino te hallare sangriento,
determinado te halle.
Procura...

Don Juan.

Calle tu voz;
mis oidos no embaraces,
porque segun me aconsejas,
parece que estoy cobarde.
¿Dí, qué ofensa puede ser,
que á la de zelos se iguale?

Sancho.

La del honor.

Don Juan.

Dices bien;
que en dos estremos tan grandes,
respeto el un mal del otro,
son cuando mas tibias arden,
las ofensas fuego activo,
los zelos ceniza facil.
Mas dime Sancho.

Sancho.

Señor.

Don Juan.

¿Dime, aquesta ofensa nace
de mis zelos?

Sancho.

No, señor;
de otro agravio.

Don Juan.

No profanes
el sagrado de mi oido,
ó harás que intente matarte.

Sancho.

En mi vida, como tuya,
te he de permitir que mandes;
y no te quiero decir,
ó tu desdoro, ó tu ultrage,
porque no podrás oirle,
ni yo he de poder contarle.

Don Juan.

Bien haces, que si un agravio
es del honor, al contarle,
se hace el valor sentímiento;
pero cuando no se sabe
el nervio dél, el dolor
valor atrevido se hace;
y si sabido, ha de ser
mi valor dolor, mas vale
que el dolor se haga valor,
porque me irrite, y le mate.
¿Y dí, don Fernando ahora
qué intenta?

Sancho.

Desagraviarte;
con ser su sangre don Lope;
procura vengar tu sangre.

Don Juan.

¿Y esta ofensa que tu callas,
y que adivinan mis males,
sábenla ya todos?

Sancho.

Si.

Don Juan.

¡O, aqueste incendio me abrase!

Sancho.

Y don Lope, tu enemigo,
me está esperando á que baje,
pensando que soy don Juan.

Don Juan.

¿Cómo haré para matarle,
donde sepan mi venganza,
los que mis desdichas saben?

Sancho.

Sacale á campaña.

Don Juan.

No;
porque aunque se satisfacen
en el campo las venganzas,
en casos de honor tan graves,
aunque venza á mi enemigo,
no quiero yo aventurarme,
á que no se cuente bien,
que allí no lo mira nadie;
y con mirarlo y saberlo,
hay en Madrid lenguas tales,
que cuentan los vencimientos
á la luz de los desaires.

Sancho.

Pues, señor, ya no se usa
sacar la espada en la calle;
que en las calles de la corte
todas las guerras son paces.

Don Juan.

Si yo tuviera una casa
donde poder encerrarme

con él...

Sancho.

Espera, señor.

Don Juan.

¿Por qué?

Sancho.

Porque en este instante
se te cayó la pendencia
en la miel; aquesta llave
es de un cuarto de esta casa,
que aunque es bajo, es cuarto grande:
ahora me la dió Beatriz,
y dijo, que me bajase
á habitar en él; tú puedes,
pues él te espera, encerrarte
con él, que si le das muerte,
Inés, y su viejo padre,
han de saber tu venganza
y tú has de quedar triunfante.

Don Juan.

Dices bien; pues baja, Sancho,
y llámale.

Sancho.

Es disparate
en cosas que importan tanto:
ya bien puedes declararte;
baja, y dí, que eres don Juan.

Don Juan.

En vano me persuades,
que si por solo unos zelos
encubrí mi nombre amante,
¿cuanto mas justo será,
que por mi honor me disfrace?
Y así, en tanto que vengado
todo este volcán se apague,

sabe tú sufrir mi nombre,
pues yo sé pasar mi ultrage.

Sancho.

¿Dí, qué quieres hacer?

Don Juan.

Esto;
dame ahora aquesa llave.

Sancho.

Toma;
¿qué intentas? Acaba.

Don Juan.

Ahora es fuerza que bajes
á desafiarle, que yo
oculto quiero aguardarle
dentro del cuarto escondido;
y una industria ha de vengarme,
que has de ver.

Sancho.

¿Dime, Señor,
en fin, he de desafiarle?

Don Juan.

Si.

Sancho.

¿Y si le diese una priesa
de reñir, y al mismo instante
desatacase la espada,
cómo quieres que le ataje?

Don Juan.

Hazle señas desde lejos,
que él te seguirá al instante.

Sancho.

¿Y dí, si es corto de vista,
y no viese las señales,
qué quieres que haga, señor?

Don Juan.
Ya eso es pasar á cobarde.
Sancho.
No es sino ser advertido.
¿En fin, quieres esperarle?
Don Juan.
Dentro del cuarto estaré.
Sancho.
Mira que al entrar no aguardes
que él embista; embiste tú,
que temo que se adelante.
Don Juan.
Parte al punto.
Sancho.
A obedecerte
voy como leal.
Don Juan
Verásme,
si el cielo quiere, vengado;
que aunque no quiero escucharte
este agravio, mis discursos
son profetas de mis males.
Sancho.
Pues señor, voy por don Lope.
Don Juan.
Pues ya yo voy á esperarle.
Sancho.
Soy tuyo.
Don Juan.
Hoy he de premiar
tu lealtad.
Sancho.
No me la pagues;
mucho mas que yo en servirte
vienes á hacer en mandarme.

Don Juan.

Sancho, á Dios.

Sancho.

Señor, á Dios:
El por quien es, hoy me saque
de ser criado, y señor;
no sea el demonio que paguen
los Sanchos aquesta vez
lo que hicieron los don Juanes.

ESCENA IX.

Beatriz.

Vino la señora noche,
muy preciadita de madre
de las sombras, mas cerrada
que colegio de estudiantes;
y á este cuarto principal,
he bajado en este instante
de don Juan, y su criado
las camas. Aquí no hay nadie
que me escuche, aunque doña Ana,
y mi señora, no saben
en ese jardin ocultas
los intentos de su padre;
mas ha de un hora que están
hablando; plegue á Dios que hablen
mas que soldados que vienen
de los estados de Flandes.
Yo solamente no tengo
á quien le cuente mis males;
pues vaya de soliloquio
que en cuantas comedias se hacen
no he visto que las criadas

lleguen á soliloquearse. (1)
Este criado, este hombron,
de linda presencia, y talle,
me aficiona por lo tosco,
y pica por lo arrogante.
He dado en pensar, que es
desgarrado, y algo jaque,
y los bravos solamente
son los que me satisfacen.
Lleve el diablo á las mugeres,
que quieren lindos vergantes;
¿para que es bueno un tacaño,
que se esté mirando el talle
desde el alba hasta la noche,
que presume que te hace
el amor de merced solo
en permitir que le hables?
¿No es mejor un bravo, que entra
muy zayno, y dice: ¿qué hace? =
¿Qué quiere que haga á las diez
de la noche yo? esperarle. =
¿No he dicho, que no me espere? =
¿Pues qué he de hacer? = Acostarse.
Y luego al punto me pega,
juntico de los gaznates,
seis manotadas ¿qué no?
¿El habia de tocarme
en el pelo de la ropa? =
¿Oye? = Bien oygo. = Que calle
le digo. = No he de callar;
en mi casa estoy, infame. =
Mire no demos al diablo
de comer. = Con lo que él trae,

(1) *Pone la luz sobre un bufete.*

ni de cenar le daremos.
Y en fin, con lindo donaire,
en bofetadas, y coces,
me dá seis pares de pares.
Esta es vida, y este es hombre:
pasemos mas adelante.
Llama un melifluo á la puerta;
¿Quién llama? ¿quién es? = Yo, abre.
Entra, y lo primero es,
irse al espejo á mirarse.
Llégase luego la dama
y si ella quiere abrazarle,
dice: mira esta valona,
no sea que me la ajes.
¡Qué haya quien quiera á estos mandrias!
¡Qué haya muger que los hable,
pudiendo cualquiera dama
tener, si quiere buscarle,
no lindo que la requiebre,
sino hombre que la maltrate;
que si he de hablar la verdad,
las bofetadas me saben
(si son á tiempo) mejor
que gallinas, y faisanes.
Pues volviendo á este criado (1)
digo... Mas la puerta abren
por defuera, ó yo me engaño;
y porque ahora no hallen
á doña Ana, y mi señora,
presumo que es importante
echar este cerrojillo,
y avisarlas que se guarden. (2)

---

(1) *Meten una llave por la puerta de adentro.*
(2) *Echa el cerrojillo que ha de haber.*

Cé, señora. cé, doña Ana.

ESCENA X.

Beatriz, doña Ana y doña Inés.

Doña Inés.
¿Qué hay Beatriz?
Beatriz.
¿No ois la llave
con que abren la puerta?
Doña Inés.
Si.
Beatriz.
Pues subid, antes que llamen,
por esta escalera falsa.
Doña Inés.
A mi me ímporta quedarme
en aquesta cuadra oculta.
Beatriz.
En la escalerilla es facil.
Doña Ana.
¿No ves que pudiera acaso
bajar por ella tu padre?
Doña Inés.
Pues volvamos al jardin.
Beatriz.
¿Abriré la puerta?
Doña Inés.
Abre,
que desde aquí escucharemos,
para saber cuanto pase. (1)

(1) *Vanse las dos por donde se vinieron, y Beatriz tira el cerrojo y vase tras ellas.*

Beatriz.

Tiro el cerrojo, y escurro
la bola hácia aquesta parte.

ESCENA XI.

Don Juan.

No acertaba por Dios á abrir la puerta;
ahora importa que se quede abierta;
poner la llave intento por de dentro.
Ya mi venganza halló felice centro.
En esta alcoba elijo recatado
prevenirle mi industria á mi cuidado;
ya llegan, y yo quiero
prevenir á mi honor mi ardiente acero:
hoy cobrará dichosa mi esperanza,
ó la satisfaciom, ó la venganza. *Escóndese.*

ESCENA XII.

Sancho y don Lope.

Don Lope.

Ea, señor don Juan, solos estamos;
ya es tiempo que cumplamos,
pues son precisas las obligaciones,
de una ofensa las dos satisfacciones;
y hallar quisiera para no ofenderos,
medio para poder satisfaceros;
pero pues ya supisteis vuestro agravio,
pase al acero la pasion del labio,
que á una ofensa juzgada,
satisface la lengua de la espada.
Por una parte intento provocaros,
y por otra tambien cuido templaros;
que hoy temo vive Dios, (decirlo quiero)

vuestra razon, aun mas que vuestro acero.

Sancho.

Por san Cosme bendito, que he entendído *ap.*
que abrió mi amo la puerta, y que se ha ido.

Don Lope.

Ea, irrite el acero vuestro brio.

Sancho.

Esto no quiere priésa, señor mio.
El se fué, que dejó la puerta abierta. *ap.*

Don Lope.

Acabad, y cerremos esa puerta.

Sancho.

Esperad.

Don Lope.

Ya la cierro. *Ciérrala.*

Sancho.

Entre puertas yo llevo pan de perro. *ap.*

Don Lope.

Avivad de este fuego las cenizas.

Sancho.

Mas estocadas hay que longanizas,
tiempo hay harto, señor, por Jesucristo.
Junto á esta puerta á mi señor he visto. *ap.*
¿ Ea, señor, qué esperas?
porque este hombre ha de darme para peras.

Don Juan.

Empieza, riñe para asegurarlo.

Sancho.

¿ Y si acaba conmigo al empezarlo?

Don Lope.

¿ No vibrais el acero penetrante?

Sancho.

Estoy haciendo cólera bastante.
Sal, que ya empiezo.

Don Lope.

¿Qué es aquesto?

Sancho.

Nada;

dejadme enderezar aquesta espada.

Don Lope.

Que suspendais vuestro valor me pesa.

Sancho.

Tuercese facilmente, es genovesa.

Don Lope.

Acabad.

Sancho.

Vive Díos, que un real no vale.

¿A que espera mi amo que no sale? *ap.*

Don Lope.

Que no le importa, á vuestro brío infiero,

que el valor obra mas, que no el acero.

Don Juan.

¡O cielos, quién pudiera *ap.*

reñir aquí con él, sin que me viera! (1)

Sancho.

Ea, pues.

Don Lope.

Sois valiente y arrojado.

Sancho.

Helo sido, mas ya se me ha olvidado.

Ea, señor, arrojate valiente.

Don Lope.

Bien reñís, vive Dios.

Sancho.

Bonitamente.

Don Lope.

¿Pues como á mis impulsos no os provoco?

---

(1) *Riñe Sancho con don Lope, y retirase.*

Sancho

Mal me trata. *ap.* Esperad, tened un poco.
¿Mi amo, en que imagina? *ap.*
Vive Cristo, que pienso que es gallina.

Don Lope.

¿Decid, pues, qué os ataja, ú os divierte?

Sancho.

¿Vos no le disteis á mí hermano muerte
á oscuras?

Don Lope.

Sí.

Don Juan.

Buen medio ha elegido *ap.*
para reñir, y no ser conocido.

Sancho.

Pues mi cordura á mi valor ataja,
que yo no he de mataros con ventaja:
á oscuras fué el matarle por vengaros,
y á oscuras, vive Dios, he de mataros. (1)
Ea, señor, ahí tienes tu enemigo,
toma en él la venganza, ó el castigo.

Don Juan.

Mataréle, pues hoy quiere mi suerte
satisfacer mi fama con su muerte.

Sancho

Pues yo, donde él estaba estoy seguro.

Don Lope.

La luz muestra sus rayos en lo oscuro;
mas valiente por Dios os he advertido.
¡Viven los cielos, que me habeis herido!

Dentro don Fernando

Ola, Beatriz.

( ) *Mata la luz, sale don Juan, riñe á oscuras on Lope, y este sale herido.*

Don Juan.

Que bajan luz recelo. *ap.*

Don Lope.

Yo he de vengar mi sangre, vive el cielo.

Don Juan.

Sancho, sal otra vez.

Sancho.

¿Qué dices?

Don Juan.

Presto. *Escóndese.*

ESCENA XIII.

Don Lope, Sancho y don Fernando.

Don Fernando.

Detened, esperad, don Juan; ¿qué es esto?

Sancho.

Esto, matar aquel que me ha ofendido.

Don Lope.

Y yo vengar mi sangre.

Don Fernando.

¿Estais herido?

Don Lope.

Si estoy.

Don Fernando.

¿Es cuchillada, ó estocada?

Sancho.

En mi vida he tirado cuchillada,
que es de bobos, y yo riño prudente.

Don Fernando.

No os tuve, vive Dios, por tan valiente.
¿Dónde es?

Don Lope.

En este brazo es la herida.

Sancho.

Esa es mi herida; no la erré en mi vida.

Don Fernando.

¿Y ahora vuestra ofensa impía,
que es lo que pretende hacer?

Don Lope.

Yo quiero satisfacer
con vuestra sangre la mia.

Don Fernando.

Uno airado, otro ofendido;
volved nobles á arrojaros,
que mucho mas que á aplacaros,
á irritaros he venido.
Que si al bajar arrojado,
hallo solos á los dos,
de ninguno, vive Dios,
me pienso poner al lado.
Entre los dos igualmente,
neutral mi pasion obligo;
uno es mi sangre, y amigo,
y otro mi amigo, y pariente.
Y puesto que no se vé
(segun de los dos recelo)
satisfecho vuestro duelo,
reñid, que yo os miraré.

Don Lope.

Pues es tan cuérdo, admitir
es fuerza vuestro consejo.

Sancho

En efecto aqueste viejo
me ha hecho por fuerza reñír.

Don Lope.

Ya la ira me obliga aquí
á irritaros inhumano,
yo dí muerte á vuestro hermano,

y á vuestra hermana ofendí;
y así, atrevido y osado
todo mi amor os provoca.

ESCENA XIV.

Dichos y don Juan.

Don Juan.

Esa venganza le toca
solo á don Juan de Alvarado;
y así el acero indignad.

Don Lope.

¿Pues quién es don Juan aquí?

Don Juan.

Yo soy don Juan.

Sancho.

Es así.

Don Lope.

¿Y este es Sancho?

Sancho.

Así es verdad.

Don Juan.

Bien pude disfrazar yo,
oculto como criado,
un agravio adivinado,
pero averiguado no.
Y así, para castigarle,
me hizo esfuerzos el sentirle;
que una cosa es presumirle,
y otra cosa es escucharle.
Que soy don Juan, bien se vé,
y tambien á oscuras fuí
el que primero os herí
y el que ahora os mataré.
A mi sospecha ofendida,

tiró el indicio otra flecha;
y así vengué la sospecha
con la sangre de esa herida.
Mas ya que escuchó mi suerte
mi agravio de vuestro labio,
para sanear el agravio,
he de comprar vuestra muerte;
y así las satisfacciones
prometidas se verán:
mirad si sabe don Juan
cumplir sus obligaciones.

Don Fernando.

¿Decid, por qué cauteloso
tan oculto habeis estado?

Don Lope.

¿Por qué habeis disimulado
el nombre?

Don Juan.

Estuve celoso.

Don Fernando.

¿Pues de quién los celos son?
Decid el indicio aquí.

Don Lope.

¿De quién?

Don Juan.

Dé vos, pues os ví
bajar por ese balcon.

Don Lope.

¿Vos lo visteis?

Don Juan.

Y despues,
ó amante ó determinado,
os hallé oculto, y cerrado
dentro del cuarto de Inés.

Don Lope.

¿Pues por qué se declaró,
guardando ardor tan violento,
aquí vuestro sentimiento?

Don Fernando.

¿No teneis ya celos?

Don Juan.

No.

Don Lope.

Pues publiquen vuestros labios
estos dudosos recelos:
¿por qué no teneis ya celos?
Decid.

Don Juan.

Porque tengo agravios.
Amor tuve con desvelos
iguales á mi dolor,
y así como en el amor
hallan propiedad los celos,
á un tiempo advertí, y dudé
cautelosamente sabio;
pero en sabiendo mi agravio,
de mis celos me olvidé.
Que si en dudas, y recelos
de aquel repetido ardor,
hay celos donde hay amor,
donde hay agravios, no hay celos.

Don Lope.

Aunque ya como enemigo
vibrais la espada en la mano,
advertid, que vuestro hermano
era mi mayor amigo;
y que á obscuras, torpe, y ciego,
á don Diego muerte dí:
pero como no le ví,

no supe que era don Diego.

Don Fernando.

Y en mi crédito se allana
esta verdad, que es abono.

Don Juan.

Pues está ofensa os perdono,
y paso á la de mi hermana.
Hoy mi venganza me llama,
mucho mas que mi rigor;
mi hermana está sin honor,
y mi honor está sin fama:
y á satisfacer primero
el duelo esta ofensa aspira;
que esta pasion pide ira,
y esta ofensa pide acero.

Don Lope.

Cuando yo ofendí á doña Ana,
de un error nacieron dos,
que tampoco, vive Dios,
supe que era vuestra hermana;
que antes perdiera la vida
avergonzado, y corrido

Don Juan.

¿Y por no haberlo sabido,
deja de estar ofendida?

Don Lope.

Ahora bien, ahora os muestro
lealtad con que os mitigo;
pues don Diego fué mi amigo,
yo lo quiero ser mas vuestro.
¿Si por templar los recelos
de vuestros discursos sabios,
os quitase los agravios,
quedariais vos con celos?
¿Decid, no los templareis,

si hallais nuevas recompensas?

Don Juan.

Acabadas las ofensas;
tengo amor, y los tendré.

Don Lope.

¿Y si con nuevos desvelos,
que han de pronunciar los labios,
satisfago los agravios,
y satisfago los celos,
no corregirá advertida
hoy vuestra sospecha fiera,
duelo, y amor?

Don Juan.

Eso fuera
darme honor, y darme vida;
y mitigareis así
todas mis sospechas.

Don Lope.

Pues
sabed, que yo quise á Inés,
y Inés no me quiso á mí.
Beatriz, viendo mi pasion,
viéndome á su amor rendido,
por dos veces me ha escondido
en el cuarto, y el balcon.
Y puesto que honores gano,
á satisfacer se allana,
con la mano de doña Ana,
la sangre de vuestro hermano.
Y si al sí de nuestros labios
doña Ana mi esposa es,
siendo vuestra doña Inés,
ni habrá celos, ni habrá agravios.

Don Juan.

Nuevo honor en eso gano.

¿Pues dónde las dos están?

ESCENA XV.

Dichos, doña Inés y doña Ana.

Doña Inés.
Esta es mi mano, don Juan.
Doña Ana.
Esta, don Lope, es mi mano.
Don Juan.
Así mi honor se remedia.
Don Lope.
Ya no es mi amor tan ingrato.
Sancho.
Pues vuélvame mi retrato,
y tenga fin la comedia;
y acabarla presto es
porque un vitor alcancemos,
que Beatriz y yo podemos
irnos á casar despues.

Donde hay agravios no hay zelos.

Esta comedia es una de las mejores de don Francisco le Rojas, no solo por el interés que inspira su arguaento, sino por la regularidad del plan y la conduca de la fábula. Desde la primera escena, en que se esone con sencillez y brevedad el argumento y empieza ı accion, camina esta á su fin progresivamente, sin pisódios ni interrupcion alguna. Don Juan viene á ısarse á Madrid enamorado de doña Inés por su reato: apenas se apea va á su casa á visitarla á media oche, al mismo tiempo que vé descolgarse un hombre sde su balcon á la calle: celoso entonces de su ama-ı, y deseando averiguar las sospechas que ha concedo resuelve valerse de la equivocacion que cometió ıncho remitiendo desde Burgos á doña Inés el retrato yo en lugar del de su amo. Don Juan se encarga, ıes, de representar el papel de Sancho y le obliga á ıgirse y presentarse en su lugar. De este modo forma poeta la intriga de su comedia, cuyo título justifica spues, cuando sabiendo don Juan que es don Lope ıien engañó á su hermana doña Ana y mató á su herano don Diego, olvida los celos y trata solo de venr sus agravios. Ya se conoce, por esta breve esposin que el asunto es por sí mismo interesante: falta e el poeta le desempeñe con acierto. Como suponemos mpre que nuestros lectores se enteran primero de Comedia y forman su juicio antes de leer el nues-ı, no trataremos ahora de aplicar determinadamenlos principios del arte, ni molestaremos su atencion obando con razones de mil especies que ha sido muy ıto el placer que han esperimentado en su lectura.

Las situaciones en que pone el poeta á sus perıages, acreditan su talento. La llegada de doña

Ana á casa de don Fernando solicitando su amparo y su favor contra el hombre que la ha burlado; la declaracion de don Lope á su tio, y sus solicitudes é inteligencia con Beatriz para conseguir el cariño de doña Inés, aumentan el interés y los obstáculos, y sin ofuscar la accion, producen escenas variadas é interesantes. No luce poco el ingenio de Rojas en esta parte. El encuentro de doña Ana con don Lope, y el de don Juan con entrambos en las tres últimas escenas del acto segundo, nada dejan que desear al espectador, y preparan perfectamente el desenlace. Hay otras muchas dignas de atencion. Véanse casi todas las del acto tercero.

Los caracteres son variados y están bien desenvueltos. El de doña Ana nos parece un poco débil, y el de don Juan le hubiera pintado con mas fuerza don Pedro Calderon. Los mas originales y mejor desempeñados, son los de Sancho y Beatriz En ellos manifiesta Rojas su ingenio y agudeza: están llenos de gracias y sales cómicas. No podemos negarnos al gusto de repetir algunos pasages que nos agradan sobremanera.

Acto I. Escena I.

Don Juan.

Ya su belleza acredita
lo que en ella puede haber.

Sancho.

Oyes, la propia muger
no ha de ser mas que bonita;
y que ha de tener sabrás
semblante modesto y casto,
y hermosura para el gasto
de su marido no mas.

Acto II. Escena II.

Beatriz.

Yo te dejo
donde aprovecharte puedas
de tu prosa: dila aquello
de mi ángel, mi bien, mi estrella;
promete como persona
que no ha de dar; mete arenga;
díla que eres infelice,
que tienes infausta estrella;
que de piedad puede ser
que te escuche y se enternezca:
y si pudieres echar,
aunque mas por fuerza sea,
un lagrímon, será cosa
para enternecer las peñas.

Don Lope.

Pues toma.. ...

Beatriz.

No hay que tratar......

Don Lope.

Este bolsillo.......
Mira que llega tu ama.

Beatriz.

Pues venga el bolsillo. Llega;
y creeme que le tomo
por no parecer grosera.

La escena segunda y tercera del acto tercero, es- rebosando gracia. Léanse con atencion la nove- y duodécima en que Sancho riñe con don Lope.

La versificacion es fácil, llena y armoniosa. Hay samientos fuertes bien espresados.

Escena VII. Acto III.

Sancho.

Pues, señor, ahora es tiempo
que tu acero tu honor lave,

que las manchas del honor
las saca el valor con sangre.
Estrena la indignacion,
pon la razon de tu parte,
no se ultrage tu valor,
ya qne tu honor se profane. &c.

Los versos largos tienen la languidez que casi to-
dos los de los poetas antiguos en este género. Si
embargo, hay algunos que llaman la atencion por s
belleza.

Nací de noble sangre y valerosa,
tan infeliz como si fuera hermosa,

díce doña Ana en la escena décima del acto primer
Este pensamiento se halla en muchos de nuestros poeta

¡Ay infelice de la que nace hermosa!

repite uno de nuestros mejores líricos modernos.

Don Francisco de Rojas merece, pues, la atenci
de los inteligentes y el buen concepto que le han gran
geado sus comedias